

A. J. de Salas Barbadillo



DON DIEGO  
DE NOCHE



COLECCIÓN CISHNEROS

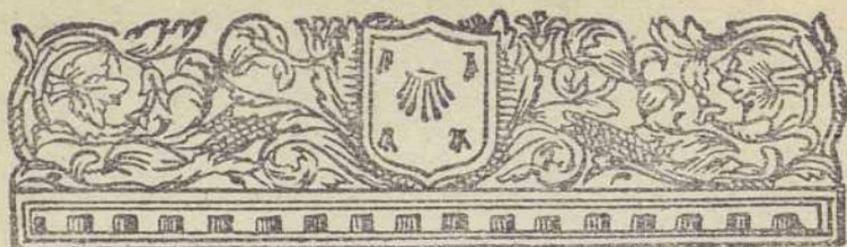
CENTRO NACIONAL DE

E-2

43

FA. 5344

**DON DIEGO DE NOCHE**



# COLECCIÓN CISHEROS

DIRIGIDA

por

**D. GIRIACO PÉREZ BUSTAMANTE**

Catedrático de la Universidad Central

Y PUBLICADA

por

**EDICIONES "ATLAS"**



FA-5344

A. J. DE SALAS BARBADILLO

**DON DIEGO  
DE NOCHE**



MADRID  
1 9 4 4

~~R-14470~~  
M2-11.929

ES PROPIEDAD  
Copyright by Ediciones  
"Atlas". Madrid, 1944



ESTADES.-Evaristo San Miguel, 8.-Madrid

## NOTA PRELIMINAR

Nació Alonso de Salas Barbadillo en la villa de Madrid el día 28 de julio de 1851. Su padre, el Licenciado Diego de Salas Barbadillo, Agente de los negocios de Nueva España, le envió a estudiar a la Universidad de Alcalá de Henares para que cursase jurisprudencia, y después pasó a Valladolid con motivo del traslado de la Corte. Al morir su progenitor abandonó los estudios, pero siguió con los negocios de Nueva España, y comenzó a señalarse entre la gente de letras con algunas composiciones poéticas.

Regresó a Madrid con la corte en 1606, y tres años más tarde publicó un poema bastante mediocre en honor de la Virgen de Atocha. Complicado en la agresión de que fué objeto un miembro de la embajada que envió el Shah de Persia a Felipe III, llamado don Diego, y en otros lauces, fué desterrado de la corte, trasladándose primero a Alcalá de Henares y más tarde a Zaragoza y Tudela, de donde volvió a Madrid. En el transcurso de sus viajes compuso diversas obras (*La ingeniosa Elena, El caballero puntual, El sagaz Estacio, Corrección de vicios, Romancero universal*), algunas de notable mérito y con evidentes recuerdos de su vida tormentosa y accidentada. En 1620 publicó *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas* y *El caballero perfecto*, y sucesivamente algunas comedias, poesías, novelas y diálogos dramáticos. Destacan entre estas produc-

ciones las novelas tituladas *El necio bien afortunado*, *picante y graciosa*, y *El cortesano descortés*.

En 1623 se publicó *Don Diego de noche*, dedicada a doña Polixena Espínola, hija del gran general del mismo apellido y título. De ella dice don Emilio Cotarelo «que es uno de sus mejores obras, no sólo por la invención del carácter del protagonista y por la calidad de las aventuras ingeniosamente urdidas, sino por un curiosísimo epistolario satírico y jocoso que intercala en ella, anticipando muestra de lo que luego había de formar el cuerpo y asunto de su obra *La estafeta del dios Momo*... Las aventuras son nueve, ocurridas en otras tantas noches; pero entre la segunda y la tercera, sin enlazarlos siquiera con asunto principal, intercala el anterior epistolario y un diálogo dramático titulado *La coronación de Laura*. Desde la aventura quinta cesan los episodios y aumentan los versos de vario género, la mayor parte dirigidos a Laura» (1). Después de *La estafeta del dios Momo*, la producción de Salas Barbadillo es escasa, falleciendo, completamente sordo, el 10 de julio de 1645, cuando se terminaba la impresión de su *Coronas del Parnaso y platos de las musas*, dedicada, con profusión de diti-  
tirambos, al Conde-duque de Olivares.

---

(1) Colección de Escritores Castellanos. Obras de A. J. de Salas Barbadillo, tomo I, prólogo, págs. CI-CIV.



REFIERENSE PATRIA, NACIMIENTO, PA-  
DRES Y COSTUMBRES DE DON DIEGO DE  
NOCHE

Yo escribo la vida de un caballero murciélago, caballería que, con ser ciega, es volátil, mas ¿cuál no es volátil?, ¿cuál no es ciega? Vivió siempre malquisto con los rayos de aquel planeta lúcido con que vendré a dar a luz la vida de un hombre que su mayor estudio puso en ausentarse y esconderse della. Mientras refiere sus nocturnos prodigios, la tinta está obligada a socorrerme, por lo que su color interesa en semejante alabanza. Si el papel desdeñare con su blancura verse lleno de tantos feos borrones, le diré que pase estos entre otros que recibe cada día de alguna mano tan ignorante como presumida, tal, que lo que deja de borrar es el mayor borrón en los ojos de los que bien juzgan. Ea, empecemos a cantar las hazañas de aquel fugitivo de los resplandores, de aquel caballero andante de cementerios, examinador de sepulcros, y competidor de fantasmas. Mas ¿a quién invocaré que acredite mi pluma con su socorro?, ¿cuál puerta de los planetas celestes será importunada con mis exclamaciones? Pero ¿de

qué sirve tener el ánimo ambiguo, adonde la elección será ignorancia? A todas las estrellas debo igualmente presentarme, pues de todas fué igualmente venerador y compañero. ¡Oh, festivo escuadrón de luminarias superiores y comunes, comunes mas no vulgares, dignas de mayor aplauso que las peregrinas y extraordinarias que suele fabricar en sus celebridades el estudioso artificio de los hombres, dadme una llamarada vuestra, porque no tropiece en el camino oscuro de una vida tan tenebrosa, aunque si muchas se hubiesen de juzgar respecto de las costumbres, otras vemos sepultadas en mayores tinieblas, y tan atrevidas, que oponen los horrores manchados de sus culpas a las purezas resplandecientes del sol, siendo sus dueños ostentadores bárbaros de los vicios, y tales que buscan alabanzas en lo mismo que despierta la mano del cielo para forjar rayos en su castigo!

No está malo este bocadillo de moralidad, lector carísimo, aunque tú más te inclinas al gracejo esparcido y anchuroso, pareciéndote que la doctrina aquí ha de ser de paso, porque su propio lugar es el púlpito, bien que preñado de opiniones tan fantásticas como rudas, lo contradirá el autor de algún discurso apologético, que empinado sobre su satisfacción, se vale de las autoridades de los sabios para parecer más necio. Oh gallarda hazaña de un moderno y pedantón ingenio, deslustrarse con lo que otros se ilustraron, y envilecer con atrevida ignorancia la venerable sabiduría de los antiguos. Mas, ¡por Dios!, que me iba empeñando en la sátira y me olvidaba de mi nocturno héroe (tan dulce bocado es la murmuración, que aun con ser un necio cosa tan insípida, hasta en él es sabrosa). Vuelvo, pues, a mi asunto, que es lo mismo que haberme anochecido, y, prosiguiendo, presento este razonado, más digno de estimarse por la verdad que por el curioso alifio. Talavera, villa ilustre del reino de Toledo, y hermosa oficina, donde se labra cuanto vidriado afeitán y pulen las castellanas fregatrices, cuyos campos baña el Tajo,

que, pasajero para Lisboa, corre hinchado y desvanecido; bien como aquel que espera comunicarse con los hidalgúsimos portugueses. Aquí, pues, nació un hombre limpio por todos lados, sin remiendos de bastardía, sin manchas del hebraísmo; sólo en el seso padeció algunos achaques algo generosos, porque solicitando siempre peregrinas sendas, desmentía las comunes opiniones. Fué su casa, en su niñez, un teatro de infelicidades, porque su padre murió en un desafío, dejando sangrienta, aunque honrada memoria, y su madre, excediendo el uso que tienen las viudas de nuestra edad en el tránsito de sus esposos, le fué tan a los alcances, que de la nueva de la muerte dél a la della apenas hubo distancia. Quedaron tres hermanos; el mayor siguió la fortuna de las armas, gran bachiller de la espada negra, en cuyo juego perdió un ojo, quedando con arrepentimiento eterno de haber sido en el tahir tan obstinado. El segundo fabricó sus esperanzas en el viento, porque, siendo elegante jugador de pelota, pensó enriquecer con ella, y sacando un día muy largo, resfriándose después, entre muchas faltas que hizo, fué la de su vida la mayor (o largo sacar, pues se sacó de la vida), dejando en triste orfandad a las palas, principales instrumentos deste ejercicio. El asunto deste libro fué el tercero y último parto; su nombre, don Diego, y sus costumbres las que dirá la pluma, si en una pluma débil puede haber constancia para tanto atrevimiento. Latinizó don Diego algunos días, y aunque gramático mal medrado, porque nunca lució en semejante estudio, si ya no decimos que fué medra medrar poco en la pedantería, apadrinado de la fortuna (que desde los pañales la tuvo por aya, porque siempre se preció de pagar servidumbre a los poco estudiosos), consiguió renta eclesiástica, que le obligó a tener su asistencia en Toledo, calidad gustosa y que hacía los beneficios que gozaba de mayor estimación, pues la mejor comodidad de los humanos es vivir en pueblo tan há-

bitable como este; habitable digo, pues poco importa ser áspero en las calles, si es suave y blando en los ánimos de los ciudadanos. Lo primero es testimonio de ser fuerte en sus resistencias contra los enemigos. Lo segundo, grato y generoso con los amigos y confederados, no sé a cuál de estos títulos puede deber más; concedamos que entrambos igualmente le hacen loable, y, al fin, digno de mayor gloria, por ser patria del maestro José de Valdivielso, maestro de lo que apenas se enseña y más se necesita: maestro de virtudes, tan docto en el arte del modesto vivir, que corrige la menos cuerda de sus acciones un piélago de vicios, cuyos escritos, tan ilustres como devotos, han dado trompeta de oro a su fama para el ejercicio de su celebración. Vivirá venerado entre los moradores de la tierra, cuando esté coronado entre los del cielo por insigne pregonero de sus alabanzas. Debiera asistir don Diego con quietud en esta ciudad, tan recomendada de sus campos festivos y amenos, siempre hermosos con la cristalina lisonja del Tajo, que, castigada entre tantas peñas, saca de aquel martirio su mayor lucimiento; aquel Tajo, padre de ríos, y que allí sirve de espejo a los montes que le amenazan, quizá ofendidos de la representación que les hace de sus objetos horribles, mas él pasa tan risueño, que parece que ostenta en su semblante invencible desprecio de sus amagos. Todos estos agrados no le vencieron, porque como él deseaba poltronizar y engolfarse en la libertad de su inclinación peregrina, dió los beneficios a pensión, quedándose con una renta, que, junto con la hacienda de su patrimonio, pasaba de dos mil ducados, y trasladóse a la villa, hospedadora de tantas naciones, y mesón universal del mundo. Elijió unos barrios retirados y sombríos, donde edificó una casa, cuanto pequeña en el sitio, hermosa y agradable en el aseo, tan defendida de los rayos del sol, que en el invierno, que son tan útiles como deleitosos, no les permitía que le do-

rasen las paredes interiores, que si esto procediera de un modesto desprecio de la riqueza, y no del estar amancebado con aquella princesa etíope (que nunca le parecía menos bien, que cuando salía rodeada de estrellas) fuera loable asunto. Vistióla toda de Requiem, condenándola a eterno luto, despojando para esto a todos los mercaderes cortezanos de cuantos paños y bayetas embarazaban sus tiendas. Tenía varias y singulares pinturas de la noche. Aquí la vieras cuando en su nacimiento trae la muerte del sol, y, vencedora, le despeña al mar. Más adelante, cuando ya con el dulce veneno del sueño mueren muerte breve las criaturas, a quien cortejaban todas las aves nocturnas. A ésta se seguía otra, donde se mostraban los sangrientos robos y alevosos homicidios, que, con su amparo, se intentan y consiguen. Luego se descubría el silencio en figura de un viejo, que tenía la lengua presa con los grillos de una mordaza, y pisaba sobre lana y algodón. De esta pieza se trasladaban los ojos a otra, donde, entre los horrores de la noche, estaban también pintados sus festines y saraos, y con ellos las alegres conversaciones del invierno, cuando se les hace a los braseros tanto aplauso, que ellos, mudos, presiden a los que hablan, sin cuyo calor enmudecen los más desembozados y rompidos habladores. Habilísimo en el arte noble de la música, tenía varios instrumentos con quien hacía juego y desprecio de la fortuna, amotinándose contra sus leyes, hallando la disculpa de perderla la obediencia en la razón de que no se debe a príncipe tirano. Cuando rompía la aurora los embarazos y estorbos de su risueña luz, se retiraba don Diego al apacible y blando lecho, el mayor descanso de los mortales, que en nada muestran serlo más que en necesitar tanto de este socorro, y, por el contrario, cuando la noche cautelosa con los humanos ojos agravia los colores, turbando su distinción con afrenta y desconsuelo de los que se desvanecen con el don pe-

ligeroso de la hermosura lasciva. Entonces salía a ser libre y desatado pasajero de tanta calle yerma y espaciosa, acompañado de una guitarra y un broquel, instrumentos de Marte y Apolo, templando con el uno su pecho, y con el otro su ánimo. Varias aventuras le propuso la fortuna, de que salió, si no de todas dichoso, de ninguna desairado; para la narración dellas procuraré disponerme, dando primero a la pluma algunos filos en la esperanza del aplauso común, aunque este premio, con ser tan vano, que le administra el viento, le da hoy tan escasamente el vulgo, que más parecen sus favores injurias artífices del desprecio, que padrinos de la debida estimación.

### AVENTURA PRIMERA

Después de haberse pacificado por los fines de diciembre las lluvias del invierno, que aquel año, con no pequeño escándalo de los mortales, pareció que se desataba en ellas otro diluvio segundo, entró enero, vistiendo los días con apacibles soles, que alegraban los ánimos y abrigaban los cuerpos; pero, a penas se ausentaba este ingenioso y festivo planeta, cuando la noche entraba con pies tan sordos y helados que el agua de los arroyos, presa en la misma hermosura que formaba, parecía una vena de lucidísimo cristal. Una noche destas, rodeado del mayor abrigo que pudo estudiar la prevención humana, cuanto más tímida tanto más ingeniosa, salió don Diego esforzado de su naturaleza, a ejercitar su costumbre, con una guitarra tan bien templada, que, hiriendo sus cuerdas en el viento helado, eran dél tan bien recibidas, que les volvía una correspondencia sonora, más realzada con la modestia de aquel común silencio, donde, a no muy larga distancia de los umbrales de su casa, intentó cantar, mas pareciéndole que por haberlo hecho

otras noches en aquel mismo lugar, podía despertar algunos rumores contra la opinión de la dama a quien celebraba, temiendo que aquella música fuese más pregón de su infamia que alabanza de su belleza, caminando con pasos perezosos, como el que huye contra su voluntad, tan airoso como la misma noche, aunque menos helado, porque se mostró rico de gracia y despejo, fué cantando estos versos, hijos de su ingenio, que entonces le servían de divertirse, por ser bien distantes de la materia amorosa, de quien entonces, por no caer en mayor pena, procuraba retirarse.

*Aquella ave, cuyos partos  
nacen junto a su peligro,  
porque si al sol no se atreven  
son infeliz precipicio.*

*Más gallarda que otras veces,  
provocando a desafío  
la velocidad del cielo,  
que se arrebata a sí mismo.*

*Viste plumas, y con ellas  
navega el viento lascivo,  
que son remos para el viento,  
y para el cuerpo vestido.*

*Embajadora es de aquel,  
que contra los atrevidos  
esgrime rayos, que son  
de sus venganzas ministros.*

*Linsonjear a Jove fué  
de esta jornada el principio,  
que aun en palacio tan alto  
la lisonja es sacrificio.*

*Robar a Laura pretende;  
su beldad despojo indigno  
intenta hacer de sus uñas,  
o es gran crimen o es delirio.*

*Laura, que, en verde floresta,  
ciudadana es, de los mismo*

que sus mejillas producen,  
que son dos parques floridos.

Cuyos ojos sin violencia  
por asunto han elegido  
estragos de corazones,  
siendo hazaña y no delito.

Tiranos son sus cabellos,  
efecto que yo no admiro,  
que el ser de oro, y el ser suyos  
los dispone a este ejercicio.

La ave Cesárea, que siempre  
augustas frentes ha visto,  
que sus plantas por coronas  
han buscado, y elegido

Desde aquel viento más puro,  
que está al fuego más vecino,  
hasta el que, por más grosero,  
se hace con la tierra amigo.

Baja, y todas cuantas aves  
encuentra por su distrito  
la saludan, y, cantando,  
hacen más grato el camino.

Y allí donde Manzanares  
con cristal breve y lucido  
viene a correr más ameno  
que vano y ostentativo.

Busca a Laura, y poco tiempo  
ocupa en este ejercicio,  
porque esconderse no puede  
aquel hermoso prodigio.

Hallóla cuando ya el sol,  
pasajero de los signos,  
con descoloridos rayos  
se desterraba a los indios.

Y ella, cuyos ojos siempre  
contra él se han resistido  
por singular privilegio,  
tan gallardo como antiguo.

Cegó en los ojos de Laura,  
sintiendo con sabio instinto,

*más lo que pierde en no verla  
que la vista que ha perdido.*

*La estirpe real de las aves,  
que el cielo distinguir quiso  
de la otra volante plebe,  
perdió aquí su egregio brío.*

*Extrañó naturaleza  
este caso por no visto,  
efecto tan superior,  
que es portento de los siglos.*

*La fama, que acreditar  
suele aún sucesos fingidos,  
duda en éste, y hallar teme  
más que admiración castigo.*

*La prole canora, aquella  
a quien da hospedaje el río,  
ninjas en quien Manzanares  
ornato goza y alivio.*

*Celebraron la victoria  
con aplauso tan festivo,  
que el viento, aun con ser tan vano,  
quedó lisonjeado y rico.*

*Y el sol, que en este escarmiento  
está mirando su aviso,  
ser sombra de Laura quiere,  
y aun es muy desvanecido.*

Suspenseo de sí mismo, sin elección de las calles, penetró la mayor parte del lugar, y llegando a unos barrios, dél bien desconocidos, cuando ya las campanas de los maitines empezaban a enmudecer, y sólo se escuchaban los roncós ladridos de algún poltrón mastín, que por estar mal acomodado de cama gruñía, oyó que con regalados ceceos le ponían cebo en una ventana para que se llegase. El, que tenía un corazón cubierto de azúcar, entregó noblemente los oídos, y percibió que le decían: Si sois vos el que saliste anoche de aquí, con tantas muestras de gusto, ¿cómo habéis vuelto tan tarde? Reparó entre sí, y aunque con algún recelo, vencido de su na-

tural curiosidad, dió esta breve satisfacción a la pregunta: Yo soy el mismo, que vengo más necesitado del abrigo de vuestra piedad que de tan áspero rigor. Apenas dijo esto, cuando de allí a poco tiempo vió que le abrieron la puerta de la calle, y de la ventana le ordenaron que entrase, a cuya obediencia se ofreció con osadísima confianza, prometiéndose en su fantasía gozar de los lisonjeros abrazos de alguna peregrina belleza. Con esta fe pasó los umbrales, de cuyo crédito se halló brevemente burlado, porque, abrazándole con fortaleza por detrás, experimentó traidores los abrazos, que él se había prometido amorosos. Despojáronle de todas sus armas, que, aunque por tenerle presas las manos, le habían privado de su uso y ejercicio, quisieron que también las perdiese de vista. Con esta miserable forma le entraron en una pieza, donde había dos luces, y con ellas reconoció que los autores de su prisión habían sido cuatro mancebos de disposición tan gallarda, que en su mismo esfuerzo miraba la desesperación de cobrar vida y libertad. Dilató los ojos por toda la pieza, y en ellos el ánimo, porque vió en ella un viejo de venerable y apacible presencia al parecer; pero desengañáronle sus palabras del concepto que dél habían hecho sus ojos, porque fueron estas: ¿Para qué le trujisteis acá vivo? Y luego prosiguió diciéndole: Resistencia hace en el ánimo que, alumbrado de la prudencia, censura las acciones humanas, que tú seas noble. ¿En qué te ofendieron estas canas, que quisiste deshonrarlas a los umbrales de la muerte, donde aun los más viles pretenden llegar con honor? No hubieras sido verdugo de la vida, que, ya caduca y trémula, descaece, y no del crédito, que en la fama ha de ser eterno, si no es que te pareció que en el golpe dél el della venía más seguro. Tan grande afrenta me ha hecho tu atrevimiento, que aunque aquí me pagues con la vida me has de quedar deudor; de modo que tu muerte no habrá

sido satisfacción de mi ofensa, sino castigo para enfrenar este atrevimiento en otros. Muera, muera; mas antes será bien que venga doña Luisa y se celebre a un tiempo de los dos las bodas y las exequias. Así lo dijo, cuando entró una dama tal, que con lo dulce de sus ojos templó los ásperos temores de la muerte; puso la vista en don Diego, con que, vistiendo de turbaciones el semblante, aumentó lucidos esfuerzos a su hermosura, y causas de admiración, a su padre y hermanos. Era, pues, el caso. Don Fadrique, a quien reparó la fortuna nobleza en la sangre, bríos en el ánimo, liberalidad en la condición, belleza y disposición gentil en el semblante y cuerpo, porque siendo estas partes iguales, no se desmintiesen las unas a las otras, acompañándolas de una riqueza bastante a ostentar y lucir con los más poderosos, se rindió a los pacíficos halagos de la dama que allí mostraba estar quejosa y ofendida. Dejóse vencer la singular en perfecciones doña Luisa, que, rica y vanagloriosa con los trofeos de tantas almas cortesanas, sólo ésta hizo estima, porque halló en aquel su objeto mayores conveniencias para su gusto y utilidad, o porque las almas interiormente se saludaron con benigna correspondencia, bebida en las luces de sus estrellas. El padre y hermanos de esta señora, que eran el anciano venerable y los cuatro gallardos mancebos, que entonces la rodeaban, como nobles y prudentes, velaban en su guarda, procurando retirarla del aplauso vano de aquellos amantes altivos, que sólo cortejan el palacio de amor, para hacer ostentación de su poder, y atropellar el decoro de las que deben a su fama ilustres estimaciones. Mas, como sea imposible guardar lo que está en sujeto ajeno, se vieron cuando menos lo esperaban burlados de la solicitud de don Fadrique, que después de muchas finezas y protestaciones amorosas, debajo del seguro de la palabra de casamiento la noche antes, dichoso vencedor, logró suspiros y pasos, con que opulento y magnífico, poseedor de las ri-

quezas amorosas, se desvaneció tanto, que prometiéndola venir la noche siguiente, mostró en el semblante una tibieza desdeñosa, y en las palabras ánimo de dilatar por largo tiempo la satisfacción de una deuda por tantas razones debida. De las sombras de una grave suspensión quedó por largo tiempo cercada, pero rompiendo por todas, se determinó a consultar el suceso con su padre y hermanos, por poder prevenir el remedio tan a tiempo, que quedase con enmienda su desgracia. Ellos que conocían el nombre y partes de don Fadrique, con la mucha estimación que les había dado la fama, pero su persona no, admirados y dolorosos de tan grave daño, determinaron ejecutar la noche siguiente en él lo que con engaño habían hecho en el inculpado don Diego, que acaso acertó a llegar a la misma hora a la ventana de doña Luisa, que ella esperaba a don Fadrique, y engañada le habló por él. Pretendían hacerle kasar por fuerza, o vengar en su vida la grave pérdida de su honor, mas justamente decretaron, por hacerla bienquista a su hermana con su marido, supuesto que ellos querían que lo fuese, dijese ella que no era él la persona que había entrado la noche pasada, e hiciese fuerza en que se le diese libertad, porque con esto presumiese él que la que había revelado el secreto habría sido una criada, tercera de estos amores, y volviese contra ella todas las razones de queja que en esta parte podía tener. Sucedió, pues, que llena de turbación y espanto, así como puso doña Luisa los ojos en don Diego, dijo, no como quien lo fingía, sino como quien verdaderamente lo sentía: Este, hermanos, que aquí injustamente oprimís con tantas injurias y afrentas, no es don Fadrique; grandes yerros he cometido estas dos noches, y aunque el de la pasada fué tan en daño nuestro, el que tenemos presente es para mí igualmente afrentoso, pues he dado parte de mi deshonor a quien dél vivía con ignorancia. Atentos escuchaban los hermanos, y decíanse los unos a los otros: ¡Qué

bien finge! Parece que verdaderamente pasa por el mismo caso que representa. Mas ella, que era el dueño de aquella verdad, y la padecía en el alma, como la había publicado con la boca, afirmó con tantos juramentos lo que decía, que los puso en cuidado. Don Diego le ayudaba con razones no menos esforzadas, que ya alentado con el conocimiento de su estado, que hasta entonces le había tenido suspenso el no saber cuál era, procuraba hurtar el cuerpo a las bodas, representándoles cómo era hombre eclesiástico; díjoles su nombre y apellido, y para más confirmación sacó de la faltriquera algunas cartas y papeles, y entre ellas un despacho del Consejo de Hacienda, por donde se le mandaba a cierto receptor que de los maravedises, que estaban a su cargo le pagase una partida de que su Majestad había muchos años que le era deudor. Aquí, el anciano padre, lleno de justa cólera, castigó con graves y no poco ásperas razones a la tantas veces engañada hija. Empezó a respirar don Diego alientos gozosos, pareciéndole que con esto le desatarían, dándole por libre, mas la fortuna, que pretendía ejercitar su ánimo con sobresaltos y turbaciones, puso su corazón en más estrecho rendimiento, porque habiéndose retirado los cuatro a tratar de la resolución que en esto les convenía tomar, oyó que dijo el uno, sin que nadie le contradijese, antes parecía que con el silencio aprobaban todos su voto: Este es ya el testigo de nuestra infamia, de que mañana ha de ser el pregonero; llevémosle por el lugar engañado, y al pasar por la puerta de alguna mujer sospechosa, matémosle a sus umbrales, con que la culpa correrá por la cuenta de alguno que está descuidado de cometella, y nuestra afrenta queda sepultada. Así, después de haber controvertido la disputa sobre este caso, convinieron todos y trataban de salir con él a la calle, determinándose don Diego a acuchillarse con ellos en ella por morir defendiéndose, poniéndose con esto en

ocasión de que alguien, o ya que pasase acaso, o ya que de alguna casa de la vecindad saliese, le diese socorro. Mas como el venerable y prudente padre entendiese del uno dellos su alevoso intento, reprendiéndolos ásperamente, se puso al lado de don Diego con la espada desnuda en la mano, que de cólera y vejez le temblaba, y le dijo: Más seguro, ¡oh generoso caballero!, está mi secreto en vuestro corazón vivo que en vuestra muerte, de que hasta ahora por ninguna causa sois digno; vivo saldréis, o yo acompañaré vuestra sangre, aunque esto, para vos, no pueda ser consuelo suficiente, pues los verdores de vuestros años con los ancianos míos, ni pueden ni deben admitir comparación. Así le decía, cuando, guiándole a la puerta de la calle, le puso en sus umbrales, siendo fiador de su vida el que pocas horas antes disponía el sacrificio de su muerte. Don Diego, castigado el ánimo de tantas turbaciones, protestó ser menos curioso, huyendo con el entendimiento de la desusada senda por donde le llevaba su inclinación peregrina; y dando pasos hacia su casa, sin volver los ojos a quien se los venía censurando y midiendo, animó con la mano el instrumento, y con él y su voz ennobleció los aires, que nunca tuvieron más disculpa de ser desvanecidos. Dijo, pues, así:

*Un niño que cinco veces  
no ha visto la primavera,  
si ya no la vió en sus labios  
alcázar de su belleza.*

*Que es tan perfecta su boca,  
que ya hermosa y ya discreta,  
dando causa a su alabanza,  
ella es su alabanza mesma.*

*Anfriso en nombre, y en todo  
la admiración más suspensa  
para lisonjear sentidos  
y para usurpar ideas.*

La última ostentación  
que ha hecho Naturaleza,  
grande empleo para el cielo,  
aunque formado en la tierra.

Pues si él crece en las virtudes,  
que aún copia en edad tan tierna,  
verán en él tierra y cielo  
sus ejemplos y obediencias.

Al campo salió una tarde  
del invierno, tan serena,  
que a vestir el campo flores,  
hija de Abril pareciera.

Albanio le acompañaba,  
que en él admira y contempla  
secretos de aquella mano,  
que consigue cuanto intenta.

Junto al cristal de una fuente  
le puso, para que pueda  
su pincel, aunque inconstante,  
robar tantas excelencias.

El peligro de Narciso  
en él temerse pudiera,  
con más causas disculpado,  
dando al mundo mayor queja.

Riose el agua de velle,  
y él, que agradece la fiesta,  
ostentando perlas, le hace  
risueña correspondencia.

La corriente fugitiva  
retratado se le lleva  
a las sirenas del mar,  
de quien ha de ser sirena.

Desató los dulces labios,  
y habló profundas sentencias,  
más útiles que elegantes  
por no hacellas lisonjeras.

Los que le ven le bendicen,  
y humillados le celebran  
sin sospechosa alabanza,  
que allí la verdad campea.

*Dicen así: Cuantos partos  
felicis rinde la tierra,  
ya útil, ya ostentativa  
que entre flores frutos lleva,*

*Se consagren a tus plantas,  
hasta el metal, por quien cerca  
la avaricia tantos mares  
sin luz, y siguiendo estrellas.*

*Tantos ramos de coral  
engendre el mar, que parezca  
selva de nácar, y monte  
de una purpúrea arboleda.*

*Siempre Agosto coronado  
de espigas rubias ofrezca  
granos, en quien halle el orbe  
utilidad y opulencia.*

*Todos estos beneficios  
a tus méritos se deban,  
siendo lo que premio en ti,  
en los demás hombres deuda.*

*Así el aplauso común  
le dice, cuando la vuelta  
dió a su albergue con Albanio,  
dejando al Sol que lo sea.*

*Que como no resplandece  
hallándose en su presencia,  
dejarle quiere lucir  
media hora que le queda.*

Con este último acento daba el primer paso en los umbrales de su casa, cuando un hombre que le había venido siguiendo desde la calle de doña Luisa, le dijo: Caballero, oíd una palabra; siendo lo alterado de la voz y lo descompuesto de la capa pronósticos ciertos de alguna queja grave. Don Diego, que fino de la seguridad de aquel anciano venerable venía pacífico, embarazado de nueva turbación, sospechó que alguno de los hermanos de aquella dama, menos bien acondicionado que los otros, rompiendo la obediencia paternal, quería hacer más pública la deshonra de su

hermana en la desgracia con que era fuerza que alguno de los dos saliese de aquella pendencia. Como vió que era sólo un hombre, no quiso inquietar a sus criados por no quedar en opinión con el que le provocaba de cobarde, y en la dellos de importuno sin ocasión; volvióle el rostro determinado, y pretendiendo examinalle sus intentos, entendió de él que era el victorioso amante don Fadrique, que llegando a las puertas de su dama al mismo tiempo que él salía, porque obligado de una impensada ocupación, no había podido venir antes, extrañando de ver salir un hombre de la casa que, en la estimación de su concepto, era de tanto recato, ofendido aun de la sombra desta imaginación, blandamente le siguió los pasos, porque si acaso fuese alguno de los hermanos de doña Luisa, como eran tantos, podría, acometiendo furioso, manifestarse a aquéllos, con quien le convenía estar más encubierto; pero cuando vió que con entrársele en su posada le desesperaba de su conocimiento y ponía mayores fuerzas a su confusión, llamándole, intentó romper con aquella duda y desahogarse de sus imaginaciones; preguntole cómo salía de aquella casa a hora tan extraordinaria, y representándole el derecho que tenía a defendella, le dijo su nombre y provocó su persona a desafío con palabras tan llenas de injuriosa libertad, que aunque don Diego traía en la desgracia pasada bastante satisfacción a sus recelos, se halló empeñado en la corrección de sus atrevimientos, y aun se holgó de que le hubiese puesto en tan sangriento estado por vengarse del peligro en que se vió por su causa tan injustamente. Mas recelándose luego de que aquello no hubiese sido estratagema de los hermanos de doña Luisa, que, acompañados de otros muchos podían pretender matarle en el campo con fuerzas superiores, dando con la guitarra en el suelo, que aun allí sonó, quejándose de su desagrado, pues le había servido de consuelo en tantas desdichas, desnudó la espada, en cuyo

ejercicio no se hallaba menos hábil, y acometiendo animoso a su contrario, esforzado de su razón y regido de los ardientes impulsos de su cólera, le dió dos heridas, y la última en la cabeza, tan grande, que le hizo que con ella cayese a sus pies; justo castigo de su osadía ignorante. Muerto soy, dijo, y con no hablar otra palabra aún lo hizo creer más con el silencio que con las razones. Don Diego vencedor, vencido de lastimosa piedad, siendo ésta su mayor victoria, llamando entonces en su casa, y pidiendo luz, cargó en sus brazos al mismo de quien habían sido ofensores, y dió lugar en su cama al que al parecer estaba ya más para el sepulcro; por su persona le llamó a un doctor y a un cirujano vecino suyo, y le trujo en un confesor grave el médico del alma, acudiendo al remedio de entrambos daños con igual diligencia, disculpándole él mismo de lo que con él le había pasado, considerando cuán fácilmente se despeñan los inadvertidos amantes. Deseaba disponelle la salud por todos los humanos medios, aunque fuesen los más peregrinos y difíciles, porque nunca es cara tan preciosa joya, aunque se compre con diligentes pasos y largas vigiliass. Los ministros de Esculapio dieron buen nombre a las heridas y permitieron a la esperanza del doliente que fabricase en su favor todo lo que más bien le estuviese, que curándole tan bien don Diego las que sus recelos le habían dado en el ánimo, informándole de su vano principio por medio del religioso que había venido a confesalle, trató don Fadrique de ser su amigo, considerando en cuántas obligaciones estaba a quien una vez por él estuvo a peligro de muerte, y otra, habiendo podido matarle, no lo hizo. Uniéronse las voluntades que poco antes se vieron tan discordes, y determinaron entre los dos que don Diego viese a doña Luisa, llevándole firmes seguridades, así de la mejoría de don Fadrique, como de que cumpliría luego con tan debidas obligaciones. Alegrose don Diego cuando se vió elegido embajador de unas nuevas que habían

de ser de tanto gusto para aquella señora, y mostrolo en una fineza grande porque aun antes de morir el día, alcanzando a ver alguna, aunque poca parte de su enemiga luz, rompió con esta para él dificultad tan grave, y fué a su casa deseoso de poder hablarla, que la halló llena de un desconsuelo incapaz de alivio; el anciano padre ocupaba una cama, y la bellísima causadora de tantos males, otra; los cuatro hermanos estaban ausentes, porque como en el lugar ni vivo ni muerto no hallaban a don Fadrique, presumieron que se había ausentado por no cumplir con obligación tan forzosa, y así, los cuatro, divididos en las jornadas y unidos en el ánimo, salieron a buscallo por diferentes partes; los dos sujetos débiles, el uno por el peso de los años y el otro por ser del género flaco femenino, padecían en su sentimiento, y solicitaban con el cielo lo que no podían con las diligencias humanas. Serenó la presencia de don Diego tantas tempestades, y fué mensajero de vida a los que intentaron ser ministros de su muerte. Sus palabras entonces a los miserables oyentes no parecieron de hombre mortal, sino socorro inspirado del cielo para el remedio de tan graves desdichas. Vinieron fuera de toda esperanza y pretendió el prudente recelo hacerlas fabulosas cuando más convenía que fuesen verdaderas. Vivificó tanto los caídos espíritus del anciano padre el aseguralle esta verdad, que otro día se levantó y fué a visitar como pudo al que ya llamaba hijo y deseaba para yerno. Las diligencias grandes que puso don Diego en la salud de don Fadrique se lograron, porque dentro de pocos días se levantó bueno. A los hermanos de doña Luisa se les despacharon personas que los hicieron volver, diligentes y alegres, con la seguridad de la recuperación de su honor perdido, y con igual consentimiento de todos se celebraron estas bodas, viniendo en ello los padres de don Fadrique, que

enviaron a la novia muchas joyas y galas. Doña Luisa dió a don Diego humildes y copiosas gracias, por ser quien le había comprado a precio de sus inquietudes la paz y seguridad de su vida.

## AVENTURA SEGUNDA

En sí propio pudiera haber aprendido don Diego doctrina útil y escarmiento seguro, hallando en un mismo sujeto el maestro y el discípulo; mas como las altiveces de una inclinación gallarda difícilmente se dejan regir de las luces de la razón prudente, antes parece que en los mismos peligros cría osadías más desesperadas y violentas, siendo el haber salido felizmente dellos confianza de vencimiento para los demás, volviöse don Diego después de haber profesado algunas noches recato y clausura a su libertad licenciosa, despreciador de los consejos de Marcelo, varón prudente y estudioso y segundo padre suyo; porque por encomienda de los naturales trató en sus tiernos años de su educación, que si salió algo torcida y borrascosa fué porque no puede el humano cuidado prevenir todas las sendas ocultas por donde las estrellas llevan a los hombres artífices dellos, tanto más admirables cuanto mayores singularidades ostentan. Marcelo, aún no desesperado de las fuerzas de su razón, le dijo una vez, modesto y apacible: Hoy, amigo y señor, he llegado al mayor desconuelo de los humanos: veo mis esperanzas burladas en vuestra palabra inconstante; despreciar mis consejos, siendo yo tan experimentado, ¿quién habrá que lo juzgue por seguro? Pues no escuchar mis ruegos, ultrajando en ellos mi voluntad fiel, nombre de tiranía y crueldad merece. ¿No os afrentáis de ser ridículo asunto de los censores cortesanos, que de la extrañeza de vuestra vida hacen entretenimiento de sus conversaciones y campo dilatado de su murmuración? ¿Podéis vos defender que el vivir contra el común uso de

los hombres (ya que no es útil que esta objeción no tiene respuesta) es apacible ni entretenido? Enemigo de la luz de aquel planeta vivificador que, según la sentencia del filósofo, tuvo en vuestra generación parte, huís de verla, siendo a vuestros ojos aborrecible el que a los de todos gozoso y admirable. Si tuviéades particulares fines, aunque fueran livianos y amorosos, no culpara tanto vuestros pasos, pues eso venía a caer en la flaqueza común de los mozos, de que el tiempo os traería al deseugañó; pero dejáros violentar de una curiosidad vana, desperdiciando vuestra salud y aventurando vuestra vida, locura es sin disculpa. ¿Habéis desterrado de vuestra memoria aquel suceso que, aun a vos que le pasastes, os parece increíble? Aquel trágico estado, digo, en que os puso la fortuna, entonces piadosa, pues sólo pretendió enseñaros a temer los peligros inopinados que están escondidos en las sombras de la noche, siempre engañosa, y más en la edad presente, que con sus cautelas da mayor disposición a sus engaños. Si os perdiéades, vos habréis sido el principal instrumento de vuestra desdicha; vos el verdugo de vuestra sangre vertida con afrenta. Deste daño otros serán los testigos, que yo, desde luego, me despido de vuestra compañía por no ver mal logrado el fruto que me había prometido feliz y durable, vanamente engañado de mi deseo. Así dijo Marcelo cuando, intentando abrir la puerta, se le opuso don Diego, y en la resistencia del uno y la porfía del otro peleaba la voluntad, no la ira. Quiso con la obediencia granjear don Diego la quietud de Marcelo, y despojándose de sus armas y vestidos, se retiró a la cama, sacrificando su voluntad, quedándole Marcelo agradecido, como deudor de lo mismo que en su provecho hacía. Grande fineza de voluntad recibir los bienes ajenos como propios y agradecerlos al mismo que ha de gozállos. Don Diego, preso en el lecho, sosiego común de todos los mortales, se hallaba tan extraño, que no podía reducirse al sueño, y ofendido

de la comodidad, llamaba insufrible aquel piadoso abrigo, cuando oyó que en la calle había parado un coche, y callando la música de sus ruedas, habló la de un instrumento, acompañado de una voz suave, que pareció ser de mujer, y lo confirmó más cuando, tierna y amorosa, dijo:

*Violentada y fugitiva  
se despeña velozmente,  
de azul y plateado origen,  
una fuente de claveles.*

*El yerro, que a ser injuria  
de tanta beldad se atreve,  
rompió la vena de quien  
despojos de abril se vierten.*

*Aquel brazo de marfil,  
que esmaltes de sangre tiene,  
con lo blanco y con lo rojo  
purpúrea Aurora parece.*

*De un lirio azul nacen rosas,  
que en dilatada corriente  
coronan y fertilizan  
campos de plata y de nieve.*

*O el cristal púrpura viste,  
o blandamente contienden  
marfil blanco y coral rojo,  
que más se ayudan que vencen.*

*Amor, que el sangriento estrago  
contempla con ojos fieles,  
del desperdicio quejoso,  
dijo con voz que entenece.*

*¿Qué alma mirar puede con ojos libres  
ver desperdiciados tantos abriles?*

*Laura, ¿quién podrá mirar  
ese cristal ofendido,  
de un yerro tan conocido,  
que aún fué yerro el acertar?*

*Nadie puede contemplar,  
si no es con llanto infelice,  
ver, etc.*

Tras esta letra se entonaron otras con menos decoro de los oyentes, porque la despejada cantora se arrojó al charco de unas seguidillas alegres y picantes, y tan picantes, que mordían sangrientamente en las costumbres de alguna dama vecina de aquellos barrios que las escuchaba, o por lo menos podía, como se hallase despierta. Estaba esta señora debajo del patrocinio de don Diego, que acechando entonces sus afrentas con los oídos, se dió unos filos en la cólera y promulgó la venganza, porque, eficacísimo imitador del conde Claros,

*Salto diera de la cama,  
que parece un gavilán.*

Blasfemó de los consejos de Marcelo, y rebelándose contra su doctrina, se incorporó los vestidos, y arrebatando un broquel barcelonés y una espada toledana, sin ponerse en la ropilla los botones y en las medias las ligas, salió a buscar como un rayo a quien había sembrado en su calle tanto fuego. Obró de modo la persuasión que en él hizo el infierno, que aunque el coche le había ganado mucha tierra, venció con sus pies la velocidad de sus ruedas, porque por alcanzalle sudó del rostro mucha agua, y luego del corazón algunas razones tan impacientes, que a no ser los que iban en el coche personas quietas y muy dados a vivir largo, se hiciera aquella calle matadero de hombres de bien. Socorriéronse del gracejo, personaje con cuyo favor se sale de muchos aprietos, y mandando picar al cochero, le dejaron a don Diego más picado que durísimo en su opinión; posteó en su seguimiento hasta ver dónde se apeaba; allí, mejorándose en consejo, fabricó la venganza más sangrienta para la ofensora y menos costosa para el que la había de ejecutar. Desanudemos confusiones y digamos los nombres destas señoras para que en este discurso procedamos con menos celosías. La dama por quien abogaba don Diego se

llamaba Leonarda; la que vino a provocar su ira, Teodora, entrambas tan parecidas en costumbres y vida, que las alabanzas y vituperios que se dijese a la una podían correr por cuenta de las dos. Don Diego, pues, en esto artificioso, solicitó una copia de las afiladas seguidillas, que habían sacado tanta sangre de la soñolienta Leonarda, que despertó a escuchar la tempestad de tan afrentosas injurias. Parecíale a don Diego que sólo con mudar el nombre se controvertía la sátira, y que era suma agudeza castigarla y ofenderla con sus mismas armas. Confirmóse más en este parecer cuando las tuvo en sus manos, porque leyéndolas muchas veces, le pareció que el malicioso poeta había querido, a sombras de doña Leonarda, injuriar ásperamente a la inadvertida Teodora, haciéndola pregonera de los errores viciosos de su torpe vida. Consultó el caso con cierto género de hombres, tan bienquistos por aduladores, cuanto indignos del nombre de amigos fieles. Estos, pues, que truecan y no llueven, mullidores de matanzas, pero no ejecutores dellas, aumentaron cuerpo a la grandeza del delito, y sirviendo de fiscales, se ofrecieron a ser verdugos. Determinaron, pues, que se le diese una cantaleta con aparato de instrumentos viles, como si dijésemos. Un castrador, cuya música suena tan mal en los oídos de los cantores dulces y apacibles, en quien las siempre desnudas mejillas viven desesperadas de vestirse la natural pelusa que otras gozan; un pandero destemplado y ronco, alivio común de la juventud fregonil, con cuyo entretenimiento se olvidan del importuno y molesto embarazo de los trastos de la cocina; unas sonajas, a quien deben los folijones portugueses lo más alegre de su armonía y consonancia, y nosotros a ellos el haber sido los autores deste, aunque vulgar, festivo y bullicioso regodeo; una carraca más gruñidora que una madre anciana, cuando ve que no regalan mucho a su hija los mismos que la galantean, naciendo su dolor, más de la avaricia ajena que de la infamia de su pro-

pía sangre; dos guitarrones sin trastes, a cuyas cuerdas, llenas de más falsedades que si fueran escrituras se mostrasen grandes en el ruido y pequeñas en la sonoridad, porque es propio el hablar alto en los que valen y merecen menos; dos cercos, y aun parecieron pocos, pudiendo llevar tantos en infinitos presumidos cortesanos, que traen a Roma en los zapatos y a Zelanda en los cuellos; cuatro morteruelos, hechos en horma de gentil proporción, y administrados por mano de buen peso, de modo que viniesen a ser iguales con los demás instrumentos atormentadores; ocho silbatos, unos muy roncós, otros muy claros y algunos entre claros y roncós, formados a imagen y semejanza de aquellos que levantan sediciones y motines en las comedias, turbando la paz y la quietud de los príncipes poetas, almaradas de los oídos, y al fin, tan afrentosos, que hasta los toros se ofenden de su música y buscan su desagravio en el castigo del que con ella les provoca; una gaita gruñidora y villana, porque es propio de los tales gruñir y murmurar siempre, y más de las exenciones y privilegios de los nobles. A lo consultado estuvo don Diego atento, y concedió con risueño semblante, aumentando pareceres a los pareceres, y fueron: que se compusiese un diálogo en verso entre dos interlocutores, y que el uno fuese la misma doña Teodora, y el otro, otra medio hermana que tenía su nombre Beatriz, el cual, armado sobre preguntas y respuestas, diese causa a referir la achacosa vida y desatadas costumbres de las dos sorelas. Que éste se estudiase por dos de los amigos convocados que tuviesen más alta y clara entonación, haciéndose primero sus ensayos, porque al tiempo de la necesidad se cumpliese basantemente, sin nota ni defecto. Que él haría hacer a su costa un carro, como los triunfales del Corpus, con ciertas apariencias ridículas, para que la noche que estuviese bien estudiado, alumbrándose con suficiente número de hachas dentro dél, se les representase a su puerta, haciéndolas pri-

mero abrir sus ventanas porque no pretendiesen librarse de la afrenta a título de la ignorancia. Entre tantos locos hubo alguno cuerdo, que, oponiéndose, le contradijo, representándole algunas dificultades considerables y cuán mala calidad de delito era el escandalizar la Corte; pero como éste fuese solo, los gajes que se le dieron por consejero fueron muchos desprecios, borrándole del número de sus camaradas y haciéndole grande comodidad en lo que ellos juzgaban ofensa. Repartióse al que entre ellos veneraban por archipoeta el cuidado de escribir el diálogo, para cuya ejecución interpuso lo más desalmado, lo más libre y sangriento de las musas insolentes y satíricas. Estudioso con mucho aparato y solemnidad, porque los ensayos se celebraban con grande pompa de alegres y costosas cenas que daba don Diego en su casa, así a los recitantes como al poeta, que congratulándose con más puntual correspondencia con los brindis del vino de San Martín que con los del agua de Aganipe, se tomaba más veces del furor bacanal que del apolíneo, que por ser rígido imitador de Horacio y haber hallado en varios lugares de sus obras tan aplaudidos los vinos de aquella Edad, quería parecerle, ya que no en la elegancia del escribir, en la facundia del beber. Así se despeñaba en la sátira, y cometía y ejecutaba con valiente coraje lo que aun imaginado ponía horror a los hombres cuerdos. La noche que se hizo el último ensayo del diálogo, aunque malicioso verdadero (que en esta parte el tal metrificador era muy puesto en razón y procedía ajustándose en lo escrito de las probanzas), ésta, pues, pasó a casa de don Diego doña Leonarda, acompañada de muchas amigas y vecinas, donde, después de haber hecho alegre y desenvuelto ejercicio con las castañetas, ocupando los lugares que les tocaban, sirvieron de auditorio, y dieron su censura en cuanto a lo que le debía disminuir o aumentar en aquel perjudicial, aunque a su parecer justo y piadoso castigo.

Pareció en el ensayo que las figuras no estaban adornadas con toda propiedad, y así mudando algo en la forma de los vestidos, se determinó que la noche siguiente se ejecutase, sin diferir a más largos términos este castigo, por no dar causa con la dilación a que, divulgándose este secreto, llegase a noticia de las interesadas, que, usando de las fuerzas de sus valedores, que eran muchos, y bien poderosos, podrían no sólo impedir el golpe, pero aun hacer mayor resistencia, suceso que era muy contingible, por estar este secreto en boca de muchos, y no todos confidentes. Cenose luego con muchos platos varios, y todos dobles, y esto en tan magnífica abundancia que aun de los jigotes de las perdices alcanzaron los esclavos y tuvieron que revender los cocineros. Las tortadas llegaron tan tarde que hallaron cerradas todas las puertas del apetito, y fueron repartidas en forma de preferente por diferentes casas, enviando los huéspedes aún con más libertad que los mismos que fueron contrayentes en el gasto, cosa que las más veces sucede, y no por ser muchas deja de parecer mal siempre; que una mala doctrina, aunque puede con la costumbre hacerse corriente, jamás en los aprecio de la razón llega a verse válida ni aprobada. Las aceitunas despertaron la sed, y lo mismo que fué medio para matar sed tan despierta, trujo sueño, con que se despidieron todos, y los más necesitados del socorro de que se valen los ciegos, porque apenas hubo quien pudiese sin destrón que le guiase reconocer los umbrales de su casa. La noche siguiente se volvieron a juntar, y salieron entre doce y una con toda aquella multitud de varios y confusos instrumentos, bien que mudos, porque su intento no era inquietar el lugar, sino en él sola aquella noche, donde tenían su habitación las dos damas en el diálogo contenidas. Caminaban, pues, con el carro triunfal los ganapanes ministros, tanto fatigados cuanto sedientes, y desesperados del socorro, por estar ya el vino de las tabernas debajo de

muchas llaves. Cuando llegaron al fin de su jornada, declararon sus pasos por infortunados, porque estaba impedido el de las dos bocas de la calle con unos maderos grandes y atravesados que se habían puesto pocas horas había con licencia del Corregidor, como se acostumbra, a título de haber caído enferma una persona principal, que posaba en la misma calle. Refrenáronse un poco, pero pareciéndoles que se les malograba y deslucía el largo estudio de tantas noches, se determinaron a dar con los maderos en el suelo, como lo hicieron, y a pasar con su carro, haciendo (como el silencio era tanto) sus ruedas no poco ruido, siendo mayor el de las lenguas perjuras de los ganapanes, que echando votos y reniegos, entre humaradas de mal mosto, trataban de ponelle en el lugar donde había de estar, a fuerza de hombros y brazos. Volvieron a este mismo tiempo de la botica unos criados principales del enfermo con algunas medicinas; principales tanto, que con ser su dueño un señor de título muy calificado, le igualaban en la nobleza de la sangre. Estos, pues, admirados de ver los maderos que estaban por defensa de la entrada de la calle caídos en el suelo, y mucho más de hallar en ella tanto número de hombres con el vano aparato de la fábrica de aquel carro presuntuoso, se llegaron con mucha cortesía a uno de los amigos de don Diego, y le dijeron cuyos criados eran, en cuyo nombre le pidieron que no le molestasen con tantas voces, y aun formaron justo agravio de haberle rompido los maderos, dando mal ejemplar para el atrevimiento de otros, y haciéndole de presente aquel disgusto tan grave. No se atrevió a volverles resolución, sin consultar primero a don Diego, como dueño de la empresa, que, muy falso, respondió vanas cortesías, y que no tuvieron efecto. Dieron crédito a sus palabras aquellos hidalgos, y entrándose en su casa, cuando entendieron que el ruido se pacificaba, y que el que entonces se hacía era forzoso, porque se trataba de echar el ca-

rro fuera de la calle, escucharon el de la desordenada tropa de tanto desapacible y rústico instrumento, que, despertando al enfermo y al médico asistente, que se quedaba con él de noche, los puso no poca admiración, acompañada de justísima ira, y ésta se aumentó cuando entendió de sus criados cómo habían rompido dos maderos y el poco respeto que habían tenido a su persona enferma, pues habiéndoles dado palabra de no proseguir con la inquietud, lo hicieron tan al contrario que dieron mayores fuerzas al furor. Despertaron a todos los demás criados de la casa, que eran muchos, y haciéndolos vestir y armar con mucha priesa, al mismo tiempo que ellos, encendidas dos hachas, empezaban la representación de su diálogo satírico, salieron a darles las gracias de la música con un rocío de valientes y copiosas cuchilladas, que fueron bien reñidas, porque los que estaban de retaguardia eran hombres de valor y tenían muchas obligaciones en quien debían poner los ojos. Rodaron del carro los dos que servían de hacheros, y los demás bajaron saltando veloces por no caer a vueltas de la misma máquina, que vino al suelo con daño de entrambas partes, descalabrando y lastimando a muchos. Beatriz y Teodora, que tan sin pensar se veían vengadas, volviéndose a sus camas, pasaron la noche con risa alegre y desordenada, tan desordenada, que habiéndoseles averiguado que ellas dieron principio a aquellos nocturnos escándalos, provocando con las injurias de su música a semejante venganza, fueron expulsadas de la corte con afrenta y gasto, siendo para ellas lo segundo mayor afrenta. Los caballeros de la una y otra parcialidad fueron condenados parte dellos en dinero, y parte en destierro, y todos dentro de pocos días gozaron serenidad. Don Diego, autor de todos estos motines, libró más bien a título de ser hombre de diferente jurisdicción y tan amparado de amigos poderosos (porque con aquel singular humor tenía condición apacible), que ellos solos

bastaron a defenderle de las pesquisas y asechanzas de algunos que le buscaban severos, más para dar en su castigo venganza a sus enemigos que escarmiento común a la juventud licenciosa, inquietadora de la República. Mas, ¡oh, lector curioso!, suspéndete aquí; aguarda, que aunque rompamos el hilo a nuestra narración histórica, te quiero hacer partícipe en unos papeles de aguda inventiva y disposición ingeniosa, que halló la justicia a don Diego, buscando el original de la sátira carretona y triunfal, míralos con estimación, que después dellos proseguirás con la aventura tercera.

## EPISTOLARIO JOCOSO

### PRIMERA PARTE

#### *Epístola primera*

*Pésame a un amigo soldado y portugués, residente en Lisboa, porque envió un hijo suyo a estudiar Medicina a Coimbra*

El mismo día que vuestra merced engendró ese hijo para que fuese médico, fué mi intento darle el pésame, y así desde entonces le reciba de mi voluntad. Vuestra merced, capitán del rey de Portugal en Africa, mataba infieles en su mocedad, y su hijo, capitán de Galeno en Coimbra, matará fieles en su mocedad y en su vejez. Vuestra merced sólo con marcial naturaleza derramaba sangre ajena; su hijo, adelantando el furor, la piensa verter con naturaleza y arte. Vuestra merced, corriendo en un caballo ligero tras los moros, pretendía alanceallos, y las más veces no lo conseguía, porque no los alcanzaba, y su hijo, trotando en una mula tardona, correrá tras los cristianos para darles mayores lanzadas, y los alcanzará siempre. Linaje donde el padre ha sido soldado y el

hijo médico, el nieto será verdugo, y el biznieto demonio, y aun pienso que esto será ir la crueldad en disminución y no en aumento. Si vuestra merced mataba en Africa los leones cuartanarios a arcabuzazos, su hijo matará en Lisboa los hombres cuartanarios a recetazos. Vuestra merced andaba en Africa matando con peligro de ser muerto, y así buscaría los tiempos y las ocasiones; mas su hijo matará sin ese riesgo y con eso matará siempre. Si tras los cometas grandes se suele seguir en el mundo una cruel peste, vuestra merced ha sido en el mundo cometa, pues tras él se seguirá su hijo, que, siendo médico, será peste verdadera. Prodigiosa mudanza será la de vuestra merced, pues en su persona como soldado peleaba por la defensa de su patria, y ahora en la de su hijo como médico tomará las armas en su ofensa. Algún lastimoso agravio debió de hacer a vuestra merced esta República Lusitana, pues habiendo vertido su sangre por defendella, ha puesto su hijo en estado en que verterá la de los ciudadanos más nobles. Ocasiona vuestra merced a los maliciosos a que digan que ha sido cobarde y cruel, pues presumen que quiere que mate su hijo lo que vuestra merced ha deseado y no ha podido. A tiempo está en que podrá enmendarlo, aunque ya por el pensamiento malo no puede librarse de ser aborrecido. Dios se lo inspire a vuestra merced y le guarde; aunque no, mejor diré Dios nos guarde de vuestra merced y de su hijo.

### *Epístola segunda*

*Pésame a un poeta cómico, de que le silbaron una comedia en que tenía libradas las esperanzas de su fama*

Mortales somos todos los hombres, y así, los poetas cómicos, como los maridos pacientes, sujetos a silbos. Si la comedia tuvo muchas tramoyas y se ejecutaron mal por culpa del artífice, a él

le silbaron, que no al poeta. Vuestra merced tuvo un auditorio de poetas tan satíricamente silbadores que a un mismo tiempo fueron Sátiros y Silbanos. No lo juzgue vuestra merced a desprecio habella silbado, sino a que se holgaron tanto con ella que la hicieron el mismo tratamiento que a los toros, que es la fiesta más celebrada que tenemos los españoles. Quién le dijera a vuestra merced cuando la escribía con tanta confianza que había de ser una de las comedias del toril, muriendo desjarretada entre silbatos, tenores y triples. Asegúrole que tuve por mal agüero el ver para las tramoyas tanta tabla junta, porque me pareció disposición de tablados, y que se podría disculpar el vulgo si lo convirtiese en fiesta de toros. Mal aconsejado fué vuestra merced en llevar a ella música de chirimías, sabiendo que con ellas se hace siempre en la plaza la señal con que tocan al desjarrete. Aquella apariencia de ángeles que vuestra merced introdujo en la postrera jornada, la había de haber puesto en la primera, porque la sirvieran de ángeles de guarda, pero vuestra merced quiso dilatallos a lo último porque se dijese que pues había acabado en manos de ángeles, que no se había condenado; y aun no le valió esta prevención, porque la aceleraron el fin antes de llegar a él. Cuando yo vi meter aquel caballo veloz para echar el reto, temí que había de pasar la comedia tan de carrera (como le sucedió), que no fuese vista ni oída. Las mujeres fueron las primeras que empezaron a silbar; provocados dellas, dispararon los mosqueteros toda su mosquetería, de modo que la comedia ya como toro murió entre silbos, ya como soldado valiente a mosquetazos. Sedición fué de todo el pueblo, de quien fueron las mujeres capitán. Consuélese vuestra merced, pues en este motín las que son pies de la República se hicieron cabeza. Dios guarde a vuestra merced el juicio, digo, que no la vida, que después de semejante suceso es lo que corre mayor peligro.

*Epístola tercera*

*Dase el pésame a un amigo, de que trujo a su casa a su suegra*

Cuánto me pesa, amigo Federico, de que hayas traído a tu casa el infierno en unas tocas blancas y chapines negros; no te lo sabré significar. Esperanzas de heredalla te han engañado, sin saber que una suegra, que en fe de ser rica ha de ser imperiosa, te ha de matar con sus desprecios. Con esto a tu mujer, que era humilde, la habrás dado libertad de madre, que es lo mismo que la libertad de conciencia. Si la has traído pensando ser más rico, el diablo te engaña, y si por mortificarte, Dios te lo reciba.

*Epístola cuarta*

*Pésame a un amigo porque dejó el estudio de la jurisprudencia, y, ciñéndose espada, se hizo escudero de un señor muy pobre*

¡Oh, Cleonardo!, vuestra mala elección me ha de costar lágrimas y a vos ayunos. Cuando os vi estudiar tanto, no pensé que era para entrar en la religión de palacio, porque en ella más se buscan los hombres penitentes que doctos. Suélese pasar los nueve meses que no se les paga en esa casa la ración a los criados; mirad en cuál religión de las más ásperas se padece tan dilatado ayuno. Vigilia tan larga como preñado, decidme ¿qué anacoreta podrá sufrilla? Cursábades la facultad de los derechos, y, estudiante de trampas, diste en la mayor de todas. Haced cuenta que no estáis en Palacio, sino en un convento, donde vuestro amo es el prelado, y el mayordomo el maestro de novicios. Diréisme que es casa de poca ocupación; sabed que es providencia del dueño, que os deja algunas horas libres para acudir a pedir limosna; yo no os la puedo dar, y así es fuerza que acabe la carta diciendo: Dios os provea, que es lo mis-

mo que deciros que os guarde, pues lo uno sin lo otro, no puede ser sino haciendo milagro, y no es razón que para un hombre tan inútil como vos se lo pidamos al cielo.

*Epístola quinta*

*Parabién a un amigo muy familiar, de habérsele muerto su mujer*

Gracias a Dios que salió vuestra merced de la cárcel y que milagrosamente se le cayeron las prisiones en la tierra. No falta quien dice que salió en fiado, porque trata muy a priesa de volver a reincidir en segundas bodas. Lo que está por venir no lo culpo. Lo hecho alabo. Si fué verdadera la hablilla vulgar, que notó de licenciosa la vida de la difunta, bien podrá decir vuestra merced por sí mismo: El buey suelto bien se lame.

*Epístola sexta*

*Avisos a un amigo que viene desde Castilla la Vieja a la Corte; del estilo con que se ha de portar en ella*

Si viene vuestra merced desde Castilla la Vieja a la Corte, no ponga el cuidado en entrar por la puente Segoviana, sino en traer su moneda. Todas las cosas que se labran en aquella insigne ciudad abrigan, el paño mucho y el dinero mucho más. El paño se hace de lana blanda y el dinero de metal duro, y con todo eso ablandará más el dinero que el paño; el dinero es un unguento universal, con que se ablanda durezas de corazones, y es tal, que cuando hallase vuestra merced caída la puente, el mismo dinero le haría puente de cuerpos de hombres, no sólo para pasar un charco mezquino como Manzanares, sino un río tan valiente como el Tajo. Tome la posada en barrios retirados, porque de allí saldrá a

buscar a todos, y no le hallarán todos, con que dará todo el tiempo a sus negocios y muy poco a los ajenos. Quiebre vuestra merced más palabras que rejonas, porque por ellas no ejecutan los hombres, y por ellos matan los toros, los hombres y los caballos. Pida con desvergüenza, y niegue con la misma, que es espada de dos filos, que hiere por entrambas partes. A las damas que se hacen mercadería no enamore, porque demás de que salen más caras, se hace un hombre ridículo. No meta vuestra merced mano, ni a la espada, ni a la bolsa, porque con lo uno se hará escandaloso, y con lo otro pobre. Traiga consigo siempre más promesas que un mes de abril, y si no pudiere cumplirlas al agosto, apele para otro año, que así lo hacen los tiempos. Adviértote otra vez que no sea liberal, porque en Madrid no dan sino los relojes, y esos pesadumbres, porque nos quitan en vida lo que nos dan en horas. A ninguno crea, y a todos les dé a entender que los cree, porque con esto vendrá a ser el engañoso y no el engañado. Si le pidieren a vuestra merced en la puerta de Guadalajara, hágase sordo, que aquella puerta ha echado muchos a puertas. Fíese de mí, y créame, que es paso más peligroso que en tiempo de moros, porque las que le poseen, siendo menos fieles, son mucho más tiranas. Ya que vuestra merced entra en Madrid con nobleza tan conocida, y dinero de presente, desvanézcale poco con el deudo de los señores, porque de deudos se le harán deudores, y en siendo deudores serán enemigos. Delítense en la música y la poética, y haga partícipes a sus profesores en su liberalidad, porque el día de hoy están tan baratos que recibirán como limosna lo que en otro tiempo se les pagara como deuda. Muchas llagas verá en las piernas de los pobres mendigos, pero mayores serán las encubiertas en los corazones de los ambiciosos. Más tullidos son los que ocupan las puertas de los ministros que los que embarazan las de los templos. Mas ¿dónde voy tan mesurado? De qué sirven las veras, don-

de quiero que presidan las burlas. Véngase vuestra merced acá y vengará a todos sus enemigos.

*Epístola séptima*

*Parabién a un amigo poeta de haber metido dos hijas monjas*

Grande ánimo fué en un poeta engendrar dos hijas; pero mayor dicha el haber conseguido meterlas monjas. Cuéntanme que la una entró sin dote porque contaba. No se cumplió en ella el refrán que dice: Cabellòs y cantar no son ajuar; y si la otra es famosa labranderá, como afirman, habrán concurrido en las dos los puntos y las puntadas. Doile a vuestra merced el parabién, aunque ha de vivir condenado a eterno villancico y le han de salir más caras de versos que pudieran de dineros, si las remediara en el siglo. Dos veces que las vi en su casa de vuestra merced me parecieron necias y habladoras. Todo lo sufrirá un locutorio, formado de hierros, cuya materia está significando lo que ellas después ejecutan hablando. La habilidad de vuestra merced celebros, que hombre que ha sabido deshacerse de dos hijas tales con esa facilidad, no habrá dificultad de que no salga. Dios le guarde, para que goce de la vida que hoy tiene, que lo demás no ha sido vida.

*Epístola octava*

*Reprehende a una lavandera porque se casó con un lacayo borracho*

Mencía, si tu marido supiera que metías los más días las manos en el agua, nunca él te la diera de esposo. Todas las más tardes te vas a Manzanares, y él viene a las noches como si viniera de la Membrilla. Tú tienes por oficio una ocupación aguada y él por naturaleza un deleite en vinado. Otras personas aguan el vino con el agua,

pero a ti te envinan el agua con el vino, pues lo que ganas en ella te gastan en él. ¡Oh, miserable!, ¿quién te engañó a que desperdiciases con las cepas lo que has adquirido entre álamos y olmos? Tú, siempre rana cantando en el río, y él siempre zorra durmiendo en los zaguanes, ¿cómo es posible que pueda ser buena tan disforme unión? Grande fué tu trabajo; grande, pues aun no podrás llorar delante de él tu desdicha, porque se ofenderá de ver lágrimas, que son agua. Dicese que en poniéndose camisa nueva, no se la quita hasta rompella, porque no se comunique con un elemento que es tan su enemigo quien anda tan cerca de su pecho. Quéjaste de que se acuchilla muchas veces; mira, quien de ordinario da paz a la bota, con todos los demás busca guerra. A un mismo tiempo tira estocadas de vino y acero: las del acero son causadas con las del vino, y hace más daño con las vinosas que con las aceradas, porque las unas apestan y las otras entretienen. Mil veces reprendo tu mala elección, si no es que intentaste vengarte del agua, donde tanto has trabajado, y buscaste por tu defensa el vino. Si para alabar a uno de valiente los de la profesión dicen dél que tiene muy buenos hígados, ¿cómo puede ser valiente tu esposo, que los tiene dañados del vino. Mas, ¡ay!, que me responderás que los más valientes son vinosos, y no te lo podré negar. Considerándote a ti lavandera, y a él borracho, me parece que podéis ser los dos vinajeras; tú serás la del agua y él la del vino. Con tu madre refieren que está muy bien, y es que, como la ve tan gorda, presume que está cerca de convertirse en cuba, y alégrase con esta esperanza. Ella tampoco le quiere mal, y no me espanto, que son cuero y carne, y siempre fueron muy amigos. Y a Dios, a Dios, que se me van subiendo los tufos del vino a la cabeza y no puedo escribir más. El te guarde de estocadas de Alaejos.

*Epístola nona**A un sastre que se azotó la Semana Santa*

El oficio le usurpaste al verdugo, que aunque no te diera los azotes con más ánimo, sacárate con ellos en vergüenza lo que tú en sangre. Azotes dados a ladrón y sin pregonero que publique el delito, es trampealle a la República la enmienda que se le podía seguir deste ejemplo. Primero estuviste determinado a llevar una cruz, pero debiote de parecer que para quien había hecho tantos pendones era poca penitencia. Fuiste en la procesión al lado derecho de la imagen del Cristo, presumiendo que por buen ladrón te tocaba este puesto. Azotábaste con tanta limpieza y curiosidad, que dijo cierto caballere de los de la juventud licenciosa: Este sastre se azota con gusto de hombre de bien, que es tal un sastre, que el parecer hombre honrado le ha de costar azotes. Gusto dijo: notable lenguaje, llamar gusto lo que debiera ser contricción. Al fin, le pareciste hombre de bien por las espaldas, porque los sastres deben de echar a ellas todo lo que es bondad y virtud. Tu enfermedad ha sido en las manos, agarraste con ellas lo que no te tocaba; siempre enfermedad de manos se cura con sangría en las espaldas. Azotándote sólo en esa parte, parece que solamente haces penitencia por las ropillas que echaste a perder con lo que sisaste dellas; reparte los azotes por todo el cuerpo, que también hiciste el mismo daño en muchos calzones. No me espanto yo que sus faldriqueras no vengan muy seguras de ser robadas, si desde el principio de su formación se empezó a robar en ellas. Cuando yo te alcancé a ver dije: Este es un pecador de tijeras, que quiere enmendar con abrojos lo que erró con ellas. Aquí se castigan culpas de lana y seda; ésta no es sangre, sino pasamanos y molinillos; éstos y los que van corriendo, aunque son de color roja, seda fueron de todas co-

lores, un pecado de buenos hilos y de mal corte le llena por estas calles a este penitente, penitente agora descosido de carnes, porque fué mal cosedor de vestidos. Rueguen a Dios que le saque de pecado; eso le suplicaba entonces, y agora lo mismo. El te guarde y te enmiende, y, si no, de ti nos guarde a nosotros. Nos guarde y libre, que todo lo habremos menester.

### *Epístola décima*

#### *A uno que se metió a ser gracioso por oficio*

Haber puesto tienda pública de gracias, dificultad notable, porque no es mercaduría que viene cuando se quiere, y sobra cuando no se busca. El mismo nombre de gracias está diciendo, que ellas se han de venir de gracia, y darse con la misma; pero tú las buscas con violencia y las vendes por interés. Lo que te advierto es que no gracejes a costa ajena, que te saldrá a la cara la enfermedad de la boca, y vendrás a llorar aquello con que a otros hiciste reír. Murmúrase que eres gracioso trasnochado, y que piensas de noche en la cama lo que dices de día en los corrillos, y algunas veces son las gracias tales que se les ve bien que se formaron a oscuras. Has dado en acompañar las gracias de juramentos, y si el jurar es pecado, ¿cómo puede lo que es pecado ser gracia, si no está en gracia el que está en pecado? Lo que yo he advertido es que te vales mucho de los gestos, y ése ya es gracejar de tablado más para hacer reír los mosqueteros vulgares que los cortesanos cuerdos. Tres ó cuatro veces te has visto ya sobre la manta, y gracioso a quien le echan mantas lo mismo es que decirle que es muy frío. No pidas con importunación, pues ya por esto te han puesto las manos, y lo que yo infiero desto es que tú dices las gracias, pero que no ganas las indulgencias, pues ninguna haces que te perdonen. Esto es decir gracias y volverse en desgra-

cias; deben de tener la calidad del vino, que muchas veces se convierte en vinagre el más perfecto. A la hora del comer está más gracioso, de modo que tus gracias salen de la cocina y los cocineros son tus Apolos. Guárdete Dios en gracia, y te saque de esas gracias, porque ni con ellas eres gracioso en este mundo ni lo podrás ser en el otro.

*Epístola undécima*

*A un corredor de mohatras, habiéndosele anegado un hermano en la mar*

Su hermano de vuestra merced al tercer día de su navegación se ahogó en la mar, y vuestra merced, tras tantos años nunca ha corrido tormenta en las ondas de la puerta de Guadalajara. Aventuróse el mozuelo a la jornada de las Indias con peligros del mar inconstante. Vuestra merced con seguridades infalibles halla las Indias en breve horizonte. Mas es la distinción del caso, que el difunto pasado por agua se iría a ser estrellado en el cielo; y vuestra merced, fatigando la tierra, está muy cerca de rodar al infierno, si ya no le tiene acá, que esa sed continua de tanto fuego nace; para irse vuestra merced con el diablo tomó oficio de corredor por llegar tan a prisa, como lo dice el nombre. Al fin, el caro fratello con su carne daría un buen día a los pescados y vuestra merced muchos malos; porque su oficio sirve de anzuelo a los pescadores. El malogrado murió contrastado de los vientos marítimos, y vuestra merced acabará en poder de los vientos terrestres de las plazuelas de San Salvador y Santa Cruz, que es lo que en vulgar llamamos soplones. Si un corredor de yeso y ladrillo cayese sobre un hombre, malo le pondría, pues peor le sucede al que le coge debajo un corredor de mohatras. No dirá vuestra merced con verdad que le aguló el contento la muerte de su hermano, con ser aguada, que el gusto de heredalle hizo efecto de vino cos que

se alegró bastante. Él iba por barras de oro al Perú, y vuestra merced con madejas de oro de Milán en Madrid se hace de oro, y aun de hierro, pues nunca menos lo acierta que cuando piensa que sí. Recelo que vuestra merced le habrá hecho limitados sufragios, y así el tiempo que había de gastar en rogar a Dios que guarde al vivo le ocuparé en suplicalle tenga en el Cielo al muerto.

*Epístola duodécima*

*Consuélese a un caballero amigo de haberle despertado la justicia su dama vieja y pedigüena*

¡Oh!, bien haya la justicia que hizo por buen ejemplo lo que debía de haber hecho de cansado si tuviérades buen gusto. Agradecedles a los ministros que os han quitado tantos años de auestas como ella tenía, pues corría por vuestra cuenta el sustento dellos. ¿Cómo podfades ser amante de una mujer tan negra y tan flaca? ¡Oh pecado de taracea, ya ébano, ya marfil! Ceded el derecho que tenéis a ella a un estudioso indagador de antigüedades, porque en ella hallará más que en los libros manuscritos que la curiosidad de los poderosos tiraniza. Los que ejecutaron esto que vos llamáis rigor de la muerte os restituyeron a la vida y del cementerio al común trato de los hombres. Aconsejadla que no se vaya a Toledo, porque sus damas, cuyas bocas son saleros de coral y sus ojos armería del amor, haciendo la puntería de medio ojo con el manto, la flecharán chistes tan donosos como picantes, con que se pondrá más en los huesos si en aquella flaqueza puede haber nada que sea más. Aquellos ancianos y venerables años más obligan a que les tengan respeto que amor; miedo ponen, no voluntad. Decidme, ¿qué requiebros la decfades? Porque si la llamábades vuestro bien, vos teníades un bien muy caduco y percedero. Si señora de vuestros ojos, no sé cómo consentían las niñas dellos que llegase a

tener dominio en su niñez tanta ancianidad. Vuestra alma tampoco hace buena consonancia cuando ella se halla tal que aun la propia suya quiere desamparalla. Mujer es que no puede jurar con verdad como otras por esta alma pecadora que tengo en las carnes, porque la suya no está sino en los huesos; ya desde esta vida empieza a andar en pena, pues está aposentada en aquel cementerio. Si habéis hecho conmutación de alma, como otros amantes, yo no sé cómo puede hallarse bien la vuestra en hospedaje tan descarnado. Quejáis de la justicia porque la desterró de la Corte; presto tendréis mayor queja de su edad, porque la desterrará de todo el mundo. Salió de Madrid en una litera sobre dos machos como dromedarios, la que apenas para dos hormigas fuera peso; temo que burlándose de la poca carga la hayan arrastrado. Si la escribiéredes, no la pongáis en el sobrescrito: «A doña Fulana, que Dios guarde muchos años», porque es pedirle a Dios lo que ya tiene hecho. Mujer tan negra, en quien el solimán nunca pudo hacer efecto para blanquealla, no se ofenderá de las canas que le salen por verse en alguna parte de su persona blanca. Cuando andaba por este lugar en una silla y la llevaban vuestros esclavos, temía mucho que se le atreviesen, porque los huesos es propio bocado de los perros. Si no fuérades hombre tan conocido por vuestra nobleza, os hacíades muy sospechoso en ser amigo de tan descarnada fruta. No debéis de ser regidor en la ciudad de Chipre, Corte de Venus, pues que en su carnicería os dan tantos huesos. En mi opinión, ya está muerta, porque aquél más es cadáver que cuerpo vivo. Muerta es sin duda; Dios la perdone y a vos os guarde, os guarde aun de imaginar en ella, si no es que por imaginar agudo queráis imaginar en sus huesos.

*Epístola décimatercia**A un amigo poeta y tahir*

Los juros y censos de las musas no son bastantes a sustentar los desperdicios de un tahir liberal y precipitado. Avíseme V. m. si con la misma mano que escribe juega, porque yo no sé cómo siendo una propia hace tan buenas coplas y tan malas suertes. Cuando V. m. juega a las pintas, de poeta se pasa a ser pintor, y aunque a los unos y a los otros les da Horacio larga potestad, no tanta que les aconseje le perderse; es común opinión que es V. m. poeta espacioso, bien que agudo, y que suele en un día hacer seis coplas y perder cien suertes; mire V. m. lo que va del gasto al recibo. Aquel concepto de que usan vulgarmente los poetas cuando se llaman pastores de un ganado perdido le toca a V. m. de derecho, porque antes lo tiene V. m. perdido que ganado. Aunque los poetas somos hijos del Sol, que es padre que engendra también el oro, no sé qué nos tenemos que con ser hermanos deste lucido metal se nos huye; más bien antiguas son en el mundo las diferencias entre los hermanos, y hasta las letras sagradas nos lo enseñan. Préciase mucho nuestro padre Apolo de ser engendrador de tesoros; a los poetas les repartió el constante y eterno en la viveza de sus ingenios, y a la tierra, aquél caduco y perecedero del oro, bien que festivo y brillante. Un poeta no ha de jugar, y ya que no pueda abstenerse, juegue moneda del Parnaso, y no segoviana; conceptos, y no reales. Aún no puede jugar un poeta alfileres, porque si acaso es desaliñado, le harán falta para suplir en la ropilla los botones. No es mala tahurería hacer coplas, que tan deleitosos estudios por juegos se tienen entre los hombres sabios. Védole a V. m. todo lo que no fuere jugar al hombre, porque los poetas siempre estamos baldados de dos partes: de la bolsa y del juicio. El juego de las armas

también permito, porque no hacen tanto daño las espadas negras, ni aun las blancas, como un flux de espadas en manos del contrario. Muy usado es entre los poetas el jugar del vocablo; entreténgase V. m. deste modo, aunque sea a costa de la lengua española. Si como se juegan manos se jugaran pies, bien podríamos jugar los poetas, confiados de que nunca se nos acabará el caudal; mas supuesto que no es así, es fuerza que nos vamos a la mano. Estos consejos reciba de mí, que ya sabe que los poetas no podemos enviar dineros, y aunque los tuviera, no se los enviara, porque sé que tan desagradecido se había de mostrar a lo segundo como a lo primero. Adiós, poeta, adiós, tahir. Lo primero es desdicha, y lo segundo, vicio. Dios le consuele en lo uno y le saque de lo otro.

*Epístola décimacuarta*

*A un pintor que solía alegrarse con el vino*

Vuesa merced, por la parte que tiene de mal pintor, es pintamonas, y por la que le alcanza de pintor vinoso, es mona que pinta. De pintar monas está disculpado, porque copia de sí mismo, de suerte que están dentro de casa los traslados y el original; de ser mona que pinta me admiro poco, porque si el fin de la pintura es imitar a la Naturaleza, y las monas lo imitan todo, bien puede pintar una mona. No piense V. m. que desprecio el arte, que le venero como a sagrado, sino que como V. m. es alegre, me alegro con él cuando le veo en su persona. Paréceme que cuando pinte alguna caza, todos los demás animales serán imágenes de su idea; sólo la zorra será fiel retrato suyo. Que V. m. toma con muy buen aire un pincel en la mano es sin duda, pero con mucho mejor una copa, aunque entonces todo aquel aire se vuelve en fuego. Y que la copa es pincel, y aventajadísimo, es la prueba bien llana, porque más vivos colores le saca ella a la cara que él pone

en el lienzo. Pinceladas de Baco sonrosean y autorizan un rostro, pero las de Apeles muchas veces hacen un lienzo emplasto. Nunca le he visto a V. m. pintar países, y debe de ser por huir de pintar tal vez un río, o un arroyo, que son tan sus enemigos, que aun pintados no los quiere ver. Con todo eso, un país bien poblado de viñas será alegre lisonja de la vista; pruebe V. m. a intentallo, que pienso que con el afecto que a sus frutos tiene, saldrá de sus manos una obra monstruosa. Esto de pintar al temple será imposible en V. m., porque quien desea ser siempre fuego vinoso, ni aun para pintalla no admitirá la templanza. Viva V. m. y beba muchos años, aunque más los llevará bebidos que vividos, porque para V. m. no hay vivir como beber.

*Epístola décimaquinta*

*Responde a un amigo que le envió a convidar desde Carabanchel para que se hallase en el entierro de su suegra*

Agora conozco que es V. m. mi amigo, pues quiere que sea partícipe del día de su mayor felicidad. Salió V. m. de Madrid con su suegra, enfermó en Carabanchel y murió en él. ¡Oh lugar bien estrellado contra suegras! Dicen que mudando de lugar se suele mudar de suerte. ¿Qué mayor mudanza de suerte que salir con suegra viva de Madrid y dejarla muerta en el primer pueblo? Páreceme que será bien que todos los que son yernos en Madrid hagan una Cofradía y voten ir todos los años en procesión a Carabanchel, lugar tan bendito, que es abogado contra las suegras. Ello sucedió en Carabanchel de abajo; llámese como el otro, Carabanchel de arriba, que bien arriba está, y muy cerca del cielo, lugar que hace tan grande beneficio a los hombres. Díceme este criado, que murió hoy a las cuatro de la tarde, y que el entierro será mañana, a las once; yo es-

taré allá antes de las ocho, y para enterrarla, aún me parecerá tarde. Matarla y heredarla, dos grandes felicidades; algún grave mal se puede temer tras tanta dicha. Vuesa merced la puso en un camino breve, y ella lo tomó tan de veras, que, como dicen los civiles, en un abrir y cerrar de ojos se pasó al otro mundo, y no se entiende que se fué a las Indias, que antes las dejó acá en tan rica herencia. La primera cosa bien hecha que hizo en su vida la buena señora fué morir, con que vino a ser también la postrera, que una suegra no pudo hacer bien con menos costa suya, y si ella pudiera morir segunda vez, de pena de haber sido provechosa en su primera muerte, cayera en la segunda. Entrará V. m. con ella en Madrid triunfante, como quien trae su enemigo muerto; parece que la sacó V. m. al campo desafiada para matarla mejor; pero lo cierto es que si ello hubiera sido desaffo, que V. m. fuera el muerto. Procure entrar de noche y traerla con muchas luces; aunque no, que parece mal que entre como cuerpo santo un cuerpo que por ser de suegra mientras vivió, fué cuerpo endemoniado. Afirmanme que murió de comer mucha leche; con ella entró en el mundo mamando y con ella se despide del mundo muriendo. Ella fué el primero y el último escalón de su vida. Con esta experiencia quedaremos advertidos de que leche de Carabanchel es remedio contra suegras, y que una escudilla de leche dese lugar es lo mismo que una bebida de la botica, de las que despachan en veinticuatro horas. Dios la tenga en el cielo y la perdone las culpas que cometió como suegra, que tanto se puede esperar de su bondad infinita, y a V. m. guarde muchos años para que goce desta vida desensuegrada, que verdaderamente será vida.

## EPISTOLARIO JOCOSO

## SEGUNDA PARTE

*Epístola primera*

*A un estudiante que yéndose a ordenar a Toledo de corona sacó una doncella de la casa de sus padres y le hicieron casar con ella por fuerza*

Más quisiste merecer la corona del martirio del casamiento que ordenarte de corona. Bien desordenado eres; yendo a recibir órdenes, sacaste una doncella de la casa de sus padres. Prendiéronte y volviéronte a soltar por prenderte más que sacarte de la cárcel para el casamiento; no fué sino pasarte de una prisión holgada a otra más estrecha. Apenas sabías declinar y conjugaste; verbo eres, pero tan sin futuro, que no miraste lo que para adelante te estaba guardado. Saliste del pupilaje de un gramático y entraste en el de un suegro; no sé cuál diga que es peor: a ti te tocará juzgallo, supuesto que eres dueño de entrambas experiencias: tu mujer es muchacha, tú muy mozo; ella pobre y tú nada rico; si engendráis, como podéis, muchos huéspedes se le aumentan al hospital general del mundo. Tu madre te maldice y tu padre te llora como muerto, y él anda más prudente, porque confiesa con las lágrimas que ya está hecho lo que ella pretende que se haga con las maldiciones. Propone entre sus quejas que te casaste contra el refrán, que dice: En Toledo no te cases, compañero; pero el yerro no estuvo sino en casarte, y así, en cualquiera parte fuera el mismo. Consuélome mucho de que si con el tiempo te desesperares de haber tomado este estado, ni te faltará río en que te ahogues ni monte de que te despeñes, que en pueblos estás que con su río caudaloso compite al mar, y con sus montes, a las nubes. Notáronte que cuan-

do hiciste el examen para ordenarte anduviste poco despejado, y cuando diste el sí en el desposorio, pareció que podías vender ánimo. En lo primero confesaste falta en los estudios, y en lo segundo, mucho mayor en el entendimiento. Los mirones te estamos en obligación, porque si antes nos corría peligro de pecar, pesándonos con envidia de tu buena fortuna, agora nos das ocasión de merecer, lastimándonos, como próximos de tu mala dicha. Dicesme que tratas de venirme a este lugar y que tus suegros, por obligarte a que no lo hagas, te regalan y sirven; déjate vencer de sus ruegos mientras comieres a su costa, que pocas veces se hallan una suegra servicial y un suegro mantenedor. Con todo eso estás en gran peligro. Jesús sea contigo, El te guarde, El te libre.

#### *Epístola segunda*

*A un amigo pedante que se trató mal de palabra con otro gramático sobre la inteligencia de un lugar de Virgilio*

Pierdes tu honra por defender la de Virgilio, que está en el infierno. Dime, ¿qué honra puede tener un condenado? Préciaste mucho de ser sólo el que le ha entendido, que inútil fuera tu trabajo. A tanto llegó la pasión entre ti y Doristo, que os disteis de puñadas en una librería pública, cosa que a ninguno pareció mal, porque como los gramáticos se están siempre niños, nadie se admira de que no olviden sus acciones; esta pendencia os hizo a los dos profesos en la pedantería, porque semejante desatino sólo pudieran hacerle dos pedantes, confirmados en su necedad. El te hizo sangre en la boca, que defendiste a tu amigo Virgilio, ya que no con la sangre de tus brazos, con la de tus muelas. Tirástele tú una coz; tú anduviste más gramático, porque todos son bestias. Dios me libre de entrambos, que al fin el uno da manotadas, y el otro, coces.

*Epístola tercera*

*A un amigo retraído en casa de un embajador  
porque dió de palos a un portero*

Dióle V. m. al portero lo que menos había menester, porque dar de palos al que trae consigo eterno palo fué dádiva sobrada. Aunque algunos lo dicen al contrario. Y confiesan que de nada tenía más necesidad su desvergüenza. Bien haya V. m. que se la socorrió liberalmente. Murmúrase que le ronda la puerta algunas noches; o yo lo entiendo mal, o a él le supieron bien, porque esto me parece que es venir por más. La vida de V. m., aunque retirada, es alegre, porque pasa las más horas del día en la despensa, donde se alegra con todos los que van y vienen. Si está V. m. mucho tiempo en ese retraimiento, aprenderá la lengua embajatriz; aunque si asiste tanto en la despensa, todas las hablará en virtud del licor que allí se gasta, que no hay Calepino tan copioso de lenguas como el vino añejo de un buen país. Todo se disculpa con la frecuencia de los amigos, que no es justo que los envíe V. m. secos, cuando vienen a verle con tanto fuego de amistad. En esta Universidad de Alcalá donde asisto hay un colegio de colegiales trilingües porque hablan tres lenguas. Pero esa despensa será colegio de colegiales cincantes, porque cada uno hablará ciento. Al fin, el portero se llevó los palos y V. m. goza los buenos tragos; la dádiva fué seca para salir de mano tan remojada; pero todo lo que es remojarse en vino, como él es fuego, es secarse más; yo sólo de imaginar en ello estoy ya tan seco que no puedo hablar palabra. A Dios, a Dios.

*Epístola cuarta*

*A un tabernero que le azotaron porque aguaba el vino*

Avísanme desde esa ciudad de Sevilla que el señor asistente hizo público su espaldar de V. m. a los ojos del pueblo, porque quiso que el agua que mezclaba V. m. con el vino lloviese toda sobre sus espaldas. Luego que supe que de tabernero se hacía aguador me pareció que aguador sin pollino estaba falto, y así la justicia se le envió a V. m. de su mano. Bautizaba los vinos, siendo manifiesto robo a los bebedores, y ofendióse el juez de ver que toda la cristiandad, que sobraba en el vino, faltase en el vinatero. El verdugo y los pregoneros usaron de sus oficios con todo rigor, porque tomando el agravio por suyo, les pareció que en este castigo hacían su venganza. Quedará V. m. advertido para lo de adelante, que cuanto parece bien el agua en los jardines, ofende en las tabernas. Por un pecado tan claro como el agua le azotaron a V. m.; todos los pecados suelen ser oscuros; éste es el primero que he visto diáfano, cristalino y transparente. Un pecado tan de casta de pescado, que andaba siempre con el agua, porque se le castigaron con tanto fuego, que le llenaron las espaldas de ronchas. Paciencia y encomendallo a Dios que desagüe a V. m. y le libre de semejantes nublados y terremotos de penca.

*Epístola quinta*

*A un cirujano que curaba a un avariento una llaga en la mano derecha*

Grande imposible emprende V. m., señor Marcelo, porque la llaga que cura en la mano de Claudio, del corazón le sale, y mientras dél no se arrancare la raíz, no podrá tener salud en ella. Mano que siempre estuvo privada de su natural

uso y ejercicio, cuando sane, ¿qué se gana? Cuando se corrompa, ¿qué se pierde? ¿Quiere V. m. verla con salud? Mándela recibir dineros. ¿Quiere que se pame? Ordénela que los dé. Tanto aborrece esta acción, que pienso que se alegra de tenerla mala, porque sirva de excusa a su miseria. Cuando V. m. se la corte no formará queja, porque en ella no la quita nada; allí la tiene como demás, porque desde que es mano no ha sabido para qué fin lo es. No le cure V. m., porque contra la República será malicia, y para el paciente, ofensa. Si salud le diere, no se la dé Dios. Amén; amén.

*Epístola sexta*

*A una hechicera que la prendieron en un carnero de cuerpos muertos cercada de candelillas*

Andábaste, ¡oh María!, rondando cementerios con tu luz encendida, como si fueras justicia dellos; en un carnero te hallaron de cuerpos muertos, nombre que te debió tu marido cuando era cuerpo vivo. Cuando la muerte te había de poner más horror, porque tus años te tienen más vecina a ella, ¿te vas a comunicar con los cadáveres desnudos? Si en los huesos estás, ¿para qué buscas más huesos? Si tú eres horrible, ¿para qué solicitas más horrores? Andas entre los que murieron para daño de los que hoy viven, y disminuyendo sus huesos aumentas su número. Prendiéronte cercada de candelillas; ¿cómo fuiste tan alumbrada para hacer tal deslumbramiento? El delito fué con luces; el castigo será con llamas; quedarás hecha cenizas con que estos señores jueces te excusan de que anden tus huesos manoseados de alguna discípula o compañera tuya. Mal pleito se le apareja al glotonazo del fuego, porque en ti no engullía sino unos huesos roídos del veneno de tus malicias. Si te dijere por maldición, abrasada mueras, perdona que esto que en sí es maldición, es bendición para la República.

*Epístola séptima*

*A un amigo que le dieron una cuchillada en la cara por yerro*

Diéronte por yerro, y lastimáronte con acero, en quien te dió tanto se había de castigar el yerro como el delito, porque semejante donativo se había de dar con tanta atención, que no le perdiese quien le merecía. Sin ir a la guerra serás todo el tiempo que vivieres un hombre muy señalado por las armas. Traes contigo manifiesta la señal de que eres cristiano; procura sacalla verdadera, que bastante ocasión es esta para que enmiendes tu vida. Diéronte un beneficio y no curado, porque se te ve manifiesto, y a ti te hizo más agravio el cirujano, que te le curó mal, que el delincuente, que te le pegó bien. Tan cruzado estás, que pudieras ser en Portugal moneda, y en Castilla, casamiento, que es adonde viene a ser este estado mayor Cruz. Con esa señal parece que nos la andas jurando a todos; el que te la hizo, te la pague, que los demás, ¿qué te debemos?

*Epístola octava*

*A un sastre remendón, que pedía en la sala del crimen la virginidad de su hija*

Lo que tú puedes conseguir con tu oficio, ¿para qué lo pides ante la justicia? La enmienda deste daño consiste en un remiendo; ejercita el oficio con tu hija que haces con los extraños. Querellarte criminalmente del que te quiso dar nietos, es haber hecho ofensa de tus aumentos. Bien se ve que eres oficial mecánico, pues te opones a tan grande obra como a la de la propagación de la Naturaleza. Pides que se case con ella el malhechor; ¿cómo te atreves a una pretensión tan aborrecible como ser suegro en una publicidad tan descubierta? Yo, de las dos afrentas por mayor juz-

go la que tú te buscas que la que te ha buscado. Una hija remendada en casa dice desdicha, pero una pretensión pública de suegro ostenta mucha malicia; por lo que tienes de sastre ruego a Dios que te castigue con hacerte suegro, y por lo que tienes de prójimo, le suplico que no te deje caer en tan mal estado.

*Epístola novena*

*A un jardinero diestro de la esgrima que le sacaron un ojo esgrimiendo en su jardín*

Muy buena obra se ha hecho V. m., señor Marcio, pues ya como quien tiene menos que perder se arriesgará más animoso. Queda V. m. utilísimo para la puntería, en que podrá ejercitar igualmente la escopeta y la espada, el mosquete y la pica. Sucedióle esta desgracia por no tener la espada del contrario zapatilla, porque una espada descalza siempre fué muy peligrosa. Las espadas de esgrima, para ser buenas, han de ser como las aceitunas cuando se ponen malas; quiero decir zapateras. Los letrados que andan siempre sobre los libros, y las damas, que matan con ellos, miren por sus ojos que V. m. que es valiente no ha menester sino conservar sus manos. Dicen que se le cayó el ojo a la margen de una fuente; esto fué poner ojo a la margen; sin duda V. m. pensó que escribía, y no que batallaba. Buenas noches dé Dios a V. m.

*Epístola décima*

*A un sacristán que estando tocando a parto en el nacimiento de un hijo suyo, se le pegó fuego a la casa*

El son del parto mudaron las campanas en el del fuego, y siempre hubiera sido acertado el tocar a fuego, porque el nacerle a un hombre pobre un hijo que le ha de consumir, ¿qué llama

llega a ser más licenciosa? En lo primero pediste socorro, poniendo por intercesores a las campanas, y en lo segundo, también. Grande disculpa tienen los sacristanes cuando son necios, porque siempre hacen intérpretes de sus conceptos a los badajos. Con la turbación, unas veces tocaba a parto, y otras, a fuego, con que diste que pensar a muchos, y al fin se determinaron a creer que la que paría era alguna nube y que lo que naciese serían violentos rayos, porque les pareció que parto y fuego no podían adjetivarse de otro modo. Al fuego fuiste desagradecido, porque él venía a remediarte el daño que el parto te traía. Pudiste por mano deste noble elemento enviudar y excusarte de ser padre, y rehusar eso en mucha cantidad eres necio. Si tú fueras bien entendido, más gusto habías de tener en clamorear a tu mujer difunta que en repicar al fuego que la abrasaba. Yo confieso que se te entraba el fuego en casa, pero mayor era el que te sacaba matándote a tu mujer; no lo entendiste. ¡Mal fuego de San Antón abrase a quien tan mal se supo valer de tan dichoso fuego!

### *Epístola undécima*

*A un corchete que sacó una mujer pública de pecado para casarse con ella*

Nunca has parecido menos corchete que agora, porque todos los de este oficio sois instrumentos del demonio, y tú has sacado una mujer de su servicio. Aunque algunos dicen que estando en tu compañía se ha confirmado más en él, y que esto ha sido uniros con más fuerza. Indúcenlo de lo que los dos habéis determinado: tú de quedarte en tu oficio de corchete, y ella, de tener una tabla en la pescadería, porque cansada de pecar en la carne, quiere pecar agora en el pescado, digo en su mal peso. Si los corchetes sois galgos de los alguaciles, y a las mujeres de torpe vivir llaman

justamente lobas, conforme haréis el matrimonio, que de un perro a un lobo, poca o ninguna viene a ser la diferencia. Adiós, señor galgo, vestido de humana piel, que si tu mujer es loba, tú también sueles ir a caza de lobos, y con esto tendrás la caza en casa.

*Epístola duodécima*

*A un soldado tornillero*

Cuando V. m. salió de su lugar, le dije que los soldados y las espadas eran malos si tenían vueltas. Al fin se volvió el señor Cosme a la casa de su madre a comerse las gallinas, pudiendo comer de sí mismo cuando le faltaren ellas, que todo será un manjar. Afirmanme que le dió a V. m. un sudor frío en viendo el embarcadero, y que sudó a la vista del agua, tanto, que temiendo embarcarse, se pudiera embarcar en lo mismo que sudó. Cuando le vi salir con tanta pluma en la cabeza y tanta liga en las piernas hice este discurso. Ave con tantas plumas, prevención lleva en ellas para huirse cuando quisiere, y piernas con tanta liga, tarde y mal se desasirán de su patria; profeta fuí verdadero; así lo digo a todos, aunque V. m. me acuchille por ello, que por verle hacer una acción de soldado lo llevaría con paciencia. Pareciole a V. m. que ir a tomar pendencia con quien no le había hecho, porque era locura, y volviose a su tierra a hacerse más necio, aunque en esto no pienso que está nada por hacer. Por lo menos, ya que V. m. no aprobó bien en ser soldado, será famoso volteador, que la vuelta que dió desde el puerto de Cartagena hasta su pueblo no la olvidarán los nacidos mientras vivieren. Adiós, adiós, y dé otra vuelta, aunque se canse, por el gusto de los que le estamos mirando.

*Epístola décimatercia*

*A un amigo muy estudioso y muy sucio*

Quien te ve tan lleno de manchas, si no te conociera por tan sabio, más pensara, ¡oh Lucino!, que asistías entre las lámparas que con los libros. Sacristán pareces, no varón estudioso. ¿Quién presumirá que en ese muladar de tu vestido se encierra el tesoro de tu alma, si no es que con este ejemplo se confirme que tal vez suele estar la margarita en el estiércol? La suciedad que traes es tanta, que me parece que no puede haberse conseguido sin hacer particular estudio en ser sucio, y así, me persuado a creer que tu doctrina es inmundicia, y tus letras, manchas. Pienso que ese grado de doctor que tienes te le dieron, no en Salamanca, como tú dices, sino en Chinchilla, o Albacete, lugares en la Mancha conocidos. Por lo menos, aunque tu ciencia no sea copiosa, no te negaremos que es espesa. Por tus letras humanas mereces corona de laurel. Por las manchas aceitosas de tu vestido, la de la oliva. En las manchas tienes el principado, y en las letras concurren en igualdad con los más doctos; según esto, menor parte te alcanza en el laurel que en la oliva. Pequeño precio será para tu cabeza un olivar entero. Grande trabajo es que puedas probar nobleza, y no limpieza; nobleza sí en el ingenio, limpieza no en el vestido. Que eres docto concedo, y agudo de ingenio también; pero, no obstante lo dicho, eres necio, porque ser sucio en el cuerpo también es defecto del alma. Enmiéndate si puedes, aunque ya es tarde. Enmiéndate, aunque pierdas por ser limpio alguna parte de sabio, que a penas me atrevo a determinar cuál sea peor, ser muy necio o ser muy sucio.

*Epístola décimacuarta*

*A un ganapán, que arrimando un gigantón que llevaba a cuestras, se entró en una taberna, y después de haber bebido bien se quedó dormido.*

Roque amigo, el gigante se quedó arrimado, pero vos con mejor comodidad tendido; no se dirá por eso de vos que os excusasteis de la carga, pues si la del gigante quitasteis a los hombres, la del vino pusisteis en la cabeza, que fué mucho mayor. Grande figura llevábades a cuestras despierto; pero las que después se os representaron entre sueños dormido, fueron para vos, si no tan grandes, más entretenidas y apacibles. Ganapán os llaman vulgarmente, y os yerran el nombre, porque si todo lo que ganáis lo echáis en vino, ganavino es título que suena con más propiedad. Al pobre gigante que se quedó en la calle se le arrimaron unos muchachos, y dieron con él en el suelo; pareció gigante expósito, echado a la puerta de una ermita; pero ¿con quién hablo?, si a lo que presumo no debéis de estar despierto, pero para cuando lo estéis Dios os dé buenos días.

*Epístola décimaquinta*

*A un hijo de un sacamuelas, habiéndose muerto su padre de súbito*

Si tu padre sacara con tanta facilidad las muelas de las bocas, como la muerte le sacó a él del mundo, ¡oh, qué grande oficial hubiera sido! Tu padre sacaba siempre la muela con dolor del paciente, y la muerte le sacó a él del mundo con placer de todos los que en sus manos padecieron. Él sólo sacaba huesos; pero la muerte sacó en él huesos y carne. Cayóse muerto de súbito en la plaza, en la misma parte donde ejercitaba su oficio, porque el cielo dispuso para escarmiento público que el de sus delitos fuese también lugar de su pena: en la plaza murió, y junto a la horca;

pero con tanta prisa que no llegó a ella, que sus méritos allá caminaban con él. A un mismo tiempo te doy el pésame y el parabién; pésame de su muerte arrebatada, y el parabién de que no le hayas sucedido en el oficio. Dios te guarde y a él le perdone, aunque lo primero viene a ser de tan poca importancia cuanto de infinita lo segundo.

*Epístola décimasexta*

*Danse a una alcahueta ciertos avisos importantes*

Hiciéronle a vuestra merced causa de haber estado en Alcalá de Huete, y buscó sagrado en el que llamamos Alcalá de Henares y aún no le vale, porque determinan enviar a prendella con particular comisión a un portero de la limpieza, que la tratan a vuestra merced como a inmundicia; a un porterillo basurero despachan, mire vuestra merced si de tanta basura se levantará poca polvareda, todo vendrá a llover sobre sus espaldas, que cayendo sobre polvo, se convertirá en lodo. Vuestra merced se retire al patio de aquellos estudiantes médicos con su ama, que ellos la curarán del achaque del portero, y aun le matarán a él, con que les servirá de ensayo y no será la menor sutileza de sus estudios. Han jurado contra vuestra merced tres testigos. El uno fué aquella mulata cuyas mejillas son dos cementerios. Al fin, aquella señora cruzada de rostro, aquella que trae en la cara lo que no confiesa con el corazón, mordió en su honra de vuestra merced, mordió en su honra, sin acordarse que había mordido en su pan cuando fué su esclava. Con esta galga de Tremecén pretenden cazalla pero si es verdad lo que ella dice en su deposición, que vuestra merced sabe volar, no pueden ser buenos corchetes los galgos de un delincuente que puede huirse por los vientos. Cuando decía su dicho temí, como el escribano era gran gato, y ella perrona, que hubiera una gentil escaramuza, pero hiciéronse amigos, y ya conformes, él volvió contra vuestra merced sus

ñas, y ella sus dientes. El otro testigo fué la tabernera de enfrente, que aunque enseñada a dar malas medidas en el vino, la de su dicho fué larga y copiosa. Desbocose aquella vieja bacanal tanto que puso vinosa aun la pluma del escribano, y esto fué de suerte que yo la vi tropezar por el papel. Concluyose la probanza con el dicho de la comadre. ¡Oh, suma ingratitud!, pues corresponde tan mal a las ganancias que por su respeto ha tenido. Quien ha estado muy fino es Roquillo el zurdo, y tanto, que la otra noche la tiró una pedrada, y por dalla la rompió el barreño sobre quien mide, que estaba lleno de mosto, que es tan desgraciado el pobre vino, que aun fuera de las viñas tiene peligro de ser apedreado. Derramóse todo, con que el mozuelo no erró el tiro, antes le acertó más seguro. Los bienes que vuestra merced dejó en poder de Barbula los manifestó a la justicia, y se embargaron con los demás. Temiose de ser disciplinante jinete, y no tuvo razón en rehusar el camino que anduvo otras veces. Respondiome cuando se lo reñí que estando vuestra merced ausente, ser su amiga a sus espaldas con sus espaldas era fineza ignorante, y que si vuestra merced las volvió para huirse, que ella no las quería volver para recibir pinceladas del verdugo, pintor que no gasta más colores que rojo y cárdeno. El martes que viene saldrá de aquí el portero, que aun la elección del día ha sido aciaga. Al fin, en día de Marte van a prender a vuestra merced, siendo los más de sus delitos venéreos. Consuélese con que Venus y Marte son tan estrechos amigos, que no le faltarán en ocasión tan forzosa. Al ordinario entregó Barbula para vuestra merced unas camisas, porque le parece que siempre tiene necesidad de ropa limpia. Esto es lo que se ofrece de nuevo, y a Dios, que guarde a vuestra merced de las asechanzas del porterejo hediondo, que aunque enseñado a ser cazador de leones nocturnos, bien sé que no cazarán a vuestra merced, que al fin es raposa, y vieja.

## CORONACION DE LAURA

Diálogo en verso

### INTERLOCUTORES

Apolo

Venus.

Neptuno.

Manzanares.

MANZ.—*Tantas serenidades,  
tanto luciente rayo en mi ribera  
sin duda se desata de su esfera  
aquel mar de la luz, que por los vientos  
ondas forma de rojos resplandores,  
que en tempestad de llamas prodigiosa,  
tanto apacible, cuanto siempre hermosa,  
dichosamente anega  
toda vista mortal, si, presumida,  
se opone a majestad, que es tan lucida.  
¿No es Apolo aquel que coronado  
de verde ingratitud pisa este suelo,  
con ser gran magistrado allá en el cielo?  
¡Oh, tú, divino autor de beneficios  
tantos a los humanos!,  
padre de las deidades cristalinas,  
de la fuente canora,  
que corre y brilla lúcida y sonora,  
¿qué buscas en mis márgenes felices,  
que desde hoy gozarán de mayor día,  
por los rayos de luz que es fuerza en ellas  
se olviden como en don tus plantas bellas?*

APOLO.—*Manzanares, que en breve  
cristal ostentas gala y armonía,  
hijo de aquella a quien corona nieve,*

que, liberal, el mayo te la envía,  
que gusta de no verse coronada,  
por hacer tu corriente más pomposa,  
porque es madre, aunque rústica, piadosa.  
En tus riberas tienes  
un prodigio de ingenio, que se encubre  
en la naturaleza femenina,  
con que a la varonil tanto precede,  
que a la divinidad nuestra se opone:  
los tesoros arcanos  
penetran de la sacra poesía,  
mi espíritu obedece,  
por quien más noble títulos merece.  
Esta vengo a buscar, y a coronalla  
de aquel metal avaro cuanto hermoso,  
pues con ser yo su padre lisonjero,  
madre grosera tiene,  
la tierra que le oculta, y le detiene.  
El resplandor que admira  
desta corona, peso de mi mano,  
sus sienas ceñirá, y en luces bellas  
a la plebe vulgar de las estrellas  
causará admiraciones,  
viendo que lucen más sus perfecciones,  
y no sólo a las luces, que, vulgares,  
logran breve hermosura,  
sino a las que ilustradas  
de aquella insigne magnitud primera  
gozan los Principados de la esfera.

MANZ.—Sin duda a Laura buscas,  
esas sus señas son, que ella atesora  
dones tan prodigiosos,  
ella es quien dignamente  
lanta solicitud ha merecido;  
bien muestras que eres dios sabio y lucido.  
Mas ¿no es aquél que viene  
el que rige el imperio de los mares,  
cuya fuerza es tan grande, es tan gloriosa,  
que corrige lo más incorregible,  
pacificando aquella tumultuosa  
corriente, a quien los vientos

amotinán por dar más escarmientos  
 a los siempre obstinados navegantes,  
 que en peligro tan ciego  
 muestran perseverancia, y son constantes?  
 A nosotros se viene,  
 publicando de perlas y corales  
 en las manos corona,  
 que el fruto de sus aguas nos pregona,  
 que en su corriente encierra:  
 arboledas de púrpura luciente,  
 árboles son del nácar,  
 de cuyas ramas rojas, no floridas,  
 la corona ha formado,  
 que nuestras suspensiones ha robado.  
 Y para ennoblecella,  
 las blancas perlas, que en sus conchas cría  
 liberal puso en ella,  
 mostrando con modesta bizarría  
 que nada ajeno ofrece.  
 Oye, escuchemos, pues, al que hace atentos  
 los sordos mares, los tiranos vientos;  
 a darme la obediencia  
 llego primero. ¡Oh, padre prodigioso  
 de fuentes y de ríos!,  
 a ti se humillan los cristales míos.  
 NEPT.—Manzanares, que vives dilatado,  
 no en tu cristal, en tu dichosa fama,  
 por ser tu huésped tan gloriosa llama,  
 Laura es quien digo, aquella siempre ilustre,  
 a quien cuantas sirenas  
 las ondas de la mar hacen amenas  
 con su canto apacible,  
 hoy rinden su armonía,  
 porque hasta allá sus ecos resonaron,  
 donde tan gratos, tan sonoros fueron,  
 que todas dulcemente enmudecieron,  
 que tan suspensas vi quedarse algunas,  
 que escollos de mis aguas parecían,  
 que el sentimiento de sentir perdían.  
 Por público decreto  
 al fin de todas ellas

(tanto saben hacer nobles estrellas)  
 darla su principado determinan,  
 con mi consentimiento,  
 que a su elección mostré agradecimiento,  
 y para que este fuese más lucido,  
 yo propio con mis manos la corona  
 que veis resplandeciente,  
 de perlas y corales,  
 blasones de mis ondas inmortales,  
 dar a sus sienes quiero,  
 después que Apolo, superior lucero,  
 cuya luz es del orbe respetada,  
 la deje con sus rayos coronada.

APOL.—A ti obediencia, y no a mí luz se debe,  
 ¡oh, Neptuno sagrado!,  
 bien ves que en tus corrientes me reclino,  
 en el último fin de mi camino.  
 Tu huésped soy, no pago con ultraje,  
 sino con obediencia el hospedaje.  
 Tú primero veniste,  
 primero coronalla mereciste,  
 tanto por la virtud de tu presencia,  
 como por la afectuosa diligencia.

MANZ.—Esperad, ¿no es aquella la gran diosa  
 Venus, que ilustra a mi ribera hermosa,  
 pues con las plantas flores la fabrica,  
 y una ciudad de rosas la edifica.  
 Esta nobleza grata de los vientos,  
 espirantes de olores,  
 si por la diosa fué de los amores?  
 en mis cristales he sentido fuego,  
 que aun su helada corriente ha conocido,  
 que está la madre aquí del niño ciego.  
 De tantas aves el sonoro ruido,  
 que agora entre los vientos se desata,  
 por ella se conforma y se dilata.

APOLO.—Aquel hollar con generoso brío  
 si, de Venus parece,  
 que halagar con el pie la primavera,  
 y con pisalla altiva,

*hazella engendrar rosas,  
es obra de unas plantas tan hermosas.*

NEPT.—*Con cuánta majestad serena el viento,  
esta, que en mis espumas engendrada,  
en los rayos del fuego predomina,  
esta, que, superior a las deidades,  
su imperio estableció en las voluntades.*

MANZ.—*Yo salgo a recebilla,  
mis márgenes excedo,  
que a tan alta deidad bien se le debe  
aplausos cristalinos,  
honor della jamás solicitado,  
pues sólo halla en el fuego,  
que es común inquietud, propio sosiego.  
Que aunque hermosa inclemente,  
pompa y deleite en sus estragos siente.  
¡Oh, Venus!, ¡oh, suave  
deleite superior de los sentidos,  
que en tu contemplación viven unidos!,  
¿cómo haces mis riberas tan felices?  
¿A quién buscas en ellas?  
¿Quién pasos mereció a tus plantas bellas?*

VENUS.—*¿Quién? Laura es quien me llama,  
no con sus ruegos, no; con perfecciones  
tantas como la fama  
comunica aun a bárbaras naciones.  
Aquel dorado imán de la belleza  
de sus rubios cabellos,  
me llamó con la luz que anima en ellos.  
Por beldad superior, a coronalla  
vengo desde mi esfera,  
envidiosa de ver que tu ribera  
ser pudo habitación aún más gloriosa  
con prenda tan hermosa,  
dime, pues, ¿dónde está?, ¿dónde se esconde  
ésta que en luz al cielo corresponde?  
Que la tierra por ella es noble tanto,  
que hace con los cielos armonía,  
y digna consonancia.  
Estos abriles que este campo cría,  
esta que miras superior fragancia;*

¿no adviertes, no discurre, que no sabe  
a la mortalidad humana flores,  
y que espiran deidad estos olores?  
Pues todo esto que admiras justamente  
della procede y nace,  
della, de quien amor se satisface,  
tan cortés, tan templado en sus antojos,  
que no pasa el deseo de los ojos.

MANZ.—También éstos que miras, sacros dioses,  
a coronalla vienen,  
que ya en sus manos las coronas tienen.  
Pero tú sin corona prevenida,  
¿cómo puedes ceñilla la cabeza,  
teatro ostentativo de belleza,  
y lisonjero alcázar de la vida?  
¿dónde está la corona?  
¿dónde el glorioso premio de tu mano?,  
que siendo ella cristal corona al oro,  
que el oro y el cristal en competencia  
mostrarán mayor brío y excelencia.

VENUS.—Yo no busco metales  
de caduca hermosura,  
dónde están tus cabellos orientales,  
en quien eterna llama se asegura;  
coronalla con ellos  
quiero, formando de su rizos bellos  
la corona luciente,  
porque así la coronó dignamente.  
Presumís que las perlas los corales  
y el oro que infamó tantos deseos,  
¿pueden en su cabeza ser trofeos?  
Esos dones del mar y de la tierra  
¿coronarán la que es claro ornamento  
del lúcido, del alto firmamento?

NEPT.—Si en sí misma el glorioso premio tiene,  
vamos a veneralla,  
que a ti sólo te toca el coronalla.

APOLO.—Mi ingenio esto dispone, esto previene,  
yo y Neptuno pondremos  
nuestras coronas a sus plantas bellas,  
y serán sacrificio de sus plantas,

*no a sus sienes corona,  
si en su cabeza tanta luz blasona.*

MANZ.—*Vamos, Venus, camina,  
que en tu obediencia estamos,  
tu voz por ley sagrada veneramos.  
Yo avisaré primero  
al pastoril concurso, al ingenioso,  
para que asista a un acto tan glorioso,  
y sea participante,  
como en los demás bienes,  
deste, que viene a ser el mar triunfante.  
Avisaré a Amarilis  
su madre venturosa,  
y a su Anfrisa, constante y fiel hermana,  
porque, ufana y gozosa,  
una y otra celebre  
tal día en que los hados  
sus deseos permiten ver logrados.  
Y, después, porque no pueda el olvido  
ultrajar tan magníficos blasones,  
haré que Albano, espíritu lucido,  
en su lira lo cante,  
instrumento glorioso de la fama,  
tan firme, tan constante,  
que no teme aun del fuego  
los violentos estragos.*

VENUS.—*Vamos, no te diviertas, vamos luego,  
que el Apolo, que aquí miras presente,  
obligará a los vientos  
a que resuenen con acentos de oro,  
digna veneración de tal tesoro.*

### AVENTURA TERCERA

Marcelo, afrentado de sí mismo y fiscalizado de su propia conciencia, luego que a D. Diego le dejó libre de la queja de la justicia, en cuya diligencia empeñó muchos pasos, desamparó su compañía, juzgando menor inquietud la de una casa de posadas, con ser tanta, que la de un hombre opues-

to a las costumbres humanas. Parecíale a Marcelo, que el mundo le debía de contar entre los consejeros de sus mal aconsejadas empresas, y que con esto su reputación padecía, y así quiso hacer con esta retirada una satisfacción pública, y que por ella se conociese que sería lo que habría aconsejado. Don Diego se consoló desta resolución más brevemente de lo que pudo pensar Marcelo, que no hizo poco sentimiento de verse tan despreciado, porque él siempre creyó que don Diego le obligara con humildades y protestaciones de enmienda a volver a su compañía. Engañóle su mucha satisfacción, que aunque era hombre virtuoso, el haberlo creído demasíadamente le daba contra sí propio perjudicial arrogancia. Sentía mucho Marcelo, como enseñado a comer de la despena ajena tantos años el gasto ordinario de cada día de la bolsa propia, y así pretendió que algunos personajes graves, como que se movían de su propia autoridad, y no solicitados de sus ruegos, fuesen los medianeros de las paces entre él y don Diego, que se efectuaron con mucho descrédito suyo, y aventajados partidos para don Diego, porque se capituló que había de alzar la mano del gobierno, que pretendía tener sobre su vida y costumbres, en que concedió con mucho agrado, conociendo en esto que había podido con él más la avaricia de la hacienda que la caridad de la corrección del prójimo. Imprudencia grande, pues se vino a desposeer en público, y con honrados testigos, de lo que pudiera días antes tácitamente sin escándalo. Diéronsele dos piezas retiradas, donde tratase con más quietud de sus estudios. Allí escribía ingeniosamente, aunque algo mordaz y áspero, porque su condición era severa y rígida. Don Diego, alegre de verse en el estado que siempre le persuadía su inclinación, se atrevía a todo con mayores bríos, como el que se juzgaba libre de las censuras y correcciones del pedagogo gramaticón, que así llamaba él a Marcelo, bien que indignamente, porque estaba coronado con el

lauro de eminente filósofo por el Academia fundada sobre las piedras que baña Henares, que con tal blasón se hubiera desvanecido, a no haber aprendido en la misma sabiduría, que ellas le comunican moderación y templanza. Crecía cada día en el arte de la música, en que llegó a ser diestro y agradable cantor, con satisfacción de los eminentes en la profesión, que solos son los que pueden juzgar con verdadero conocimiento. La similitud engendró estrecha voluntad entre él y otra dama no menos excelente cantora, mujer de algunas prendas y obligaciones, aunque por su ocasión todas las atropellaba, y despedía; bien que le dilataba los favores, pues le entretuvo con las esperanzas del último todo un invierno, dándole en la misma voluntad escudo y abrigo contra sus hielos, que no fueron poco ásperos. Pasó el verano, y para él tan verde como la primavera, porque aún, hecho majadero, de esperanzas proseguía. Estaba casada Margarita, que este fué el nombre de la que le encantó cantando, con un hombre de honradas obligaciones y respetos, celoso tan fantástico, que aun las imaginaciones reputaba obras evidentes: habíase hallado ausente hasta entonces y por esta causa pudo Margarita vivir algo más esparcida. Avisó a don Diego que de allí adelante no pasease de día su calle, y diole orden de que cierta noche viniese al cuarto bajo de su casa, donde posaba una vecina, tercera de apacibles consonancias para el instrumento de amor, y que ésta le escondería en él, y ella bajaría a verle sin sospecha de su marido, pues siempre que la buscara la hallaría tan cerca, y, si acaso quisiese entrar, le podrían retirar a él a otra pieza, pues para que hubiese lugar para ello tendrían la puerta cerrada. No poco gustoso salió don Diego de su casa a hacer esta visita, porque le pareció que se había llegado el último plazo de su esperanza, y que en él cobraría su amor la deuda que se le debía. Salió, pues, galán y lucido de su casa, y aventajando el movimiento de sus pasos con la

colora de sus deseos, caminaba tan turbado, que se pasó de la calle y casa que busca, creyendo que aún no había llegado a ella; volvió atrás con la consideración y las plantas, y luego, por avisar, con dulce y apacible ministro que ya estaba en el puesto, cantó así:

*Antenia, tus alabanzas  
pide a la pluma el deseo,  
mas no hay pluma tan feliz  
en las alas del ingenio.*

*Ya la razón de alabarte  
me inspira nobles alientos,  
que el ser deudor de alabanzas  
parece envidia, aunque es miedo.*

*Desempéñeme tu fama,  
señora, de tanto empeño,  
la que en los futuros siglos  
ha de admirar con tu ejemplo.*

*Ya a tu belleza el abril  
viene a enmendar sus defectos,  
y vuelve con tanta pompa,  
que aun no lo embiste el invierno.*

*Las rosas, que antes ultraje  
fueron del soplo del cierzo,  
de hermosa inmortalidad  
llevan de ti privilegio.*

*Desatose amor la venda,  
por gozar tus soles negros,  
si antes no vió por vendado,  
agora no ve por ciego.*

*Y como después de verte  
no hay más que ver en el suelo,  
lo que parecía castigo,  
amor lo juzgó por premio.*

*Dilátase esta belleza  
tanto en tu ilustre sujeto,  
que compite la del alma,  
y aun excede a la del cuerpo.*

*¿Cuántas flores, cuántas rosas  
fueron ornatos amenos*

de tus labios, siendo antes  
padre de ilustres conceptos

Este en ti glorioso, y grande  
padre de ilustres conceptos  
nunca ocioso está en sí mismo  
admirado y satisfecho.

El es tu amigo el más útil,  
bien lo has visto en tus sucesos,  
pues con él vences injurias  
de los hados y del tiempo.

¿Quién en tu condición noble  
no halló en sus desdichas puerto?  
Sólo mi experiencia puede  
servirla de honrado crédito.

A las estrellas, que siempre  
tan inexorables fueron,  
haces revocar sus leyes,  
obedientes a tu imperio.

¿Quién duda que te disponen  
felicidades los cielos?,  
que es honor suyo premiar  
su imagen en tus aciertos.

Tantas perfecciones, tantas,  
Antena, ¿cómo podremos,  
si el número no las mide,  
celebrarlas con el verso?

Manzanares, que a tus pies  
debe muros lisonjeros  
de tanta rosa fragante,  
que fué engendrada por ellos.

En los coros de sus ninjas,  
de sus cristales orfeos  
vuelve a tanto beneficio  
canoro agradecimiento.

Ya se precia de tu amante,  
llamarle puedes tu espejo,  
que en galán tan cristalino  
será verdad y requiebro.

Que aunque es hijo de la nieve  
de Guadarrama soberbio,

*contra su naturaleza  
se abrasa y goza en el fuego.  
Bellísima admiración,  
si mis musas te ofendieron,  
ya mi humildad le propone  
tus aplausos al silencio.*

Dió fin al romance y quedó suspenso, no de haberse escuchado, que en esta parte no se desvanecía tanto, aunque pudiera, sino de ver que no se le hiciese alguna correspondencia a una seña tan agradable, cuando entendió de una criada que su ama había salido con su amo a gozar del fresco, y que no le dijeron dónde, más de que doña Margarita la mandó que le advirtiese que volviese de allí a dos horas, que sería lo más que podría, según su parecer, detenerse fuera de casa. No hizo poco efecto de disgusto este aviso en don Diego, porque era fuera de toda su esperanza; pero viendo que aquél era uno de los casos que no se remedian con la diligencia, ni la prevención, y que sólo consiste su felicidad en aguardar con paciencia, se determinó a hacerlo así, y volvió a cantar otra vez el mismo romance, por lo que se agradaba de ver la miscelánea que en él hizo el poeta hablando parte de las coplas ya floridas, ya graves y sentenciosas, intento no fácil de ejecutar por pasarse con tanta velocidad de extremo a extremo. Reconoció que otro paseante de una vecina de su dama le miraba con alguna nota, y por excusar escándalo se determinó a irse al prado aquellas dos horas, y volver, pues eran las doce de la noche entonces, después, a las dos, cumpliendo con el precepto de Margarita y consiguiendo en él su gusto. Entró en el prado cerca de la una, y en razón de haber refrescado la noche un poco y estar algo nublada, le halló tan seco, que a no tener fuentes y arboleda que le hacían sonoro y apacible el mucho silencio, acompañado de la soledad, le formarían desagradable y espantoso. Paseóle todo una y otra vez, y cuando ya determina-

ba dejarle, oyó una voz triste y dolorosa, reconociendo en ella ser de mujer, cuyas razones eran éstas: ¿Posible es, amigo de mi alma, que con una traición tan vil me quieras quitar la vida? Alterose don Diego de escuchalla, y aplicando bien el oído, advirtió la parte de donde venía el doloroso acento, y atravesando el arroyo, desnudó su espada, y quitando el broquel de la pretina, consagró luego en su ánimo su vida a la defensa del peligro de la que se quejaba; llegó cerca y halló un coche sin cochero y cubierto el estribo por la parte derecha, y más adelante, un hombre en pie y una mujer puesta de rodillas en el suelo, que con ruegos y lástimas pedía el rescate de su vida. El hombre, que sintió pasos detrás de sí, recelándose, puso mano a su espada, y haciendo rostro a don Diego, le preguntó qué buscaba, a quien don Diego, gallardo, respondió: Castigar tu vileza y alevosía, que sin duda eres el más infame de los hombres, pues a tales horas y en parte tan desierta ofendes a una mujer que no tiene más defensa que sus lágrimas, y ésta no fuera pequeña, sino la mayor de las que respetan los humanos si en ti hubiera algunos resplandores de sangre generosa y gallarda. Colérico e impaciente le respondió el otro con la espada, a quien don Diego hizo tan venturosa resistencia, que librándose de la ofensa que pretendía causarle, quedó vencedor, dándole dos heridas, y la última en parte que, perdiendo mucha sangre, y con ella los bríos, cayó desmayado, diciendo: Jesús, yo soy muerto. Apenas le oyó don Diego, cuando, sin embarazarse con la turbación de aquel suceso, dél no esperado, volvió los filos a la vaina y el broquel a la pretina, y abrazándose con la mujer, que arrebatada del dolor de que fuese muerto el que matarla quería, o ya por el daño que se le podría seguir, o ya porque largo trato, como después diremos, hace voluntad, también estaba ajena de todos sus sentidos. la puso en el coche, y acomodándola lo más bien que pudo, y cerrando el es-

tribo, usurpó el oficio al cochero, porque subiendo en el caballo de la silla, con mucha velocidad, y como si lo hubiera ejercitado muchas veces, caminó a su posada, donde en llegando se apeó, y abriendo con una llave maestra, por no dar parte a los criados, entró, aunque sin luz, al aposento donde estaba su cama, y en ella puso a la mujer, que aún no se había cobrado de aquél, al parecer, éxtasis mortal. Dejósela así, por prevenir otras cosas no menos importantes, y volviendo a subir en el coche, por excusar que en ningún tiempo pudiese ser indicio de hallarle en su poder, se fué con él a la casa de un venerable sacerdote, varón de acreditadas costumbres, y que por ellas tenía con la justicia y el pueblo mucha autoridad, y llamando muy recio, le hizo que despertase y saliese a su ventana, donde, sin darse a conocer, le dijo: Este coche está sin dueño; aquí le dejo debajo de vuestra confianza para que haciéndose, como espero de vos, todas las diligencias convenientes, le entreguéis con satisfacción a quien pareciere tocarle su profesión. Así, se fué, dejando al clérigo bien confuso, y no yéndolo él poco, como quien había pasado por la representación de caso tan peregrino. Caminó a la calle de doña Margarita algo cuidadoso pareciéndole que la ocasión se había frustrado en razón de haberse detenido una hora, mas cuando una criada le dijo que sus señores no habían dado la vuelta a casa que se persuadía a creer que se habían ido por la de la madre de su señora, que la amaba como madre y la favorecía y amparaba como poderosa y rica, y que sin duda los había hecho quedar allá aquella noche, y que podría ser que la detención fuese por algunos días. Percibió con atención las señas de la casa, y tuvo tanta diligencia y solicitud (que todo lo facilita un amante), que con ella supo ser aquel discurso falso, y halló más desengaño en esta parte de lo que él quisiera. Ya el reloj daba las cuatro, y en el cielo se empezaba a ver alguna, aunque poca noticia, del día, cuando retroce-

diendo segunda vez su camino, vió la casa de doña Margarita llena de justicia y voces, que donde entran sus ministros pocas veces hay silencio, y es que los negocios suelen ser las más veces de tal calidad, que no dan lugar a que se ejerciten con modestia, como se experimentaba en el presente, por decirse, que a aquella hora traían mal herido a don Leandro, esposo de la bellísima y poco dichosa Margarita. Pareciose a don Diego cordura el retirarse, porque si la justicia saliese y le hallase armado, y en la calle, no presumiese que era culpado y con tan pequeño indicio le prendiese. Decretó volverse a su casa, y por medio de la diligencia de algún criado saber lo interior de aquella materia, y prosiguiendo su camino, discurría deste modo. Que se holgaría mucho que el que cometió tan bárbaro y atroz delito fuese gravemente castigado, no por lo que él quería a don Leandro, sino porque si se moría, quedaba doña Margarita sin el amparo de un caballero rico y noble. Que si le conociera no pusiera la satisfacción de la venganza en manos de terceros, porque hiciera con las suyas tan largo castigo, que aunque muchos le condenaran por imprudente, ninguno le negara haber procedido como gallardo. Volvamos a la dama, que arrobada del dolor de las heridas dadas al mismo que matarla quería, quedó desmayada sobre la cama de don Diego, que restituyéndose a sus sentidos, y despertando con el sobresalto de muchos sueños tristes y horribles, empezó a dar voces. Despertó con ellas Marcelo, y pasando de su cuarto al de don Diego con una luz, aunque ya la del cielo vertía (grande liberalidad) por el suelo sus resplandores, en él halló una mujer, aun en sus ojos bella, que le dijo: Caballero, si sois vos quien anoche me libró con tanto esfuerzo de las manos de la muerte, llevadme, os ruego, a casa de mi madre, donde mi vida tendrá amparo más honesto. Reciba yo igualmente el beneficio, advirtiéndoos que agora me hacéis el más importante, pues cuando allí hubiera perdido la vida,

fuera menor desdicha que el vivir para ser testigo de infelicidades. Mi esposo fué el que mataste, caballero, y aunque él quería hacer lo propio de mi persona, y os debo agradecer la defensa, a los hados no, pues quisiera que hubieran dispuesto lo contrario. Recogiose en su pensamiento Marcelo, y examinando parte de aquellas palabras confusas, entendió algo del caso, y por esta misma razón conoció el peligro en que estaba en aquella casa con aquella mujer y aquella mujer en aquella casa, y así, caminando con ella a la parte donde quiso guialle, la dejó sin haberla dicho por el camino ni quién era él, ni quién don Diego, porque si acaso ella fuese presa y atormentada sobre el suceso de aquella muerte, no conociéndolos, sería imposible que los hiciese culpados, y así, la llevó por calles tan extraordinarias, y con tanta prisa, que fué imposible que ella pudiese acordarse dellas en ningún tiempo para dar señas de la casa donde había estado. Ella le dijo al despedirse que aquélla era la casa de su madre, y el nombre de entrambas, y le pidió con eficaces ruegos supiese en qué estado quedó la vida de su esposo, y si acaso era vivo o muerto, para que, conforme a la relación que le trujese, tratase de disponer de su persona. Marcelo, por librarse de sus manos, en quien ya se temía preso, porque cada paso que oía pensaba que era de los pies de la justicia, excedió con sus promesas a sus ruegos, fuese luego a oír misa y a solicitar algunos negocios propios. Estando las cosas en este estado, volvió don Diego a su casa, y como hallase su aposento donde puso la dama desmayada cerrado, porque lo dejó así Marcelo, presumió que aún dormía, y por no inquietalla, trató de dar algún sosiego al cuerpo vencido y al espíritu fatigado sobre la cama del mismo Marcelo, que no extrañó poco el ver que pisase tan de mañana las calles del lugar un hombre cuyo ánimo quieto, opuesto tanto al tráfago popular, se las pintaba siempre aborrecibles. Poco tiempo gozó deste apacible reposo, porque quitán-

dole el sueño lo mismo que se le había de causar, llamó a un criado confidente, a quien eligió por fiel espía, para que supiese el estado en que se hallaba don Leandro y las causas y razones que fueron origen y fundamento de tan grave desdicha, y en el ínterin, por divertirse desta pena y obedecer al imperio de su natural inclinación, animó las cuerdas de un instrumento, cuyas sonoras consonancias le obligaron a que las acompañase cantando.

*Con halagos el abril  
satisface al campo ameno,  
tan cortés como galán  
las injurias del invierno.*

*Ya todo el campo es lisonjas  
de alegres flores cubierto,  
a donde sale a pisallas  
el desengañado y cuerdo.*

*Su libertad los arroyos,  
con bien animoso esfuerzo,  
aunque entre piedras rebeldes  
todos celebran corriendo.*

*Que es la libertad tan dulce,  
que aun los claros arroyuelos,  
aunque corren a su muerte  
se alegran de no estar presos.*

*En ocasión tan festiva  
a los humanos deseos  
salió Laura sin ningunos,  
que al fin es de todo dueño.*

*Por los campos que en Madrid  
a unas fuentes les debieron  
nombre claro, que a la causa  
se parecen los efectos.*

*Fértil paisaje y dichoso  
para el camino que han hecho,  
arboleda de las almas  
de tantas cruces cubierto.*

*Aquí, pues, donde la vista  
halla felices aciertos,  
da la gran Naturaleza  
de que apenas hay ejemplo.*

*Se suspende, y luego pasa  
a ver el hijo risueño,  
de Guadarrama, que viene  
en pies de corriente hielo.*

*A quien árboles gigantes  
coronas verdes tejieron,  
siendo coronas en él  
los fieles abrazos dellos.*

*Con envidia la miraron  
las flores que están naciendo,  
que nacer para envidiar  
fué bien infeliz suceso.*

*La vida de cualquier flor  
se limita a breve tiempo,  
mas la destas es tan breve,  
que es muerte su nacimiento.*

*Discúlpense los palacios  
de los monarcas soberbios,  
pues apesta aun a las flores  
el envidioso veneno.*

*No murieron afrentadas  
por este asunto soberbio,  
que en tan generosa envidia  
dichoso ocaso tuvieron.*

*Los ruseñores amantes  
(cuyo lenguaje es requiebros,  
que en su lengua son suspiros  
aquellos dulces acentos.*

*Estos, que al tiempo que amor  
los sacrifica en su fuego,  
siendo cielo de la tierra,  
son lisonja para el viento.*

*Que por ella les permite  
sobre sus hombros su peso,  
que como es vano con él,  
hace la lisonja efecto).*



Más unidos, más conformes  
cantaron cuando la vieron,  
que ella les templó los aires  
con los rayos de su cielo.

De mayor serenidad  
se coronan los desiertos,  
que duplicado el abril  
ver en sus pies merecieron.

Entró en la casa del campo,  
real deleite y propio centro  
de los más nobles sentidos,  
de los más altos deseos.

Las fuentes artificiosas,  
sutileza del ingenio,  
sin esperar al artífice,  
naturalmente corrieron.

Dió al sitio más dignidad,  
que con galante desprecio  
desafia a los Elisios,  
y aun piensa los honra en ello.

Albanio presente admira  
tan prodigiosos efectos,  
pues con no ser naturales,  
se hacen sin modo violento.

Y desatando la voz,  
que estuvo presa en el pecho,  
en los labios puso el alma,  
dividida en estos versos.

Este abril ha nacido con buena estrella,  
pues tus ojos le lucen, tus pies le aumentan.

Este abril, a quien ofrece  
el sol más lucidos rayos,  
que sin pálidos desmayos  
con fuerza igual resplandece,  
si al tiempo que nace crece  
en flores parias te ofrezca,  
pues tus ojos, etc.

Este alentado verdor,  
tan vano con su hermosura,

*que del tiempo se asegura,  
con saber que es burlador  
a tu rostro vencedor  
humille tanta soberbia,  
pues, etc.*

Así cantaba el amante de Margarita, cuando le dijeron que de su parte querían hablarle, y saliendo a recibir un criado que le trafa un papel, leyéndole (¡oh caso admirable!), quedó arrebatado de mayor suspensión, cuyas palabras eran éstas:

Mi dueño, combatido de sus naturales recelos y persuadido de una criada poco fiel, que le engañó con decirle que nuestra correspondencia había puesto su honor en la última desdicha, pidiéndome con cautela anoche que nos fuésemos en casa de mi madre, importunándome entonces por lo que yo solía rogarle otras veces, a la vuelta de la calle tenía puesto un coche, y haciéndome entrar en él, me dijo: En este coche que ves nos iremos al Prado, que por cumplir con las huéspedes y vecinas y no obligarme a traellas a todas, no le puse a la puerta de casa, y fingí jornada diferente; no obstante que si tú quisieres, a la vuelta veremos a mi señora, que yo lo deseo por darla gusto en el que siempre recibe contigo; yo, aunque sentí el haber de faltar a lo que entre los dos estaba concertado, mostré alegre semblante y obedecí lo que me mandaba. Entretúvose paseando las calles del lugar hasta que dieron las doce; entonces, aunque la noche había refrescado y ceñídose de un nublado algo oscuro, bajamos al Prado, que le hallámos bien solo. Tuve yo voluntad de beber, y declaré este deseo; llamó al cochero, que no teníamos otro ministro que nos sirviese, y enviándolo a casa de un amigo, que él decía que posaba cerca, por algo dulce, tenía con él tratado que le entretuviese más de una hora y que hasta que fuese pasada no le dejase volver. Apenas se hubo retirado el cochero de nosotros poca distancia, que esto sería cerca de la una, cuando empezó a repre-

sentarme la querrela de sus agravios, y me notificó para satisfacción dellos la sentencia de mi muerte, en que él pretendía ser a un mismo tiempo parte, juez y verdugo; yo di algunas, aunque pocas voces, y sin saber cómo, fuí socorrida de un hombre, que con la mucha oscuridad no vi más que el bulto de la persona, y así en ningún tiempo, si él no se declarase conmigo, yo sabría conocele. Este, en defensa mía, dió dos heridas a don Leandro, de que él cayó en tierra, diciendo que era muerto, a cuya voz, con el susto, yo quedé mortal y desmayada. Hallándome cuando volví de aquel éxtasis en una casa y cama desconocidas, cuyos aliños y adornos, que yo reconocí con las primeras luces del alba, representaban ser de dueño ilustre. Dí voces con la extrañeza de aquel lugar, y socorriome en ellas un hombre de venerable presencia, que a mi instancia me llevó a la casa de mi madre, que pretende obligarme a que me querelle criminalmente de mi esposo, cuando está en estado que se duda mucho de su vida. Yo, por librarme de tantos pesares y no aumentar desdichas, me he retirado a un convento, que es el que dirá el portador, donde, conforme a lo que Dios dispusiere del herido y por vuestra parte se me aconsejare, tomaré la resolución conveniente. Dios os guarde.

Cuando por el discurso de las razones deste papel entendió el gallardo caballero que la dama que había librado y que tuvo debajo de su llave y poder era doña Margarita, cuanto mostró alegrarse de haber sido en una parte tan inopinada el restaurador de su vida, tanto sentimiento hizo de ver que la tuvo en su poder y que la dejó en su casa cuando la fué a buscar en la ajena. Culpaba a sus hados, y decía impaciente y furioso: ¿Hay vida más inútil que la que respira un desdichado? Y más cuando los bienes son de tan inconstante naturaleza, como lo significa aquella ingeniosa copla castellana, que dice:

*Fuí venturoso en ganarla,  
y desdichado en perderla,  
que es propio de un desdichado  
hallar venturas que pierda.*

¿Cómo podré yo parecer a los ojos de Margarita a desengañarla? ¿Cómo la daré a entender que cuando la buscaba la perdía? Mas, ¡ay!, que del mismo modo que no tuve mérito para con ella, cuando ofrecí mi vida a su defensa, porque no sabía yo que era ella la persona a quien libraba, así tampoco en su pérdida cometí delito, porque no estaba advertido en lo que perdía. Desto que me quejo, ofenderme quiero de mí propio, cómo habiendo acertado lo principal, y que si entonces se errara, no pudiera ponerse enmienda, ¿qué importa que en lo menos importante, y que si ella sabe ser agradecida, podrá tener satisfacción, me perdiese? Así discurría, cuando, entrando Marcelo, le consoló, y le dijo los justos fundamentos que tuvo para sacar fuera de casa aquella mujer, y le rogó que la visitase con recato, porque si acaso viviese su marido no era justo aumentar más testigos a sus sospechas, haciendo que estas exteriores demostraciones pusiesen de su parte la voz del pueblo. Acompañole entonces por ser la primera vez, y por si podía dar algún medio conveniente en la inquietud de los dos amantes, para que el horror de la precedente desdicha les fructificase quieto y pacífico reposo. Cuando Margarita oyó la relación de don Diego, y por la presencia de Marcelo, que le acompañaba, reconoció ser verdad que era su casa la que le había recogido, y que, ignorante, huyó della al tiempo que tenía al dueño más obligaciones de las que ella sabía desconocida dél y della, hizo extremos de mujer apasionada, y tantos, que al mismo don Diego le puso en cuidado por lo que en ellos aventuraba de su vida, y fué menester que el desconsolado la consolase; llegó entonces la madre de Margarita, y entre todos se discurrió en el negocio

largamente, hasta que la noche pudo dividillos. Don Diego, antes de entrar en su casa, y en su propia calle, se encontró con el doctor Varela, que éste era el nombre del sacerdote a quien había dejado el coche, que le refirió el caso de la noche pasada con admiración. Escuchándole don Diego tan atento, como si dél estuviera ignorante, supo cómo había hallado el dueño, y quién era, y que procuraban prender al cochero para que fuese testigo. Lleno destas turbaciones, se retiró a su casa, de donde por consejo de Marcelo no salió en muchos días; la criada que inspiró a don Leandro determinación tan sangrienta huyó luego, que si no, corriera tormenta su vida y pagara justamente, siendo ejemplo bien necesario en la República. Estaba don Leandro a un mismo tiempo herido de mortales heridas y puestas guardas por la justicia por haber confesado él propio que la llevó al campo para matalla. Deseaban saber los curiosos quién había sido el libertador, pero don Diego nunca quiso coger el fruto de aquella vanagloria, considerando los inconvenientes que desto podrían seguirse, porque siendo amante público de Margarita, nadie creería que había estado allí acaso, sino que fué con advertencia, y aunque de cualquier modo sería haber hecho lo que él debía, procuraba salvar la reputación della. Así pasaba en su soledad, melancólico y triste, aumentándosele más sus pesares con la muerte de don Leandro, a quien no bastaron a defender todas las prevenciones del arte. Decíase que había muerto, mas que de las heridas, del sentimiento interior de ver que él propio se había afrentado imprudente e inadvertido. Doña Margarita, viendo con este suceso tan dentro de sí los desengaños, no quiso oponérseles obstinada, y así, se determinó a ser religiosa, como lo hizo, perseverando hasta su fin constante. De la pena, don Diego cayó malo, a quien Marcelo entretenía leyéndole varios papeles de su ingenio, y entre ellos me pareció éste más digno de sacrificarle a la censura de los malcontentos.

Parnaso (monte de las musas y Corte lucida del serenísimo don Apolo, mi señor, a quien los hados dieron el principado los poetas, gobierno, si poco provechoso, muy extendido, por ser grande el número de los vasallos que su Majestad délfica tiene) se hallaba con grande pompa y aparato de cortesanos extranjeros que le aumentaban autoridad y decoro, siendo no pequeño el número de embajadores, que con varias pretensiones asistían, procurando engañar sin ser engañados cuando les fabricaba la misma treta el Consejo de Estado del felicísimo monarca, a cuyas inspiraciones, o a cuyos soplos, que de tales efectos más es soplo que inspirador, se deben tantas chaconas y seguidillas. Las galas de las damas desta Corte, vistosas y poco durables, empobreciendo a los hombres, hacían a las mujeres más profanas. El número de los coches era infinito, que sirviéndose de embarazo unos a otros en las calles hallaban sus dueños, viéndose detenidos, que era prisión el que habían elegido por entretenimiento suave. Mentfase con gala y sin escrúpulo, porque estando advertidos todos de que aquél era el uso de aquella tierra, igualmente iban prevenidos al engaño y a dar de esta mercadería tanta como les diesen, y aun más si les fuese posible. Disculpábase aquella provincia de semejante error con la inventiva poética, que habiendo engendrado en ella para que los poetas exornasen y luciesen sus obras, la hicieron heredera de tan peligrosa costumbre, ya no peligrosa, sino útil, porque con la común sospecha de que todos engañaban, se velaba tanto sobre las advertencias del desengaño, que aquél solamente era engañado que gustaba de entrarse por los filos, con que se pudo decir, que de haber llegado a lo último de la enfermedad volvieron al principio de la salud, porque el modo del contratar nunca tuvo peor estado que cuando estuvo equívoco, engañando unos, y tratando verdad otros; porque entonces, como los unos a los otros se robasen el lenguaje, apenas podía la prudencia humana dis-

tinguir los falsos de los verdaderos. Tenían el dinero los más indignos, que debieron a su fortuna halagos, y en ellos, no pequeños desprecios; pero como poco dueños de los altos secretos de la filosofía moral, satisfechos con éstas felicidades, debían a su ignorancia el librarse del martirio de la profunda imaginación, y gozaban sin sobresaltos prudentes del ánimo, de los deleites vulgares del cuerpo. Las dignidades y magistrados estaban en poder de quien las administraba con soberbia y tiranía, procurando, en vez de dar satisfacción a los cargos, disfrutallos con particular provecho suyo. La verde juventud de los nobles intentaba y conseguía empresas escandalosas, que del poco castigo de las unas les daba alas para la ejecución de las otras. Los sabios, conocedores de la verdad, aunque les tocaba el ser sus pregoneros, se hallaban tan desfavorecidos y ultrajados, que se contentaban con vivir en su silencio. Donde recatados y humildes, haciendo premio del estudio el deleite que en él hallaban, ponían en sus propias manos la corona de su fatiga, sin depender de voluntad ajena. A éstos les parecía ser imposible sustentarse aquella República en tanta miseria y declinación. La causa de semejante ruina era el haber estado ausente el serenísimo Apolo tres años, llamado de su padre Júpiter, gran flechero de rayos y no poco hondero de truenos, para comunicarle negocios gravísimos, y tantos, que su determinación se difirió largo tiempo. Encomendó el gobierno de aquel principado de las musas en esta ausencia a la bellísima Talía, que, como mujer, aunque sabia, se había dejado perder el respeto de todos, porque, enterneciéndose a los ruegos de cierto gallardo mancebo, rendida a su apetito, consentía las torpezas de la República porque la dispensasen la suya. El correo mayor del cielo y embajador de Júpiter, Mercurio, había tomado la posta en servicio de su rey y padre, y entre los negocios de más cuidado, se le encargó que visitase los jardines del Parnaso y de allí trujese unas

flores, que tenían propiedad de no marchitarse, aun después de cortadas, sino que eternamente se conservaban en su perfección, porque Juno había de ser madrina de unas bodas y quería que la novia las sacase en el tocado, como quien prometía debajo de aquella figura alegórica la integridad de sus virtudes y buena fama. No envió Mercurio aviso de haber llegado a Talía, y así, ella se excusó con esto de hacelle visitar. El fin de Mercurio fué desprestigiar las liviandades de la musa lasciva; ella solicitó la venganza, y así, informada en secreto del asunto a que se dirigían sus pasos, llamó a los jardineros y les dió orden de palabra para que cortasen todas las flores de aquel género y se las trujesen a palacio, y que si las buscase después Mercurio, le hiciesen francos los jardines, para que, satisfecho de que no las había, desesperase de poder hacer aquel servicio a Juno por aquel año y se volviese afrentado y vergonzoso a la presencia de la vengativa diosa. Los jardineros del Parnaso obedecieron aquella rigurosa ley de Talía y enriquecieron su palacio de aquellas bellísimas y siempre constantes flores en su fragancia y nativo color. Lejos de esta malicia, fué Mercurio a visitar aquellos amenísimos campos, cuya pompa y curiosidad, con haberla visto tantas veces, le admiró de tal modo, que a estar en su elección dejar el lado de su padre Júpiter por habitar entre aquellas plantas, lo hiciera, porque la ninfa, como tan dada a los deleites, había puesto mucho estudio en su adorno y aumento, premiando con largos y liberales gajes a los artífices de nuevas fuentes, cuyas imitaciones naturales eran exceso de la misma Naturaleza, a quien copiaban. Admiróse aquel inconstante príncipe, autor de los tráfgos y moharras, de ver aquel sitio tan acompañado y lucido de inmensa variedad de flores y que sólo faltaban las que él traía encomendadas. Partiose con no pequeño desconsuelo, porque las iras de aquella diosa, por cuya obediencia venía, no se templaban con facilidad, y ca-

minando al monte Olimpo, después de haber besado la mano al monarca de las deidades, Jove, y dándole cuenta de todos los negocios que había puesto en sus manos, con satisfacción y gusto de aquel poderoso príncipe. Recelábase Mercurio de parecer delante de su reina y señora; mas siendo forzoso, la vió y dió cuenta de la esterilidad de los jardines del Parnaso en cuanto a la flor que ella pedía, estando de todas las demás fertilísimos y copiosos. Juno oyó severa, y despidiéndole con pocas palabras, no desapacibles, engendró sospechas de que la diligencia no se había hecho, estando bastantemente acreditado para esta presunción Mercurio, por tener en los ánimos de todos tanta opinión de mentiroso como de solícito, y así, mandando llamar al Aguila, que era otro ministro, de quien Júpiter se servía en sus embajadas, la dió una carta para la musa Talía, en la que ordenaba que la avisase si Mercurio se había visto con ella y hecho la diligencia con eficacia para que llegasen a sus manos las flores permanentes y nunca del tiempo y de sus injurias prostradas. Cuando la ofendida musa vió en su poder la espada desnuda para su desagravio, respondió cortés y elegante a la diosa con estas razones: Que ella no entendió que Mercurio hubiese estado en el Parnaso hasta muchos días después de ido, porque se escondió y recató della, y que así llevó el despacho como hizo la diligencia. Que por su orden un mes antes que él viniese se habían recogido todas aquellas flores en su palacio, porque con las muchas sacas que se hacían, enviando por ellas de todas las provincias, le faltaban a ella en ocasiones urgentes y de necesidad grave. Que allí enviaba a Su Majestad un ramillete de las más hermosas, así en la grandeza como en lo vivo y alentado de los colores, y que cuando aquellas se acabasen, la serviría con otras, si no mayores en la perfección, en la variedad y copioso número. Juno leyó la carta, y admirando tanto la extrañeza de sus razones, como la suma her-

mosura de sus flores inestimables, encendida en cólera mandó llamar a Mercurio, y después de haberle puesto en las manos la carta de la musa, le dijo con no pequeñas razones: Miserable y azogado correo, condenado por tu mala estrella a ser mártir de las postas y a oír la música de los postillones, dime ¿cuándo te avergonzarás de ser padre de artificiosos embustes? ¿Cómo a mí te atreves, a quien de los elementos, por decreto de los hados me está encomendado el aire, sabiendo que te puedo armar una pesada burla, haciendo que falte cuando por él volares más diligente? Pregunto ¿en qué imaginabas cuando veniste con tan falsa embajada? Dirás que en solicitar tu vida, porque tú mientras no mientes no vives. Vano, inútil, si no es para las fábulas, y novela de los poetas, obligación tenía yo a conocer tus alevosías desde que engañaste los ojos de Argos: yo te juro por la corona suprema que no has de quedar sin castigo de tanto error, ni yo sin satisfacción competente. Así dijo la airada Juno, y Mercurio intentó respondella, a quien ella no dió lugar, oponiéndosele con palabras de más grave ofensa, porque de que Mercurio pretendiese dár la satisfacción presumía mayor engaño. Grave miseria de los que fabulizan, que como hacen larga costumbre a mentir, y el mundo los recibe en semejante estimación, siempre queda su verdad sospechosa e infamada. Saliose turbado, y encontrando con Marte le dió cuenta del caso, y de la mala intención de la musa, contra quien pedía favor y socorro; el dios de las batallas se le ofreció, como no fuese contra mujeres, porque los caballeros y soldados tan ilustres profesaban las armas para servillas y no ofendellas; y luego le dijo algunas razones, por lo mesurado y socarrón, que le dejaron más corrido. Así estuvo algunos días suspenso de tan inopinada afrenta, y no bien satisfecho, porque le parecía que caía de su reputación en haber sido engañado, cuando, volviendo de secreto al Parnaso y sabiendo el mise-

rable estado que su gobierno tenía, recogió cartas de todos los hombres más graves y con ellas se presentó en el tribunal de Apolo, a quien valiéndose entonces de todas las fuerzas de su elegancia, habló con admiración de vario concurso de diferentes dioses y héroes que allí asistieron, en este modo :

Padre lúcido de las ciencias, rica y copiosa fuente de las buenas artes, admirado está el mundo, y no carece del mismo sentimiento el cielo, no de que hayas dejado tantos años desamparado tu reino, pues a tan justa obediencia, como es el servicio del poderoso Júpiter, era forzoso acudir, si no del sujeto que elegiste para que tuviese tus veces en aquella República. ¿Cuándo las mujeres fueron sustento de las monarquías, sino estrago y perdición miserable dellas? Agraviaste el concurso de tantos sabios y varones doctos. Confieso que el amor paternal pudo en esta parte engañarte, y que debió de parecerse que defraudabas la autoridad a tu sangre si dejabas el cetro a otras manos que no tuviesen mucha parte en ella ; pero pudieras encomendar este cuidado a uno de los demás dioses tus hermanos, que con prudencia y virtud divina suplieran la falta de tu deidad con igual deidad. La perdición de aquella miserable República es tan tirana, que aun no consienten que llegue a tu noticia. Ni los oprimidos de tan violento poder poniendo ya su esperanza en la desesperación, pues no buscan más remedio que el último golpe, se atreven a más que a padecer en su silencio, sacando por premio de su fatiga la vanagloria de su constancia. Estos que habian de dar voces callan, y se rinden a la desdicha, disponiéndose las cosas de tal modo que el daño viniera a tu noticia, cuando ya fuera imposible el beneficio de tu prudencia, si yo, cumpliendo con la obligación que tengo de hermano, y con la que debo a la piedad universal, por ser este atributo tan propio de los dioses, hallándome presente, aunque de paso, a sus miserias, no determina-

ra avisarte, para que previnieras el más conveniente y oportuno socorro a tan miserable ruina. Bien pudiera haber acudido a Júpiter, como a superior y primer dueño de todo; pero he querido, como hermano, guardarte este decoro, y presumir que el no haber puesto enmienda en esto no nace de tu flojedad, sino de la falta del verdadero aviso, en cuya paliación se te ha hecho más injuria que en los demás peligros y miserias a que te ha expuesto tan ilustre y generosa monarquía. Estas cartas aumentan fe a mi verdad, y realzan mi crédito; mira las firmas de varones tan graves, discurre por sus razones, y procura entendellas, que yo pienso que en esto a ti te hago un singular servicio, y a tus vasallos un beneficio universal, digno de eterna y gloriosa alabanza. Había escuchado Apolo con suspensión grave, y viendo que muchos prudentísimos varones contestaban, determinó verse con su padre Júpiter, y, besando su mano, pedirle licencia para acudir al remedio de un daño tan descubierto. Con humildes cortesías agradeció al ingenioso y sutil Mercurio que hubiese puesto tanto desvelo y cuidado en el beneficio de su República, y mirándose los dos de trino aspecto, entonces hicieron en la tierra benignas y apacibles influencias. Talía tuvo en su palacio, aunque tan remota desta plática, aviso della, y despachó luego carta y embajadores a Juno, para que, interponiendo su autoridad, la disculpase con Apolo, dándole a entender, cómo Mercurio, aun para con ella, con ser mujer del rey de los dioses, tenía artificios y embustes. Obligada Juno de los presentes de Talía, que aunque sean pasados en el ánimo noble, siempre están presentes, acudió con todos los socorros de su intercesión y ruego, a quien Apolo satisfizo con enseñalla tantas cartas de varios varones, dignos de fe en el crédito más severo, porque a sus obras y escritos ilustres en diversas materias se les había dado toda veneración en el siglo presente, y en los pasados. Aumentó a esto,

para resistirse a su precepto con menos violencia, y más autoridad, que el caso estaba en los oídos y pecho de Júpiter recibido con grave indignación, y que dél tenía precisa resolución, para que luego acudiese al remedio de tan grave daño. Convencida Juno, y viendo el estado de aquel negocio de tan mala naturaleza, rogó al príncipe de las luces que se hubiese piadosamente en el castigo y que se hiciese con toda autoridad y decoro de la bellísima, cuanto infeliz musa, pues los yerros de amor, que aun en los dioses hallaron tantos modos para disculparse, sólo en esta miserable habían levantado tormenta, y sonaban con tantas olas de proceloso escándalo. Ofreciolo así Apolo, y besando la mano a la deidad suprema, dió con toda velocidad la vuelta a su casa y corte, donde entró de noche, y sin querer admitir que nadie entonces le viese. El siguiente día vinieron a cortejalle todos los ingenios felices que venera la antigüedad, poetas, filósofos y oradores, a quien por autoridad de Talía no quiso oír en cuanto a la plática de sus acusaciones, pareciéndole que estaba bastantemente castigada con haberla depuesto con su presencia de aquel lúcido y magnífico gobierno. Al gentil mancebo, ocasión de todos estos rumores, por apartalle, sin que pareciese castigo, huyendo deste modo de conceder que hubo en su persona delito, por redimir desta suerte la afrentada opinión de la cómplice, le dió un cargo en la guerra, y de secreto le dijo que obedeciese y aceptase, porque de no hacerlo así le quitarían la vida. Estimó la merced y agradeció el aviso y amonestación saludable, y sin esperar aun a despedirse de Talía, si no es por escrito y de letra y mano ajena, tomó postas, y, siguiendo su jornada, donde pensó que aseguraba su vida halló su muerte, porque poniéndole en las ocasiones del mayor peligro los gobernadores del ejército, que así les estaba ordenado, aunque de muchas salió feliz y lucidamente, como fueron tantas, fué una dellas venganza del enemigo, bien que con mu-

cha gloria suya, y mudándole a su fama los títulos, que en el ocio de la paz habían sido tan despreciables. Trató Apolo de moderar con algunos, aunque poco ejemplares castigos, los demás escándalos y perdiciones de su principado, y para esto eligió los ministros más sabios, más nobles y menos apasionados. Quedó en breves días la república reformada, disimulándose en ella muchas cosas con piedad, que no tuvieron menor parte en la enmienda, porque conocieron los súbditos que el ánimo de su príncipe no venía sangriento y vengativo, sino deseoso de la corrección común por medio de algunos castigos públicos y forzosos. Por desahogar su corte destes recelos y asombros, olvidando la memoria que causó horrores, ordenó muchas fiestas y regocijos, que tuvieron al pueblo honestamente entretenido, y no poco obligado a favor tan grande. Amado de todos, como siempre, le veneraban, ofreciéndole gloriosos títulos. Los sabios y virtuosos, que habían desesperado del premio debido a sus honestas costumbres ricas y gozosas, no en el común aplauso, sino con particulares alabanzas le hacían agradecido sacrificio de sus corazones. Las musas, conformes, aunque Talía con ánimo fingido, le componían versos, y se los cantaban. Restituída, pues, por este camino la edad de oro a la monarquía cristalina de la corriente Helicon, el dios Momo, fiscal de la culpas de los dioses y hombres, se propuso a los ojos de Apolo, a quien encendió el ánimo con estas razones: Lucidísimo y nunca bien venerado príncipe de las estrellas, ornamento del mundo, y causa de todos sus demás ornamentos, pues en virtud tuya, y con la fuerza útil de tus benignos rayos se crían y engendran las criaturas que le componen, así las animadas como las insensibles, ya que con paternal celo has desterrado las afrentas de tu república, que hoy goza en tan noble paz de universal deleite, extiende esta piedad tanto, que le alcance parte en ella al miserable mundo, que se ve tan perdido y postrado, que recu-

rre a ti, como a última esperanza, alúmbrale, pues éste es propio ejercicio de tu natural virtud, no sólo con estos socorros exteriores, sino con la interior llama, que destierra sombras de mayor peligro. Y si no te reduces a tratar de su enmienda, niégale los solares rayos que les concedes, porque el mundo, mientras no se purifica, está indigno, está incapaz de luz tan virtuosa y divina. Hasta las fuentes (pureza y hermosura de los campos) no corren limpias, manchadas, o ennoblecidas con la sangre de los pocos que viven justamente, porque los demás, ofendidos de ver a sus ojos testigos tan evidentes de sus errores, les parece, y bien, que con sus obras buenas callando son fiscales de las malas y atroces que ellos cometen, y así, los destierran del mundo bien engañados, porque cuando ellos piensan que les castigan, les da disposición para que vayan a gozar de la corona eterna. Atento y agradecido escuchó Apolo, volviéndole en breves palabras la satisfacción. Que le daban mucho desconsuelo tantas inquietudes en la tierra, donde ya los hombres, más bárbaros que las fieras, eran verdugos de su vida, y se cebaban inhumanos en verter humana sangre; pero que no podía desamparar su corte y principal reino por acudir a lo menos importante. Que él con su discurso tan sutil como celoso del bien común, le avisase y advirtiese de algún medio suave y ejecutivo, empeñándole su palabra que no dilataría la ejecución. Momo, risueño, se opuso, y satisfizo con estas palabras: Al decoro, serenísimo príncipe, de tu Majestad brillante, no convenía (ni yo tal intenté) hacer por tu persona semejante re-formación, faltando con tu presencia al gobierno del Parnaso, que es tu patrimonio y lo más principal de tu mayorazgo; ministros tienes fidelísimos y sabios, como en la re-formación presente has hecho experiencia, a quien puedes encomendar esta comisión, sustituyendo tus veces en el que te pareciere más digno. Vaya éste, pues, a la tierra con título de pesquisidor del mundo, que yo

le serviré de fiscal. Reformará los abusos, y castigando allí de hecho las cosas que le pareciese necesitan de rigor precipitado y violento. Consultará por medio de las estafetas y correos las materias que fueren grandes, y muy poderosos los que las tratasen, porque estos tales podrían con dificultad ser sólo vencidos con su brazo, y así será bien que desde acá lleven los castigos firmados de tu mano, y pronunciados con tu boca, autoridad y miedo. Consideró Apolo el consejo, y aunque le hizo dudar un poco, porque, conociendo bien la naturaleza del dios Momo, le pareció que solicitaría esta jornada, sólo por tener ocasiones de fiscalizar y morder las costumbres ajenas, se redujo a sometella a los de su Consejo, para que, mirándola con ojos atentos y desapasionados, le advirtiesen de lo que debía hacerse. Momo, solícito y no descuidado, visitó una y muchas veces a los consejeros en sus casas, a quien convencido con eficaces y evidentes razones, y mucho más cuando presentó varios papeles, llenos de autoridad y crédito, que, mirados con prudente examen, todos hallaron convenir la ejecución pronta de lo que por parte del dios Momo se pedía para remedio universal del mundo. Ya estando este negocio tan adelante, sólo faltaba tratar de la elección de la persona. Bártulo, Baldo, Jasón y otros eminentes juristas se ofrecieron; pero como Apolo los tenía ocupados en los mayores puestos y presidencias de sus tribunales, considerando la gran falta que podrían hacer para el despacho de los negocios más importantes a la suave paz y unión de sus reinos y señoríos, no convino con que hiciesen ausencia de su corte, y así, mandó que se acudiese al Colegio poltrón de los filósofos morales, que sólo trataban de vivir acomodadamente, y pues su instituto era reformar costumbres, de allí le trujesen a Platón o a Sócrates. Platón se excusó diciendo que él estaba escribiendo una invectiva contra ciertos filosofillos modernos, que, amigos de opiniones nuevas, opugnaban las suyas por

ostentar ingenio. Sócrates, muy mesurado, satisfizo con una apotegma de las que en su tiempo se celebraban por divinidades, hallándose agora en boca de los muchachos razones más sutiles y elegantes; fué pues: No me siento tan justo que me atreva a juzgar las ajenas vidas. Los ministros que habían ido por él, como fuesen todos gente vulgar y plebeya, dando palmada y arqueando las cejas, se volvieron. Apolo, tan mal contento de la respuesta, cuanto ellos venían gustosos, mandó que requiriesen de su parte a Séneca, y que si no obedeciese, mostrándose como los demás severo y desdeñoso, que se le trajesen de los cabezones, porque era mucha vergüenza y libertad resistirse tanto a sus imperiales decretos. Séneca, que fué informado de la voluntad febea, y que, por lo que trató a Nerón, conocía con la prontitud que aun en las cosas injustas quieren ser los príncipes obedecidos, demás de que su naturaleza era ambiciosa, y amigo de pompa y aparato, aunque por desmentir espías había escrito lo contrario, acudió con toda diligencia a quien el sagrado príncipe de las luces y resplandores abrazó risueño, y, llamándole hijo verdadero de sus rayos, le sentó a su lado y procuró hacerle capaz de la comisión grave que pretendía encargarle. Séneca aceptó el cargo y prometió satisfacer de su parte con todas sus fuerzas a la causa pública y común bien de los humanos. Mandó Apolo que se le diese una ayuda de costa para el camino, y viendo que si le remitía a los ministros de su hacienda para que se la pagasen, sería infinito el tiempo que en esto se perdería, se la suplió de una cantidad de dineros que él tenía reservados para cosas de su gusto. Momo, con deseo de ver puesto en ejecución su arbitrio se ofreció a hacerle la costa por el camino, así en la ida como en la vuelta. El socarrón respondía callando, y, sin aceptar, lo aceptaba todo. Mandó Apolo que les diesen un coche de mulas de su real caballeriza, y acémilas en que llevar la ropa, y con esto partieron en

los fines de marzo y principios de abril, cuando los campos estaban con los dolores o con los gozos del parto regalado de tantas plantas y flores. Séneca, mesurado y severo, afectaba gravedad. Momo, siguiendo su naturaleza y costumbres, ya por divertille, ya por entretenerse a sí propio, mordía en las condiciones de sus amigos y más confidentes camaradas, sin perdonar al respeto de los superiores, porque de Júpiter decía muchas cosas, que Séneca oía con gusto, aunque no manifestaba el gozo de su ánimo. Sólo de Apolo hablaba entonces con estimación, porque había conseguido de él lo que había deseado. Bien que le culpaba algo de remiso, porque en aquella resolución había andado menos violento que prudente, y no era esto lo que él pretendía, porque todos los malintencionados y que desean el castigo de la república, más por la crueldad de los que han de pe-recer, que por la enmienda de los que se han de corregir, quieren que arroje rayos la mano de la justicia sobre los miserables súbditos. Así como llegaron ya a lo último de las faldas del monte Parnaso y se vieron que confinaban con el mundo, se determinaron a poner allí su tribunal; pero no lo hicieron hasta que llegase la persona que Apolo les daba para secretario de semejantes juicios. Entretuviéronse, mientras venía, cazando, y Séneca, que estaba algo más pesado de lo que él presumía, cayó una vez, y del golpe estuvo enfermo, con no poca risa de Momo, que sólo por haberle visto caer hubiera hecho muy gustoso la jornada, y se agradecía haber sido su autor, aunque della no llevase más fruto. Al fin, se levantó bueno dentro de pocos días, y en el entretanto llegó el mismo secretario de cámara de Apolo para asistillos, y con él Cicerón, príncipe de los abogados, que venía para defender las partes reas y acusadas, porque parecía ser contra todo derecho haberles dado fiscal que les acusase y no abogado que les defendiese. Enfadose mucho Momo de su venida, porque le parecía hombre entero y rígido,

y que siendo de la misma naturaleza y costumbres el juez, podría él jugar pocas tretas. Procuró hacerse amigo del que había de escribir, pareciéndole que entre los dos pondrían los negocios de modo que no se hallase camino para disolverlos, obligando con esto a las partes a perecer o a contribuir. El secretario, hombre maduro y sabio, que conocía las desigualdades de aquel dios maligno, y que hoy sería su amigo confidente, por servirse dél para la ejecución de sus maldades, y mañana se aprovecharía de las mismas culpas, en que con él fuese cómplice para tratar de su destrucción y caída, le dijo que no le hablase más en aquellas materias, porque despacharía un correo a Apolo dándole cuenta de la poca fidelidad con que intentaba proceder en esta comisión, para que le suspendiese de oficio, y sustituyese otro en su nombre. En tanta pérdida de crédito y desprecio de su persona no se anegó el libre ánimo deste malsín de los dioses y hombres, antes dió mucha prisa a que se despachasen las provisiones a todas las partes del mundo, y siendo prevenidas todas presentó esta querella Momo contra los labradores, y dijo con rigor y aspereza :

Por cuanto los agricultores, a cuyo cargo está el beneficio de la tierra su madre, para el común bien de los demás hombres sus hermanos, han hecho malicia y usura servil este don liberal de la diosa Ceres, dando ocasión a que se tenga por escasa la mano magnífica del cielo, escondiendo con su avaricia lo que si se repartiera con igualdad, bastara a sustentar todas las criaturas terrestres, porque la sobra de los años fértiles era suficiente a suplir los defectos de los estériles, es cosa conveniente que sean gravísimamente castigados, y se les impongan leyes y ordenanzas justas, para que deste modo entiendan el término con que de aquí adelante han de proceder, y valerse con utilidad suya y sin tanto daño de los demás.

Vista esta querella por el ilustrísimo señor don

Séneca, pesquisidor del mundo y filósofo cordobés, mandó que se les notificase a los labradores, y que respondiesen dentro de tercero día, cuya defensa tomó a su cargo con mucho gusto Cicerón, como aquel que en su libro de *Officiis* trató con tanto respeto y estimación de sus personas, y dejando verter la fuente cristalina de su elocuencia, dijo osado y gustoso :

Ilustrísimo señor: La querella presentada por el feliz y claro ingenio del dios Momo es digna de admitirse y remediarse, si, ya que acierta el intento, no errara los sujetos. Justísimamente califica su acusación cuando dice que es en daño del crédito de las supremas deidades, que con tanta providencia previnieron al hombre el sustento, para que viviese; pero la usurpación desta felicidad común no está en los mismos agricultores de las tierras, sino en aquellos que siendo dueños de muchas heredades se sirven de ministros que las benefician, y ellos, queriendo sacar además de la costa, un excesivo provecho para el adorno y pompa de su familia y casa, crecen los precios a la más noble y útil semilla de la tierra, escondiendo en los años estériles lo que sobró en los fértiles. ¿Qué mayor daño?, ¿qué más grave desdicha? Con el sudor de los pobres se ostentan ellos en las fiestas públicas, visten galas y dan libreas. Si de las tierras fueran sólo dueños los mismos que las cultivaran y beneficiaran, aficionáranse más a este honroso trabajo, viendo que era el premio suyo, y, como gente poco vana, se contentaran con el moderado interés, dándoles en su mismo oficio preeminencias ilustres y honrosas. Mas si este nobilísimo ejercicio, que en los pasados siglos fué ocupación de los romanos cónsules, agora se halla en tanto desprecio y con tan pequeño premio, ¿quién le ha de estimar?, ¿quién seguir?

Así oyó hablar el prudentísimo Séneca al elocuente Cicerón, y, suspenso en la determinación deste negocio, le pareció que aunque era justo

desposeer de las heredades y tierras a los que no las cultivaban por sus personas y las de sus hijos y criados domésticos, sino que arrendándolas con soberbia tiranía, o encomendándolas al cuidado de sus mayordomos y agentes, recogían el trigo, y por tener otras rentas de que valerse, le guardaban en los años fértiles, para venderle los estériles con precios aventajados, tan en daño de la miserable gente, consideró que los dueños destas haciendas eran los más poderosos de la república, y que muchos dellos tenían en ella cargos y dignidades grandes, y que por esta causa era el remedio difícilísimo, y así, despachó un correo haciéndole Apolo una consulta, porque le pareció que si el primer negocio se erraba y no se conseguía, perdería mucha autoridad y daría ocasión a que en todos los demás le perdiesen el respeto, haciéndose ridículo y despreciable.

Así como entró el correo en el Parnaso, los curiosos amigos de rumores y novedades acudieron por saber las nuevas y despachos que traía, y diciéndose que era el negocio secreto y gravísimo, por esta misma razón se encendieron en mayor deseo de entendelle, y haciendo vivas diligencias un grande amigo del mayor privado que entonces tenía Apolo, lo supo dél en confianza. Este tenía otro grande amigo, a quien se le cedió con la misma obligación; éste pasó a otro, y del otro a otro, de modo que discurriendo las palabras en confianza de un grande amigo a otro grande amigo, supieron dentro de dos horas los pícaros de la cocina de Apolo lo mismo que él, y con no menor certidumbre, y aun con mayores circunstancias, por las glosas y comentarios que se le añadían; los correspondientes de las personas que en la tierra eran interesados en semejantes haciendas los avisaron, para que acudiesen con prontitud al remedio. El mundo lleno de novedad semejante se turbó y estuvo cerca de tomar las armas contra el pesquisidor, mas considerando que era ministro de Apolo, que sólo con esconderles sus rayos, sin

darlos más castigos, podía dejarlos sepultados en noche eterna, templaron esta determinación, y acudiendo los más interesados por sí y en nombre de los demás, a la corte del Parnaso, fundaron en derecho que ellos no podían ser desposeídos de aquellas haciendas sin ser antes oídos. Concedióseles lo que pedían en el Consejo de Justicia de Apolo, y allí alegaron que de tiempo inmemorial, con el consentimiento de los dioses y de los hombres, poseían aquellas haciendas y que así las tuvieron otros muchos, de quien ellos las heredaron o compraron, y que conforme esto no podían ser dellas enajenados, sin hacelles igual equivalente satisfacción. Declararon los jueces ser puesta en razón su demanda, y tratando de darles cosa suficiente, que compensase la pérdida que desto se les podía seguir, no hallaron por entonces, ni después, nada en que poder hacer esta refacción, y así, este negocio se quedó en su mismo estado después de haber llenado al mundo de las esperanzas de su remedio, sirviendo sólo de que los hombres miseros quedasen en mayor desconsuelo y desamparo.

Sintió Momo el mal efecto de su proposición, y quejábbase del espíritu remiso de Séneca, porque aquellas cosas querían ejecutarse con resolución violenta, y no perezosa, diciendo que si una vez los desposeyeran y pusieran a otros en la posesión, los nuevamente amparados defendieran sus haciendas. Esto afirmaba, sin advertir los demás inconvenientes, y con pasión de arbitrista, que siempre les parece que sus discursos son los más útiles, y juntamente facilísimos de poner en práctica; daba risa con sus desvaríos, pero ya templado y divertido de su enojo, con mucha gracia y no pequeño gusto del tribunal, propuso la acusación siguiente:

Ilustrísimo señor, por cuanto en el mundo con mucha razón se han publicado penas contra los monederos falsos, ejecutándose en ellos siempre el rigor de la ley, causa de que sean menos los de-

lincuentes que cometen semejante fraude a su rey y a su república, me presento ante vuestra ilustrísima persona, y me querello de unos hombres vanos, que diciendo llamarse alquimistas y que hacen de los demás metales oro, son metale-ros falsos, siendo esto tanto mayor delito cuanto es más noble el mismo metal que la moneda que dél se hace, porque ésta lleva liga y mezcla de otras materias vilísimas, y el oro sale puro de las entrañas de la tierra, demás de que el otro es crimen contra la majestad humana de los mortales reyes, y estotro contra la majestad divina y serenísima de Apolo, por ser él quien engendra este metal, príncipe de los demás.

Oyó Séneca esta querella con grande atención, y pareciéndole justificada mucho, quiso proceder de hecho sin dalles traslado, mas considerando lo mal que él había sentido de los tiranos y que para no parecerlo había de proceder jurídicamente, mandó que se les notificase la demanda a los alquimistas para que respondiesen dentro de tercero día, en cuyo nombre satisfizo Cicerón con estas razones.

Serenísimo señor: Los hombres, aunque mortales en el cuerpo e inmortales en el espíritu, y con él imágenes y copias fieles del verdadero Júpiter, llenos de la grandeza de una alma tan ilustre, viendo que con ella son partícipes de la divinidad, quieren también hacer acciones de divinos, imitando las obras de los supremos dioses, y extendiendo una riqueza que ellos les dejaron tan escondida, y que el uso de las gentes ha hecho que en el mundo sea tan necesaria. Apenas se ha sabido quién haya ejecutado tan alta imaginación, con que campea más la grandeza de los dioses, pues los intentos de los hombres, que procuran ser imitaciones suyas, en materias tan grandes quedan frustrados. Y es cierto que aunque no han hallado la verdad deste efecto, de sus mismos errores han sacado muchas cosas medicinales, que han sido utilísimas para el bien común, de modo

que Apolo, dios de la medicina, se les ha manifestado en esta parte, y no en la otra, de que él es también señor, dándoles así lo que más les conviene, pues desta suerte se debe entender de la piedad divina. Si estos pierden sus haciendas y tiempo, ¿qué mayor castigo?; permítaseles vivir con su engaño, pues su error se queda en ellos mismos sin que dél se haga participante la república.

Consideró Séneca el juicio con alguna suspensión, y llamando al secretario, dijo así: Que los alquimistas se llamasen de allí adelante camaleones del oro, y trasgos de la república, y que para que fuesen conocidos, anduviesen vestidos todos de amarillo y verde, como aquellos que tenían una esperanza tan desesperada. Y porque esta ejecución no se dilatase, mandó que los sayos y los bonetes se hiciesen por cuenta de la Cámara y Fisco de Apolo, a que ellos, como gente mísera y desnuda, obedecieron con mucho gusto, recibiendo por donativo y limosna caritativa lo que el pesquisidor les daba por castigo, con que no sólo se siguió la enmienda que se pretendía, antes bien, creció el número, porque tenían la singularidad de su hábito por traje de autoridad y reputación.

Poco gustoso quedó del mal efecto el dios Momo, y así, lleno de cólera y justa indignación, presentó su querrela en este modo.

Ilustrísimo señor: La naturaleza para castigo de algunos hombres, y premio de otros, a los unos cría perfectos y cabales de todos sus miembros, y a otros defectuosos y menguados, y aun de los mismos que cría perfectos, hace que con la edad vayan perdiendo muchas prendas de su persona, como aquellos que van dando ya señales a la muerte de que son suyos, muriendo en algunas partes de su cuerpo, si no en el todo. La osadía, o por mejor decir, la desvergüenza de los mortales ha crecido en grado tan supremo, que se han introducido en el mundo unos hombres, llamados re-

mendones de la Naturaleza, que hacen para los calvos cabelleras, dientes para los desdentados, pantorrillas para los que no las tienen, y últimamente, varios tintes y colores para disfrazar las canas, cosa de que se ha seguido un grande perjuicio al mundo, porque las mujeres, en sus bodas y casamientos, pensando que llevan marido entero, se hallan después burladas, y a los hombres les sucede la propia desdicha, siendo ésta la menor razón, porque la principal es que el fin de la Naturaleza queda frustrado, que en esta variedad de sujetos muestra su hermosura, pues si ella quisiera hacer a todos los hombres de igual perfección, tiene bastantes materiales para conseguillo. Por tanto, conviene que atendiéndose a las razones referidas, se ponga en esto remedio breve y fácil, pues vuestra ilustrísima, como verdadero filósofo, es amigo de las cosas naturales, y le toca por su profesión el amparallas y defendellas.

El ilustrísimo señor don Séneca mandó que pareciesen a responder a la querrela que se daba de sus personas éstos que dicen llamarse remendones de la Naturaleza. Obedecieron luego, y llamando a la puerta de la casa de Cicerón para advertirle de algunas razones que había de responder en su defensa, los dió muy malas esperanzas de su negocio; pero como se fuesen y a la noche le enviase un gran presente, volviendo a la mañana, le hallaron tan reducido a su opinión, que les dijo tuviesen por cierto que él los sacaría victoriosos de semejante demanda, o arrojaría en un fuego sus libros. Ellos, para animalle más, le prometieron ricas albricias, y presentándose luego en el Tribunal, por ser cumplido el término que les fué señalado, oyeron que las razones que propuso en su defensa fueron las siguientes:

Ilustrísimo señor: admirado estoy del agudo ingenio del dios Momo, pues viendo el mundo lleno de inconvenientes tan grandes y considerables, que piden el remedio a voces, repara en co-

sas tan pequeñas; vuelva los ojos a tantas miserias y desdichas y propóngalas en este Tribunal para que se remedien, pues con este fin dejamos nuestras casas. Razón es que me admira, y bien indigna de su agudeza, el decir que la Naturaleza no ha de ser enmendada, pues por este camino se excluyeran las buenas artes y los ingenios de los hombres quedarán groseros y rudos. Bueno fuera que el cojo no supiera la falta de sus pies con las muletas y el corto de vista con los anteojos. Conforme a esto, reprenderá que el que sabe la lengua española, por naturaleza, procure conseguir la francesa con estudio y arte. Todos los instrumentos militares quedan con esta opinión condenados, pues si los hombres en las batallas hubieran de ofender y defenderse, naturalmente, como los brutos, sólo usaran de las manos y pies, hiriéndose villanamente en los rostros y quitándose la defensa contra los mismos irracionales, que muchos dellos, o los más, son al hombre superiores en fuerzas corporales, y le fuerza la necesidad a valerse de tantas armas, como le ha enseñado la industria para humillallos y vencellos. Ea, señor, declárese este juicio, hallen estos hombres miserables amparo y celebren, agradecidos, la piedad, que debe resplandecer tanto en los grandes gobernadores, aunque en esta causa pedimos justicia.

Séneca, risueño y apacible más de lo que se esperaba de tan melancólico semblante, decretó así: Que no sólo le parece justo quitar a la Naturaleza todos los remendones que hoy tiene, sino aumentarle muchos más, porque sus defectos son cada día mayores, como quien está más envejecida y postrada, y así, ordenó que de allí adelante se les señalasen premios a los inventores, que con agudeza y propiedad, dando a la Naturaleza socorro, sacasen nuevas enmiendas de sus nuevos errores.

Recibió Momo este auto gustoso sin mostrar ni aun sobresalto en el semblante, porque aquellos

hombres míseros, habiendo tenido noticia de su condición, procuraron enternecerle con ciertas dádivas grandes por no quedar desamparados, como aquéllos que ni sabían otro oficio ni estaban en edad de rendirse a la doctrina de nuevos maestros. El, más oficioso que nunca, y deseoso de proseguir con tales aumentos, presentó esta acusación, haciendo mucho esfuerzo en las palabras y en las acciones :

Cuando considero, ¡oh peregrino ingenio, oh gran padre de la verdad filosófica!, esta introducción moderna del mundo, tan recibida y poco admirada, quisiera hacer precio mis lágrimas de su remedio. Parece que he puesto en cuidado a los circunstantes, y que desean saber ya cuáles digo, pues por despenar tantos deseos este modo de maridaje, que hoy corre en el mundo, estos mercaderes de su honra y gusto, pues todo lo venden en la mujer propia; destos me querello en este ilustrísimo Tribunal, y tanto dellas como dellos, porque haciendo más barata a la sensualidad, no han dejado lustre en la tierra. Tienen ofendidos los honestos tálamos de Himeneo, y apenas se puede conocer un seguro asiento para la vergüenza. Castigue el horror tan licenciosas vidas, sepulte la pena aun la memoria de costumbre tan torpe, y sea con un género de afrenta tan descubierta que se pueda esperar corrección de tan incorregible gente.

Encendióse en tanta cólera Séneca de oír querella tan justa, que sin señalarles más término que veinticuatro horas para su defensa, los mandó que pareciesen. Acudieron luego al príncipe de los oradores, que se excusó, considerando que siendo él casado, se hacía sospechoso en el abono de semejante costumbre. Trujéronle sus mujeres para que intercediesen, por ser ésta la primera diligencia de que ellos se valen, cuyos pasos y ruegos fueron inútiles. Séneca, viendo pasado el término y que ellos no parecían, decretó, riguroso, desta suerte :

Que de allí adelante las armas invisibles que se dice que los tales llevan sobre la frente sean descubiertas a la vista exterior de los hombres para que trayendo pública su infamia, a ellos les sirva de castigo, y a los demás, de horror y escarmiento. Apenas les fué notificada sentencia tan grave, cuando recurrieron a la majestad suprema de Apolo, y expresando agravios, pidieron que les oyesen. Pareció ser justicia, y estando ya el negocio para determinarse, llegando a noticia del dios Vulcano, lleno de honrada cólera, se presentó ante Júpiter, y refiriéndole la licenciosa vida de Venus, mujer suya e hija del mismo Júpiter, juntamente con las liviandades de las mujeres de otros dioses, le significó cuántos peligros e inconvenientes se encerraban en la ejecución de aquel auto pronunciado por Séneca, pesquisidor del mundo, si le confirmaban los de la Junta y Consejo de Apolo, pues siendo él, como era cojo, si descubriese aquella armazón en la frente, se diría por él que Júpiter tenía un yerno señalado de los pies a la cabeza. Dejose concluir el padre de los dioses de sus razones, y mandando prevenir a Mercurio, su correo y embajador, le dió un despacho cerrado y sellado para que se le pusiese en su propia mano al príncipe de las luces. Recibió Apolo con todo respeto y veneración el pliego, y abriéndole, vió que Júpiter le mandaba que luego, como leyese su carta, se suspendiese la plática de aquel negocio, en cualquier estado que estuviese, porque se podía seguir de su prosecución más inconvenientes que utilidades.

El acuerdo fué prudentísimo, y así lo reconocieron Apolo y los de su Consejo y Junta; pero porque esto no quedase, ya que se había empezado con tanto ruido, sin alguna forma de sentimiento, después de haber quemado un proceso de más de cuatro mil hojas, echaron mano de un miserable despensero del embajador de los moscovitas, que estaba ya ausente, y hallándole culpado en este delito, y sin arrimo ni amparo que le hiciese som-

bra, ejecutaron en él todo el rigor de la pena para satisfacer al indignado vulgo, saliendo a verle castigar y aun a ser ministros de su castigo muchos que en su delito estaban más culpados. Momo quedó en esta causa bien aprovechado, porque los interesados, entendiendo que se determinaba a ir en persona a verse con Júpiter y hacer nueva instancia, le echaron grillos de oro, con que volviendo los ojos a nuevo asunto, presentó la querella que se sigue :

Filósofo nunca bien celebrado y felicísimo ingenio : yo me querello de una gente que en el mundo dicen llamarse oficiales del teatro y ministros de la comedia, porque dando nombre a su ocupación de entretenimiento lícito, enseñan al pueblo muchas doctrinas en ofensa de las buenas costumbres de que él estaba ignorante. Allí se aprenden todas las tretas y burlas de amor. Las doncellas y casadas hallan nuevos caminos de cautelas y engaños para la ejecución de sus livianas pretensiones, y como aquella parte se ha hecho ya campo de murmuración, y en ella, por entretener al pueblo, se dicen muchos chistes y donaires satíricos, es fuerza encontrarse con las costumbres de todos para variar las materias y dar con esto mayor deleite, con que viene a ser, no comedia, sino sátira general, y al fin, una honda que tira a todos, y tan apriesa, que cuando yo me estoy riendo de ver que sacudió al que estaba a mi lado, ya él se consuela en su daño en el golpe que yo he recibido, no menor que el suyo. Y son los hombres de tan perversa naturaleza, que por no dejar de alegrarse en el daño de su prójimo, pasan con gusto en la propia fatiga. Que esto requiera pronto remedio es indubitable; a mí me ha tocado el advertillo y a mano tan poderosa como la vuestra el remediallo.

Comparecieron en juicio todos los contenidos en esta querella, muy seguros y satisfechos de que su defensa era fácil y estaba justificada. Cicerón, que siempre amó el ingenioso estudio de las co-

medias y tuvo estrecha amistad con Terencio en Roma, a cuyo ingenio hizo siempre mucho aplauso, de que se les siguió a entrambos no pequeña estimación: a Terencio, porque era celebrado de varón tan grande, y a Cicerón, porque alababa sin envidia lo que era digno de honor, hallándose muy gozoso de amparar esta causa, sin querer mayor premio que el gusto de su defensa, sin alterar los colores del semblante risueño y apacible, arrebató los ánimos de los que oían, y venció las dificultades aparentes. Sus razones fueron éstas:

¡Oh gran maestro de los hombres, Séneca, y digno de ser compañero de los dioses inmortales! ¿Es posible que admities en Tribunal tan grave querrela tan inútil? Acusados son como reos los que merecían premios y honores. De todos cuantos entretenimientos la República goza, ¿hay, por ventura, alguno que sirva y deleite al entendimiento sino éste? Decir que enseña malas costumbres es falso, porque el arte no puede imitar tanto como la Naturaleza inventar y hacer en cualquier género de cosas. Sepamos, ¿qué caso tan torpe o feo daremos en las fábulas, que son alma de las comedias, que no le hallemos peor en las historias más graves? Pues si allí se permite impreso, y con la autoridad muchas veces de personas grandes que cometieron bajezas vilísimas, qué mucho que acá en personas indignas, cuya imitación no se ha de seguir (que siempre para tales casos se eligen éstas), se pinten indignidades, pues luego en esto o en aquello, para dar buena doctrina y enseñanza, se les señala el castigo; que así lo hace el poeta prudente, como quien es dueño de la fábula que escribe, y puede disponella, lo que no el historiador, que la historia es dueño dél, y no tiene facultad de alteralla. Reprender la sátira, cuando las materias son generales y toca en vicios escandalosos de la República, es quitar a los vicios públicos su castigo público. De modo que en este asunto Momo sólo ha mostrado el ánimo

mal intencionado, que para con todós tiene, burlando el intento de Apolo, que le envió aquí para que tratase de la enmienda de los daños, que siendo ofensa del cielo, eran estrago de la República. Séneca determinó este decreto, y mandó que se publicase luego. Que las comedias era el entretenimiento más ingenioso y lícito que gozaban los hombres, siendo los que recitaban en ellas con eminencia dignos de honor y premio, sin que por esto se les siguiese infamia, como por otras costumbres no la mereciesen. Que de allí adelante se tuviese más cuenta con amparallos y socorrellos, sin usar con sus personas violencias y rigores, porque de no hacerlo, este ejercicio se acabaría presto, y entonces, cuando faltase, conocerían de cuánta utilidad fué a la República, y procurarían con diligencia su restitución. Que los grandes monarcas deben conservallas por razón de Estado, porque allí se diviertan los pueblos oprimidos, y dando aquellas horas al entretenimiento, olviden en ellas los pesares de la sujeción grave. Los cómicos, alentados con el triunfo de tan honrada victoria, dieron a Cicerón las gracias, y porque él en dineros ni presentes no quiso recibir dellos satisfacción y paga, se juntaron todas las compañías, y guardándose los autores su antigüedad, le hizo cada una un particular, a que él no se mostró poco agradecido, y les mandó que hiciesen lo propio con Séneca, que tanto les había honrado; pero él, con agradable rostro, se excusó, porque aun no quiso que tan pequeño donativo pareciese precio de una sentencia, que en la opinión de todos fué tan justificada. Momo andaba inquieto, y los amenazaba con que había de acudir al Tribunal Supremo de Apolo para que agravio tan manifiesto tuviese enmienda; pero ellos, astutos y solícitos, habían enviado su despacho al Parnaso, donde su agente, valiéndose del favor de Terencio y otros interesados, consiguió todo lo que quiso, poniéndosele al satírico fiscal, en cuanto a esta causa, perpetuo silencio, con que la sentencia se

publicó por las plazas de las ciudades más ilustres del mundo, y se puso en debida ejecución. Parecía a Momo que del silencio y quietud de aquella audiencia se le seguía poco provecho y autoridad, y así, cansado de ver el mal efecto de sus acusaciones, presentó contra los álamos (pompa y ornato de los ríos) esta querrela:

Señor: todas las plantas y flores que gozan de la influencia de las estrellas y beneficio de los elementos, en tanto son buenas, en cuanto sirven al hombre con algún fruto, o ya medicinal para su salud, o ya gustoso para su apetito, y que ayude en parte a su sustento, como son las frutas que rinden todos los años los árboles que llamamos frutales; aun la rebelde encina alimenta un animal, que para servicio del hombre es utilísimo, y después, ardiendo en el fuego, le abriga y le sustenta; pero el vanísimo álamo, rompiendo todos los años un vestido nuevo, desde los principios de la primavera a los fines del otoño, ¿qué hace? O ¿para qué es bueno, si no es para mirarse desvanecido y soberbio en el espejo de los ríos, a quien sirve de muralla? Extendido en hojas verdes, sólo se emplea en dar esperanzas a los vientos, mintiendo con sus lozanísimos verdores, pues mientras más prometen fruto, menos le conceden. Siendo esto así, ¿por qué ha de ocupar en vano el más fértil y ameno sitio de la tierra, que se debiera dar de justicia a otras felicísimas plantas, de cuyos efectos, acomodados para la necesidad humana, siempre que fuere menester daré satisfacción bastante? ¿Esto consentimos? ¿Por esto pasamos? Desagraviése a los que injustamente se ven preferidos y aventajados, y tengan todas las cosas el lugar que de derecho les conviene y toca.

Mandose a los álamos que acudiesen a responder a una acusación que en lo exterior parecía tan justificada, y ellos dijeron que por ser entrada de invierno se hallaban desnudos, y por esta causa indignos de presentarse en un Tribunal tan

grave, y atento a esto suplicaron, humildes y afectuosos, se les permitiese enviar un procurador, que en su nombre alegase lo que hallase convenir más a su defensa. Concedióseles, y dentro de pocos días, aún menos de los que en el término les fueron concedidos, pareció el ruiseñor, que sin valerse de las armas de la abogacía ciceroniana, dijo cantando, sonoro y apacible :

Los árboles llamados álamos, severísimo juez, sirven a los ríos de compañía y ornato, entretenimiento que le tienen muchos hombres gallardos y bien dispuestos en las casas de los príncipes de la tierra, sin ocuparse en otra cosa, porque sus entendimientos no son útiles para mayor acción, y si a éstos se les dispensa tanto con ser criaturas racionales, ¿cuánto más bien se debe tolerar con una planta que aun con los irracionales y brutos no compite? Bien bastaba lo alegado para defensa suya; pero fuera ingrátitud dormirme con sus alabanzas; yo, que tanto he gozado de sus beneficios, pregunto: ¿Quién ofrece más generoso alcázar a nosotros los ruiseñores canoros? Ninguno, por cierto, entre todos los árboles, donde ya saltando, ya rompiendo sus hojas con los picos, damos liberalmente música a los hombres, sin que la compren a precio de dineros y ruegos, ni gastallos la esperanza, aguardando a que se templen los instrumentos; porque sus hojas mansamente heridas del aire, para nosotros bastan, o el ruido del agua, rompido entre las peñas, nos llama a gratificar con alabanzas parte de lo que debemos al Autor admirable de tan prodigiosas maravillas. Las riberas de los ríos sin ellos perdieran su pompa y autoridad. Buenos testigos son las que dellos carecen, manifestando por su ausencia tanta soledad y pobreza. Cuanto sean saludables el efecto lo pregona, pues divirtiendo con su vista hermosa la melancolía de los ánimos más tristes, rescatan a los hombres de una enfermedad tan peligrosa y desesperada. Y últimamente con su sombra abrigan y

defienden otras plantas menores que los cifien y rodean.

Hasta aquí el dulce y elegante rui señor, y Séneca, no poco satisfecho de escuchalle, mandó que se publicase luego este decreto: Que los álamos gozasen de su antiguo decoro y autoridad, porque por lo menos se aventajaban a muchos grandes príncipes de la tierra, que pudiendo hacer sombra a otros menores, sin costalles nada, se la negaban. Así como oyó la sentencia favorable la suave y hermosa avecilla, pobló de armonía los aires, y recibiendo de mano del secretario los despachos, hizo, como los demás, un presente a Momo, porque no replicase, que fueron algunas piedras de mucha hermosura, que en las riberas de algunos ríos, a los pies de los árboles, que él llamaba inútiles, se criaban, y grande cantidad de arenas de oro del Tajo, con que él recibió sumo deleite; pero como mirase con atentos ojos las plumas doradas del pajarillo, pidiole que le dejase tomar algunas, y él, mostrándose más agradable de lo que le convenía, concedió con su petición tirana, mas viendo que le iba desnudado muy apriesa, le dijo: Basta, no más, que ya con lo que tenéis hecho saldré bien pelado de vuestras manos. El le dió libertad, y le respondió así: Andad norabuena, que así salen todos.

Acabado este juicio, sintieron un grande alboroto en la misma casa donde el Tribunal tenía su asiento, y saliendo algunos ministros inferiores a ver quién le pudiese haber causado, hallaron que estaba a la puerta un grande escuadrón de nubes muy preñadas de agua y que pedían audiencia; riñéronlas por el poco respeto con que venían, haciendo tanto ruido, sabiendo el silencio con que se debe llegar a los Tribunales superiores, y ellas se excusaron luego con que estaba allí una cargada de piedra y rayos, y que a este título pretendía tener precedencia a las demás y hablar primero, cosa que las otras no permitían ni pensaban permitir. **Trató Momo de ponerlas en paz, de-**

seando reducillas, por si acaso de su pretensión se le podía seguir algún provecho; pero la obstinación y rebeldía dellas fué grande, y tanto, que le obligó a Séneca a dejar el Tribunal por salir a tratar de su composición y quietud. Viendo, pues, su presencia grave, concibiendo mayor estimación, una dellas dijo desta suerte:

Ilustrísimo señor: Los graves pecados y torpes insultos de un hombre, que es poderosísimo en hacienda del campo, tenían indignado a Júpiter, tanto, que por justo castigo de su vida insolente y libre, y para enmienda de los demás, que se alenaban con su mal ejemplo, determinó castigalle, pero tan piadosamente, que fuese el golpe en la hacienda y no en la persona, y así, mandando al capitán de su guarda que juntase una escuadra de nubes, le dijeron que les ordenase que cargándose la una dellas de rayos y piedras gruesas, le matase el ganado y destruyese todos sus sembrados, y a las demás, que llenándose de infinita copia de agua, lloviesen tanto sobre un río, donde tenía muchas aceñas y molinos, que creciendo furiosamente, fuese con tanto exceso que los arrancase aun con las mismas piedras que tenían por cimiento. Nosotras estábamos en el Poniente y fuimos llamadas para ser verdugos desta sentencia. Pero como la diosa Ceres, a quien el labrador hacía devotos sacrificios, fuese informada del capitán de la guarda del rigor grande que contra aquel miserable se prevenía, acudió a los pies de Júpiter, en cuya piedad hallaron tanta puerta sus lágrimas, que se revocó la ira en agrado, despachándonos un correo con expresa orden para que esto se suspendiese. Apenas nos intimó el mandato, cuando se volvió, sin dar lugar a que le preguntásemos, qué hemos de hacer de tanta munición de rayos, piedra y agua, porque nos hallamos muy pesadas con este preñado, y así, viendo que vos tenéis en la tierra las veces de Júpiter y Apolo, y que podéis disponer a toda vuestra voluntad, así de las cosas naturales como de las accio-

nes humanas, os venimos a pedir que nos señaleis parte conveniente para que nosotras podamos deshacernos y librarnos de peso tan molesto, con castigo de quien lo mereciere, y sin ofensa de los justos. Risueño Séneca en lo exterior del semblante, aunque confuso en lo interior del alma, cometió la resolución deste negocio a Momo, y él, con risa y gozo de los circunstantes, dispuso así. Que la nube que tenía la piedra y rayos cayese sobre la hacienda del mohatrero más vecino, porque por poco que hubiese ofendido a Júpiter, era fuerza que excediese los delitos de aquél para quien estaba destinada. Que las otras, que se hallaban llenas de agua, harían una muy grave ganancia repartiéndola por las casas de algunos taberneros, porque en las tales tanto precio tenía el agua como el vino, y que por el arbitrio quería que le diesen el quinto de la ganancia que en esta venta hiciesen. Pareciores muy bien el consejo, y partiéndose a obedecelle, el mohatrero tuvo el justo castigo, debido por sus culpas, y a los taberneros se les llevó instrumento con que cometiesen delitos nuevos.

Como ya, con haber muchos días que Séneca estaba en la tierra, la fama de su Tribunal recto y severo corriese por las bocas de todos, afirmando la voz común que había venido a deshacer agravios, empezaron a concurrir de varias partes muchas personas, siendo ya tantas las causas y pleitos que voluntariamente se presentaban, que con su mucho despacho no le daban lugar al fiscal para que pudiese proseguir con sus acusaciones; ofreciéronse negocios de importancia y peso, y entre algunas peticiones ridículas, propuso un hombre, que dijo ser procurador general del mundo, éstas que se siguen:

Que convenía que de aquí adelante, con todo rigor, se vedasen a las preñadas todos los antojos, y siendo esto imposible, se les mandase a los pintores que en sus tablas no pintasen cosas de comer para que no provocasen su apetito fácil,

porque padecían los casados en este particular intolerables fátigas, que hacían el matrimonio más insufrible y duro.

Que se privase de oficio a todos los cocineros que con tan varios embustes despiertan la gula de los hombres, quitándoles a las cosas el valor que les dió Naturaleza, disfrazando el capón y desmintiendo la perdiz, de modo que es necesario poner a la margen como glosa: Esta es perdiz, éste es capón, porque deste modo las sangran de su natural sustancia a las aves y las cargan de mil especias extranjeras, que despertando la sed, provocan a la bebida, con que lo que se come ni para el sustento es bueno ni para la salud acomodado.

Que en todo el mundo se declarasen los cocheros por gente tan libre y desvergonzada, que se establezca por ley que por ningún género de culpa que cometieren puedan ser sacados a la vergüenza, y se busque otra pena más grave que traiga consigo dolor y no afrenta, porque para ellos es imposible que la afrenta sea dolor.

Que por cuanto de algunos años a esta parte habían dado en usarse unos inviernos muy húmedos y lluviosos, se les mandase con inviolables leyes a los ministros del carbón le pusiesen en partes bien defendidas y amparadas, donde no le lloviese encima, porque lo contrario era matar el fuego antes de encendelle, y que de no hacerlo así se les llevase la misma pena que a los taberneros que aguan el vino, pues no es razón que a un elemento honrado como es el fuego le den a beber carbón aguado, y algunas veces por esta causa carbón tan soberbio, que con sus humos no cabe en el alcázar del mayor potentado.

Que a todos los poetas pintores de primaveras se les pusiese estanco por diez años primeros siguientes, porque han consumido en esto tanta plata, perlas, oro y aljófara, que se ha empobrecido el tesoro de la majestad célfica de Apolo, y que los que no pudiesen irse a la mano, se pasasen

a la India de Portugal, y de camino visitasen la guardajoyas del Aurora, y cogiendo en la una parte perlas y en la otra diamantes, se proveyesen para muchos días, si es que es bastante todo cuanto tesoro engendran los siete planetas para llenar media docena de coplas de un poeta de moderado gasto.

Que a todos los dulces que se venden en los puestos y partes públicas, solamente para ocasionar a los hombres a que gasten con las mujeres, se les dé nombre de agridulces, y que de aquí adelante no se hagan conservas de guindas ni de otras cosas acedas, pues ya, por la razón referida, lo más dulce viene a ser acedo, y no es menester aumentar más agrio al agrio, si no es que esto fuese con tanto extremo, que en vez de dulce, lo hallasen tan acedo, que se cansasen de lo dulce.

Que convenía infinito que la majestad délfica de Apolo, como tan celoso del bien común de los hombres, ordenase que del mismo modo que andan por las calles públicas unos trabajadores con unas piedras en forma de rueda, que se llaman amoladores de cuchillos, se proveyesen de otros que sirviesen de afilar ingenios, porque de veinte años a esta parte estaban todos tan botos, que sólo tenían filos para herir las honras de sus amigos y deudos, porque aunque era tanta la soberbia de los mortales, que ninguno, lleno de amor propio, quería confesar de sí semejante necesidad, podría la justicia compelellos a que se valiesen deste beneficio público, y a los que no les aprovechase, declararallos por majaderos obstinados.

Que por cuanto había muchos años que en España los inviernos no helaba ni nevaba considerablemente, y los obligados de la nieve y hielos pasaban estrecha necesidad, se les permitiese que pudiesen hacer una saca de las frialdades que dicen los ganasas italianos a título de agudeza, y ésta en tanta cantidad, que llenasen sus pozos, si ya no les pareciese a los doctísimos físicos que el rigor de su frialdad llegaba a tanto extremo, que

en vez de regalo y beneficio sería traer cuchillo y peste de Italia a España.

Que por cuanto las mujeres que vivían licenciadas en su mocedad, cuando llegaban a ser viejas, viniendo a servir a las mozas, sucesoras de su desdicha, confundían los nombres, porque cuando eran de pocos años, y estaban servidas, se llamaban mozas, y cuando viejas y servían se nombraban amas, de modo que nunca eran más mozas que cuando amas, y nunca más amas que cuando mozas, se les ordenase que nos tratasen de modo que nos quitasen desta confusión, si no es que en casa de las tales, como en lo más principal se vive al revés, quieran guardar la misma costumbre, aun en los menores accidentes.

Que dado caso que no se podía excusar, que en la República se diesen cuchilladas, y chirlos por las caras algunas veces, por haber en ella muchas personas dignas y beneméritas de semejantes beneficios, era bien que hubiese en cada ciudad o villa señaladas cuatro o seis personas de primor, más o menos, respecto del número de la población del tal lugar, y que éstas siendo públicas para este ministerio, como el verdugo, llevasen sus derechos señalados por arancel, sin que del haber dado la cuchillada, como de recibir dinero por ella, se entendiese haber incurrido en delito criminal, quedando obligados los cirujanos a contribuirles un tanto por la ganancia que les ocasionaban en semejantes curas.

Que de allí adelante para siempre jamás se les pusiese a los poetas perpetuo silencio en las alabanzas lisonjeras que escriben en favor de las mujeres, pues por su ocasión se han encarecido de modo que están insufribles, porque como ellos les dicen que son sus cabellos oro, sus ojos perlas, sus dientes esmeraldas, piensan que en darles los hombres esmeraldas, oro y perlas no les ofrecen nada, que en ellas no esté más aventajado porque como son necias y vanas, las lisonjas creen por verdades. De donde se sigue el presumir ellas que

lo que hacen no es venta vil, sino una feria hidalga, en que igualmente se da oro por oro, y perlas por perlas.

Que por cuanto el deseo de vivir los hombres poltrona y acomodadamente, ha podido introducir tanto en sus ánimos el humor flemático que se dejan decir, y aun hacer gravísimas injurias, sin acordarse de tomar dellas satisfacción con honrada cólera, conviene que se haga (consultándose primero con Esculapio, y hallándose en la junta Hipócrates y Galeno) una bebida de tal calidad que disminuyendo este humor pesadísimo, acrecienta el colérico en todo varón, que pasare de los veinte años, excepto en los casados, que tienen mujeres al uso, porque en los tales ya se sabe que es imposible que obre semejante medicina.

Que por cuanto se desconsuelan algunos caducos y magantos rocines, viéndose ministros de las vueltas de una inconstante noria, principalmente muchos dellos, que antes fueron generosos y lucidos caballos, y entraron en fiestas públicas de toros y cañas, adornados de ricos jaeces, siendo con su ligereza admiración del pueblo que los miraba, parece cosa justa (porque la piedad humana hasta con los brutos debe extenderse) que se les envíe un filósofo moral que los anime y advierta, cómo en el propio instrumento que les da el trabajo, podrán hallar el consuelo, considerando los arcaduces de la noria que tiran, pues apenas suben llenos, cuando se hallan desiertos y vacíos.

Que parecía cosa forzosa, y no digna de retardar su ejecución, que porque la luz de la cera sirve en los templos, consagrada a las deidades, y la malicia de los hombres había llegado a tanto que mezclaba con ella el sebo, haciendo una unión tan desigual y disforme, se ordenase a los maestros y oficiales deste oficio, no hiciesen, so gravísimas penas, un casamiento en que se hallaba tanta desigualdad, excepto en el reino ínclito de Portugal y en todas las provincias sujetas a su corona,

porque allí por particular privilegio, concedido solamente a los naturales, tiene más calidad el sebo que la cera.

También dijo por advertencia particular, que pedía pronto y ejecutivo remedio, que supuesto que había en la república unos hombres que con hierrecillos sutiles limpiaban dientes, se les extendiese a más la facultad, para que hiciesen lo mismo con las lenguas de algunos blasfemos maldicientes, de cuya inmundicia se pudieran poblar muchos muladares, y cargar todos los carretones, que en la Corte de España están señalados para el ministerio de la limpieza; y si ellos se excusasen diciendo que no eran suficientes para ocupación tan pesada, por no estar ejercitados en ella, se les diese este cargo a los pícaros limpiones, que traen las escobas y palas, porque más provecho harían al lugar el día que dejaran una boca destas bien barrida, que cuando le limpiasen todas sus calles.

Entre las demás proposiciones presentó ésta con no menor deseo y afecto de verla ejecutada: Que supuesto que en las justas poéticas y certámenes literarios, apenas querían escribir los ingenios de acreditada opinión, por ocasión de que las más veces se conformaban los jueces a repartirse los premios entre sí, escribiendo los asuntos en cabeza de algunos amigos confidentes, con quien después partían el vergonzo robo, parecía que de allí adelante se aconsejase a los mayordomos de las Cofradías, gastasen en pólvora y cohetes lo que en esto se consumía, pues había tan poca diferencia de lo uno a lo otro, que la una era fiesta de humo y la otra de viento. Aunque luego volviendo sobre sí revocó su parecer, y dijo que era muy justo que se juntasen entrambas fiestas, porque el viento de la una llevase el humo de la otra.

Mandósele que entregase por escrito todas estas advertencias, y él, porque luciesen más en las manos de varias personas, deseoso de que el aplauso de muchos las diese mayor estimación, las impri-

mió y repartió, no sólo por los sujetos importantes del juez, fiscal y secretario, sino por todos los que asistían en aquel Tribunal con negocios dependientes de su juicio. Momo las vió despacio y las glosó por las márgenes con esta respuesta :

A la primera proposición, en que se advierte ser justo que se quiten los anteojos de las mujeres preñadas, se responde no haber lugar, porque no parece justo que por la opinión de un hombre majadero, que está fundada más en antojo que razón, se veden los anteojos, que tienen su fundamento en medios y principios naturales, sólo por cumplir el suyo, que bien examinado es un capricho vano e inútil.

A la segunda advertencia, en que se pide que no se permitan de aquí adelante cocineros, se responde que lo contradicen los carboneros y leñadores, y juntamente los especieros, porque el día que ellos faltasen se gastaría la mitad menos de especias, leña y carbón, que es la cantidad en que ellos roban a sus amos.

A la tercera advertencia, en que se suplica se declare a los cocheros por gente libre e insolente, se responde que supuesto que el mundo los tiene en semejante opinión, no será enseñarle novedad que extrañe ni admire, sino es que se haga esto porque este título quede más calificado, dándosele por autoridad de justicia.

Así iba glosando Momo sobre las advertencias del procurador general del mundo, cuando él, impaciente y colérico, le trató en el propio tribunal de ignorante y malintencionado. Inquietáronse todos los ministros, así los mayores como los infimos, y echándole mano le pusieron en la cárcel, donde le hicieron la prisión más molesta con ponnelle guardas que le hiciesen costa. Creció su enojo del preso, y dijo con mayor brío y voz más alta, que Momo no había ejercitado su oficio con limpieza y rectitud, porque con él tenía robados y destruídos los negociantes.

Apenas llegó a noticia del Tribunal éste que

ellos dijeron ser desacato grave, cuando le condenaron a vergüenza pública con una mordaza en la boca. El mundo, que siempre fué vano y altivo, reconociendo que a él se le hacía el agravio y ofensa, porque aquel hombre, en quien se trataba de ejecutar aquel rigor representaba, en virtud de los poderes que tenía suyos, su propia persona, sin esperar a elegir otro consejo más prudente, convocó a todos los mancebos briosos y gallardos, y dándoles parte del caso, los mandó que empleasen sus fuerzas en darle libertad y socorro. Ellos, que con menor mandato que éste acometían insolencias y desafueros, rompieron las puertas de la cárcel pública, donde estaba detenido, y juntamente con él las franquearon a todos los demás que en la prisión se hallaban. Algunos ministros de justicia, como alguaciles, porteros y corchetes, quisieron oponerse al furor, y los que con más gallardía mostraron defenderse, volvieron mal heridos y señalados. Séneca, enseñado a la quietud de su filosofía, se quejaba de Apolo que le hubiese puesto en ocasiones de tanto escándalo; cayó malo de la pena, y estuvo muchos días tan melancólico que aun los despachos que le traían del Parnaso ni quería vellos, ni que se respondiese a ellos. Suspensos deste modo los negocios, llegó el mundo a verse en más confuso estado, y creciendo en libertades y atrevimientos, menguó el poder del pesquisidor y de sus ministros. Apolo, informado de un rebelión tan libre y considerando cuán a peligro tenía aquellos vasallos, mandó a Séneca que se volviese luego, llamándole majadero de pensado y por escrito bueno para decir una sentencia, pero no gallardo para desenlazar las dificultades de una república envuelta en laberintos sutiles. Momo, que se vió depuesto de su oficio y lleno de infinitos enemigos que enviaban persona al Parnaso pidiendo visita contra él, ofreciéndose a proballe un número inmenso de capítulos graves, y que por cualquiera dellos merecía ser desterrado perpetuamente de la comunicación y

correspondencia de los demás dioses, acudió a Juno, y, haciéndole ricos presentes, consiguió un decreto severo, por el cual Júpiter mandaba, así para la ocasión presente como para las de adelante, que los dioses inmortales de ningún oficio que tuviesen pudiesen ser residenciados a petición de criaturas mortales. Con esto se vino al Parnaso, y dejándole en las manos de Apolo, alegre y satisfecho, como quien ya estaba libre de sobresaltos y recelos, envió por su recámara y tesoro, que le había dejado en la tierra escondido hasta ver cómo se ponían los negocios, pero como una escuadra de mancebos libres de aquellos mismos que habían delinquido en el pasado motín, anduviesen por los confines de la tierra y monte Parnaso, y acaso encontrasen con las acémilas y la gente que las hacía guarda, conociendo por las armas de los reposteros cuyas podían ser, no bien olvidados del justo odio que a su dueño tenían, acometieron puestos en orden, y rompiendo el escuadrón de los soldados y criados que las cercaban, ya matando a unos, y ya haciendo volver a otros las espaldas, robaron aquel robado tesoro, y repartiéndolo entre ellos, restituyeron en el modo que pudieron al mundo lo que dél se había hurtado. Hizo grave sentimiento Momo de esta pérdida, que con aplauso de los demás dioses y hombres fué celebrada, y procuró disponer el ánimo de Apolo para que castigase tantos insultos y libertades. Juzgaron los de su Consejo convenir así, porque ya los del mundo más parecían república libre que vasallos de la majestad délfica, y así nombraron, para que, con todo rigor de justicia, castigase a todos los culpados, y principalmente a las cabezas más graves de aquel motín, por capitán del ejército a Pompeyo el magno, a quien le dieron por asesor a Marco Tulio, fiándose más dellos que de otros, por haber sido tan enemigos de rebeliones, y amigos de la paz y quietud pública. Ordenósele a Pompeyo, que levantase un poderoso número de doscientos mil infantes y cuarenta mil caballos, porque haciendo gue-

rra a fuego y sangre a los obstinados, tuviesen con ella parte de su merecido castigo. Pompeyo se excusó con la humildad y reverencia que debía, diciendo que no era bien que él volviese segunda vez al mundo que, despreciador de sus ínclitas virtudes, le quitó la vida con alevosa mano. Cicerón también se resistía por las incomodidades y disgustos que traen los caminos largos; pero volviéndoles a hacer poderosa instancia, aceptaron los cargos y oficios con ciertas preeminencias muy particulares, y esperando a que pasase el invierno, se prevenían para la primavera.

#### AVENTURA CUARTA

Oyendo las dulces murmuraciones de Marcelo, que a título de consejos y doctrinas morales decía con libertad sus sentimientos, pasó su enfermedad don Diego, y entretenido del concurso de las visitas de varios amigos, que en diversos cuentos, ya verdaderos, ya fingidos, conforme era el natural de cada uno, le traían ánimos a su mal, sanó al fin, y al parecer por algún tiempo se presumió, que aun en el juicio había conseguido esta ventaja, porque se hacía comunicable con las luces del día, y miraba alegre la hermosura de sus benignos y liberales resplandores. Mas como llegase el tiempo de las húmedas Carnestolendas de Madrid, húmedas siempre, porque hechas todas sus fregonas un signo de Acuario, vierten más agua que la figura de aquella doncella por quien nos le significan, volvió a protestar odio contra las horas del día, y se consagró de nuevo a las sordas y oscuras de la noche, y justificó algo su causa en haberlo hecho por tal injuria, en razón de ser esta costumbre tan necia como aguada, y tanto más digna de castigo y reprensión, cuanto en Madrid las nubes tienen poca necesidad de ayudantes para ofrecer todo el invierno el lugar enlutado. Condenóse de nuevo por su propia voluntad al silencio

de sus paredes, recogido con algunos libros de canto, en que tenía mucha copia de tonos. La noche, pues, del domingo de Carnestolendas, a quien debe la gula una de sus mayores festividades, o sin duda la mayor, se halló en una solemne cena, donde la abundancia de los manjares picantes, autores de ejecutiva sed, que fuese socorrida de alegres y espadachines vinos, dispuso para la postre una conversación licenciosa que martirizó las horas más veneradas del lugar, atreviéndose más fácilmente a lo más defendido. De aquí, pues, salió entre doce y una, acompañado del instrumento; y haciendo al mismo tiempo pasos con la garganta que los daba con los pies, cantaba deste modo:

*Dos apacibles rayos,  
animada belleza,  
fuego de los sentidos,  
que aun lo invisible queman.*

*Cuyas luces al sol  
gallardas le presentan  
tantas admiraciones,  
cuantas luces son ellas.*

*Al día le prometen  
(y él dichoso lo acepta)  
eterno y firme imperio,  
como se ampare dellas.*

*Y ya desvanecido  
con tan noble promesa,  
de la noche se burla,  
aunque se arme de estrellas.*

*Dellos recibe el mundo  
benignas influencias,  
y el grande se halla corto  
para tantas grandezas.*

*El campo viste bríos  
en más lozana hierba,  
lasciva para el viento,  
pues que juega con ella.*

*Inquieta, no descansa,  
sin que esto culpa sea,*

que juventud tan verde  
se disculpa en sí mesma.

Los arroyos de plata,  
que como se recelan  
de tantos avarientos,  
huyendo se despeñan.

Dejan de ser cobardes,  
pues sus aguas suspensas,  
por ver tanta hermosura,  
a la fuga se niegan.

Yo no sé por qué huyen  
con vana diligencia,  
si huyen de tal modo,  
que aunque se van se quedan.

¿Quién serán estos rayos,  
con quien todos se alientan,  
pues hasta lo insensible  
tal sentimiento muestra?

Los ojos son de Laura,  
mas ¿quién habrá, que pueda  
haber con esta duda  
culpado su prudencia?

Las rosas y las flores  
con más pompa se alegran,  
de ver en ellos reyes,  
que ya rejillas puedan.

Si ya su Monarquía  
sabios no la desprecian,  
por ver, que si amanece,  
podrá ser no anochezca.

Que un floreciente imperio,  
que respira soberbia,  
mientras florece más,  
mayor ocaso espera.

Reinar sobre las flores,  
más gala es que riqueza,  
imperio que tan fácil  
se marchita y se hiela.

Despreciallas bien pueden,  
pues en las almas reinan,

*hermosa Monarquía,  
y cuanto hermosa eterna.*

*¡Oh bellisimos ojos,  
cuya beldad serena,  
sin ser presunción vana,  
satisfacción engendra!*

*De vuestras alabanzas,  
divinas por ser vuestras,  
tan dulces sentimientos,  
mi voz pone en las cuerdas.*

*Si los ojos del alma producen perlas,  
los de Laura invencible vierten estrellas.*

*El verles verter me agrada  
tanta belleza encendida,  
prodigalidad lucida  
dádiva bien abrasada:  
que si el alba coronada  
vierte perlas de sus ojos,  
cuyo llanto engendra antojos,  
siendo inútil apariencia,  
los de, etc.*

*Estrellas vierte en el suelo,  
de tal beldad coronado,  
con que al fin se halla estrellado  
tanto el suelo como el cielo:  
que si cuajadas del hielo,  
dan los ojos del aurora  
perlas, que recibe Flora,  
en su olorosa cabeza,  
los de, etc.*

Cantando animoso caminaba, no a recogerse a su posada, porque compañero de las estrellas, mientras la luz del Aurora no le ponía en huída, no pensaba desamparar el puesto. Iba, pues, a una casa de conversación varia, porque en una parte della se jugaba con los naipes las haciendas y en la otra se hacía juego de las honras con las lenguas. El pecadorcillo menguado era grande tahur desta segunda y más peligrosa fullería, pareciéndole que como todo lo que en ella se perdía

era caudal ajeno, importaba poco. Dos calles antes de llegar al puesto bien sangriento, pues en él se sacrificaba la inocente vida de algunas personas justas, vió la puerta de la calle de una casa abierta, y él, que era amigo de acechar todas las acciones humanas, por descubrir en ellas algunas que fuesen dignas de ser fiscalizadas, se entró, y reconociendo la puerta de unos entresuelos, la halló abierta, aunque la pieza oscura. Parecióle a don Diego que aquel descuido había sido cuidadoso, y aunque reconoció que el empeñar más sus pasos era temeridad, tentó la de otra sala, que se rindió a la tentación fácilmente, porque apenas puso en ella las manos, cuando le dió libre y descubierto pasaje; caminó luego algo más atento, y oyó que de allá dentro le dijeron, ¿quién va? Respondió animoso: un hombre; si es un hombre, le replicaron, entre. Ya entonces castigaba don Diego con el arrepentimiento su audacia, y quisiera más hallarse puesto en la silla del Juzgado, entre los maldicientes y fulleros, que verse tantas piezas adentro, en una casa ajena y dél desconocida, donde apenas del haberse entrado podría hallar una aparente disculpa. Sacole la fortuna desta confusión para embarcarle en otra mayor, y fué el caso que así como pasó al otro aposento, que era el último de aquel cuarto, halló sentados en dos sillas dos hombres, uno dormido y otro despierto, que al parecer acompañaban el cuerpo de un difunto, que vestido un hábito de San Francisco y tendido en el suelo sobre un paño negro, rodeado de luces, ocupaba lo mejor de la pieza. Reparó con algún recelo, aunque corrido volvió el generoso espíritu a darle colores al rostro. Ya el otro hombre había despertado, y juntos le preguntaron: ¿Es V. m. el señor don Diego? Admirado, les respondió: Yo soy; pero, ¿cómo saben Vs. ms. mi nombre? Ellos entonces, con voz más alta, dijeron: Eso no se examina; responde derechamente, porque de su respuesta dependen muchas cosas que tenemos que hacer esta

noche. Creció en sospechas don Diego, pero desmintiendo en el rostro con furiosa cólera los sobresaltos del ánimo, que le procedían de considerar quién le trajo a aquella parte tan llena de espanto, satisfizo así: Don Diego soy, hombres, que sin duda debéis de ser demonios. Parece que nos has conocido, replicaron ellos; pues advierte que es nuestra voluntad que te quedes a guardar este difunto mientras nosotros vamos a hacer otra diligencia no menos importante. Y luego, sin esperarle respuesta, le salieron de pieza en pieza y le dejaron solo. Sentose don Diego en una silla, y considerándose en aquella soledad horrible, apenas acertaba a discurrir sobre tan peregrino suceso. Pareciole castigo del cielo, y empezando a dar algunas señales de cristiano, sembró el pecho y el rostro de cruces, invocando el patrocinio de los ángeles y santos y de Aquél que de los unos y de los otros tiene el lúcido principado. Hase de advertir que los que le dejaron solo, cuando se iban, le dijeron: Por mucho que veas, por mucho que oigas, no pierdas el ánimo, caballero; siendo esta misma seguridad que le hicieron disposición de mayor miedo. Apenas hubo estado media hora, cuando sintió gemidos tristes y ruido de cadenas, y otras veces tan grande estruendo sobre la pieza donde él estaba, que parecía que toda la casa se venía al suelo. Levantóse en pie, con determinación de poner mano a su espada y volverse a salir de pieza en pieza, por las mismas por donde había entrado, cuando al volver las espaldas oyó una voz, que le dijo: No te vayas, don Diego; vuelve, vuelve, o seguiré tus pasos y harás con violencia lo que niegas a mis ruegos. Durísimo precepto le pareció a don Diego, pero viendo que era forzoso, volvió el semblante y reconoció que el muerto hablaba y proseguía diciendo: Siéntate en el mismo lado donde estuviste, que tengo que platicar contigo despacio. Sabe que yo soy aquel hombre que mataste tan inadvertido y ciego. Yo soy aquél a quien con tantas heridas privaste de

la compañía de los demás humanos, que he venido por permisión del cielo a hablarte en este puesto esta noche, donde tú has entrado sin saber a lo que te guiaba, traído del mismo; llega más cerca de mí la silla y hablaremos despacio. Esta última razón fué la que le ocasionó mayor cuidado, porque acordándose de que él era quien había muerto a don Leandro, creyó que en aquella forma volvía del otro mundo con alguna causa y quería que él fuese el ejecutor. Llegó más cerca dél la silla, y asiéndole de la mano el difunto, le dijo a don Diego: Yo te confieso que cuando me diste muerte procediste como caballero valiente y bizarro, sin que hubiese en ello alevosía; pero como yo me crié en mis tiernos años más en el ejercicio de las corporales fuerzas que en la destreza de la espada, pudiste con facilidad tanta rendirme y vencerme, con agravio de mi opinión bien acreditada. Si eres tan hombre como te imaginas y tan alentado y valeroso como pareces, luchemos los dos a brazo partido, y el que diere con el otro en el suelo quede por vencedor, siendo éste el concierto, que si yo te venciere, has de acudir todos los jueves en la noche al cementerio donde yo estoy enterrado y hacerme cortés y humana compañía; parecióle entonces a don Diego que aquel difunto no podía ser don Leandro, supuesto que decía que a sus huesos se les había dado hospedaje pobre y cementerioso, porque los de aquel caballero reposaban en honrada y decente capilla; mas por ver el fin de aquella aventura, le dejó que prosiguiese con lo que capitulaba, y oyó que decía: Si tú me vences (que lo juzgo por imposible) te doy la palabra de no sólo volverte a inquietar más, pero de ser medio para que ninguno de los demás compañeros míos lo hagan. No se desagradó de los conciertos don Diego, aunque le replicó agudamente deste modo: ¿Podré yo oponerme con naturales fuerzas a las tuyas sobrenaturales, si eres ya espíritu libre de los lazos desta miseria humana? Mas como en su fantasía y pre-

sunción cupiese toda acción peregrina, y éste fuese el principal asunto de su ánimo, al mismo tiempo que lo decía se arrepintió, y empezó a provocarle, esperándole con los brazos abiertos. Levantose el muerto, y con el aire de su movimiento mató las luces, y cerrando con don Diego, dió con él en el suelo, que del espanto quedó desmayado; así estuvo juzgado mortal más de tres horas, hasta que volviendo en sí, ni vió allí el muerto ni los candeleros y luces que le acompañaban, y halló que empezaba a venirse el día con más diligencia que un sangrador rocinante, cuando en el tiempo de los caniculares, hace más matadura en la miserable aquilla que le lleva, que sangrías en los brazos de los dolientes. Como siempre tuvo mala correspondencia con su claridad apacible, determinó volverse luego a su posada, pero primero anduvo toda la casa, y así, el cuarto alto como el bajo le halló tan desocupado, que presumió que aquella casa sería inhabitable por los espantos que en ella debían de verse, al modo del que por él había pasado. Quiso informarse de los vecinos, mas como era tan de mañana, todos estaban en el común silencio, y así, le fué forzoso dilatar esta diligencia para la noche siguiente. ¡Oh casa, decía, alcázar de trasgos y hospedadora de cuantos duendes trajinan la tierra y el aire. ¿Es posible que en Madrid, donde está el rey, y tanta variedad de ministros grandes, que buscan con suma providencia beneficios y medicinas para el remedio de los achaques públicos, no se ponga en cosa de tanto horror y escándalo? ¿A quién referiré yo el suceso desta noche que no me juzgue por hombre incapaz de juicio, de modo que ya que he pasado la fatiga me he de privar del consuelo que tuviera siendo coronista de tan generosa hazaña? Volveré esta noche acompañado al mismo puesto, no de humanos favores, sino de celestiales socorros, que contra las fuerzas del infierno no se puede pelear menos que con el patrocinio de los divinos brazos. Esta fué la oración que hizo cuando se desnudaba,

durmiendo, por intercesión del cansancio, hasta más de las dos de la tarde, que entró Marcelo a despertalle, a quien dió parte de la singular fortuna de la noche precedente, y él no la estimó poco, porque en la confidencia de aquel secreto le renovó las fuerzas de su autoridad perdida, fiando su recuperación de un prudente atrevimiento, dilatado en estas razones. Que los avisos del cielo, dados con piedad, y tantas veces resistidos, le indignaban de modo que el que amonestó blando, castigaba severo, y se volvía de piadoso padre en riguroso verdugo. Que la sangre de aquel caballero debía declamar al cielo justicia y venganza, pues le quitó violentamente la vida el que trataba de ser ministro público de su afrenta. Que ya era tiempo de retirarse, buscando la luz de la razón en la del día y no confesar en el aborrecimiento de la una el de entrambas, siendo un ciego tan deslucido que venía a estarlo en el ánimo, en el cuerpo y en el entendimiento. Que en el esconderse de la comunicación común, siendo un hombre dotado de tantas ingeniosas habilidades, se agraviaba a sí propio y a la utilidad pública, usurpándose así tantas alabanzas y a los demás tan segura doctrina. Que las gallardías en un hombre mozo, desde los dieciocho a los treinta años, cuando eran tan atrevidas, prometían (si se recogía a tiempo, como él lo estaba) un sujeto digno de ocupar puestos grandes, porque en lo pasado se hallaban testigos muy bastantes de su ánimo, y en lo futuro se podrían ver de su prudencia. Así corría con su discurso bien afecto Marcelo, y algo ambicioso de restituirse en su autoridad, a quien humilde y enternecido, dándole la obediencia perdida, respondió don Diego deste modo: ¡Oh padre segundo mío, en quien sin duda miro aventajadas obligaciones a las que debo al mismo que me engendró! Ya es tiempo, yo lo conozco, y desde hoy más no podré resistirme; ya llegó la hora de mi obediencia y desengaño. Perdonadme tantos ciegos atrevimientos, tantas vanas osadías,

que sólo vuestra prudencia las pudiera haber tolerado y vuestro amor hecho menores. Grande infelicidad fué la que pasó por mí anoche; pero si desapasionadamente considero los pasos por donde llegué a ella, hallaré que fué justificada y que pudiera haber sido mayor, y podré decir con aquel lucimiento de las musas del Tajo, el divino Garcilaso:

*Quando me paro a contemplar mi estado,  
y a ver los pasos por donde he venido,  
conozco que, según me vi perdido,  
que a mayor mal pudiera haber llegado.*

¡Oh piedad divina!, a vuestro amparo me consagro; a vos, con felices rendimientos, canto gloriosas alabanzas; a vos, autor de mi libertad, tan lejos de ser esperada, que nunca fué pretendida. Estas y otras no desiguales ni menos eficaces razones decía don Diego, acompañadas de tan afectuosa terneza, que dieron indicios en los ojos de lágrimas, a pesar de la aspereza de su corazón, que aunque del mismo resistidas, no hicieron menor efecto, cuando Marcelo le esforzó el ánimo con las sentencias destes tercetos, que aunque para otro sujeto escritos, vinieron tan a propósito en aquella ocasión, que los prohijó por suyos:

*Si es que pretendes castigar verdores  
de tu lozana juventud ardiente,  
almendro que temprano vistió flores,*

*Camilo fiel, y con virtud valiente  
desagraviar tu fama, que en tus vacíos  
ultrajes viles y desprecios siente.*

*Si ya a los generosos ejercicios  
te despierta tu sangre generosa,  
para el común ejemplo beneficios.*

*Huye de aquella escuadra licenciada  
de otros mancebos, cuya libre escuela  
doctrina inspira bárbara y viciosa.*

De aquéllos cuya lengua no recela  
emponzoñar la fama honesta y casta,  
cierzo que las mejores plantas yola.

El tiempo dado a sus lisonjas basta,  
que tu arrepentimiento venturoso  
invencible y lucido le contrasta.

Este campo, que viste tan hermoso  
en el pasado abril, que se reía,  
gallardo, ostentativo y poderoso.

Entre aquella opulenta Monarquía,  
en breves días se ausentó con ella,  
tanto aquella quietud mansa corría.

Los resplandores de la forma bella  
caducos son, y están menos seguros,  
mientras blasona la arrogancia en ella.

No te dejes llevar de unos perjuros  
ojos, aun de sus luces avarientos,  
entre velos ingratos cuanto oscuros.

Mira que de tu vida están sedientos,  
y mucho más de aquel metal tirano,  
que pretende imperar sobre los vientos.

Que no les rinde, no, la fuerte mano,  
ni el ingenio festivo, sino el precio  
mecánico, servil, grosero y vano.

Pues dí, ¿quién idolatra su desprecio,  
y de la esclavitud esclavo se hace,  
cuando se vende por tan vil aprecio?

No es posible que a ti te satisfice,  
¡oh ingenio superior! esta bajeza,  
que de tan viles fundamentos nace.

¿Qué precio tiene en Lamia la belleza,  
si ella la puso en precio, y deste modo  
la da en deleite a la común torpeza?

Al apetito humano turba en todo,  
cuando lo natural hace vendible,  
fingiendo líneas del linaje godó.

Píntase de la sangre inaccesible  
de aquellos Recaredos celebrados,  
que debiera imitar siendo invencible.

Mas ella, que hace lecho aun sus estrados,  
en quien de Venus libre imitadora,  
afloja tantos fuegos y cuidados.

Se desmiente, y confiesa ser autora  
del linaje que ultraja indignamente,  
que así se burla, y a él no le desdora.

Y al fin al fin, aun la plebeya gente,  
extraña a la razón, su engaño alcanza,  
y dél se excusa con valor prudente.

Tampoco des en prendas tu esperanza  
a las paredes reales, donde apenas  
a un mudo asiento la verdad alcanza.

Aquellas salas, a la vista amenas,  
con el estudio béglico adornadas,  
de resplandores aparentes llenas.

Donde los hombres son aún más heladas  
formas, que las que allí la abuja imita,  
sombras desvanecidas y adornadas.

Desta gente, que afecta y solicita  
injusta adoración de la otra gente,  
a quien con tiranias necesita.

No seas su imitación, no te contente  
su eterno delirar, su error profano,  
busca ocio en la virtud cuerdo y prudente.

Adule el ambicioso cortesano,  
y con los ojos de agua intame llenos,  
importune a las puertas del tirano.

Que yo miro sus premios como ajenos,  
no me he de envilecer para ilustrarme,  
que no por verme en más me he de hacer menos.

Si yo propio no sé desengañarme,  
ya de nadie tan alto bien se espere,  
yo mismo la verdad he de intimarme.

Que el poderoso que me engañe quiere,  
y atarme con el viento desatado,  
prisión que desvanezca y se aligere.

Porque así blandamente encadenado  
no reconozca el daño aun en la muerte,  
y pase sus umbrales engañado.

*También naufragios la razón advierte  
en la amistad de aquellos licenciosos,  
de ánimo flaco y de arrogancia fuerte.*

*Que son de hazañas viles fabulosos  
cronistas, que aun siendo verdaderas,  
debían oscurecellas cautelosos.*

*Habitando los templos con tan fieras  
almas, se olvidan de la muerte, siendo  
huéspedes de espantosas calaveras.*

*Que a poseer empiezan, aun viviendo,  
aquel lugar horrible y formidable,  
a que están destinados en muriendo.*

*Y sólo su impiedad al miserable,  
y desvalido oprime, ejercitando  
su ira en él, al bárbaro agradable.*

*Ya, pues, con el semblante venerando,  
y el ánimo más pío, te desnuda  
deste modo de obrar torpe y nefando.*

*Ni aun breve tiempo no permitas duda  
en desdeñar tan viles compañeros,  
gente sangrienta, escuadra agreste y ruda.*

*Elige por amigos verdaderos  
los libros, tan honrados, que no saben  
mostrarse indignamente lisonjeros.*

*Estos, en quien las excelencias caben  
de aquella antigua edad docta y prudente,  
te enmendarán, de modo que te alaben.*

*Los ánimos severos justamente,  
porque obrando modestos ejercicios,  
en lo que obrares mirará la gente  
tácitas correcciones de sus vicios.*

Hasta aquí Marcelo, a quien abrazándole don Diego, hacía grandes promesas de segura y firme virtud, creyéndole Marcelo, que se prometía sobre el nuevo imperio, y no menos tirano, y así empezaba severo a ponerle ordenanzas y leyes rigurosas, cuando sintieron algunos golpes en la puerta, a quien don Diego quiso que se respondiese con no responderse, porque empezaba ya a desmayar la luz del día, y no quisiera con la presencia de

la noche y la de algún amigo no menos tenebroso en sus consejos, ocasionarse a romper sus propósitos, que habían dado la obediencia al cielo. Porfió tanto la mano que llamaba, que cansada, y no arrepentida deste ejercicio, dió la misma comisión a un guijarro, con poco beneficio de las puertas, a quien hería, ofendió los ánimos de los que le ofan, y obligólos a que le abriesen, aunque contra su voluntad. Entró disimulando el enojo de la tardanza con una falsa risa el que llamaba; su nombre don Antonio, y amigo más antiguo que provechoso de don Diego, prueba de que le habría hecho muchos daños; saludáronse más cortes de lo que solían, porque la medida en que entonces se hallaba don Diego ocasionó respeto entre entrambos, del uno para el otro. Preguntó don Diego a don Antonio en qué altura se hallaban aquellas Carnestolendas, qué festines le habían entrefenido las noches pasadas y qué tales se le prevenían para la presente, con resentimiento de Marcelo, que no quisiera oírle hablar en materias que pudieran volver a inquietalle. El don Antonio, que era singular representante de visajes y hablaba más con la inconstancia de las facciones del rostro que con los movimientos de la lengua, bailando con la cabeza y más atento al alifio y composición de los bigotes, que a lo mismo que hablaba, dijo: Anoche, por mi desgracia, se me deslució una grande obra, que espero tendrá en otra debida ejecución, y con mejor efecto. Es el caso, Don Diego, aquel hidalgo cordobés, a quien por preciarse dello, llamamos don Diego el jinete, y a diferencia de los otros amigos, que como vos, tenemos deste nombre, por excusar equívocos y confusiones: éste, pues, más desvanecido de lo que convenía (aunque en este delito de la vanidad, por poco que se peque, siempre es más de lo que conviene), enamora a cierta dama, virginal sujeto, dorada en los cabellos y mucho más en el dote que la promete su padre, que habiendo ejercitado la oratoria en los Tribunales regios con su-

perior eminencia, mereció ser llamado boca de oro, sucediéndole lo mismo en la bolsa, premio justo y aun pequeño lo segundo de lo primero. Quisiera él, celebrando estas bodas, renunciar el escuderaje peón y adelantarse un grado en la caballería, andando a caballo, pues se precia de jinete; para esto, dando muestras de necio en lo muy solícito, creyendo que son finezas las molestas importunaciones, o intentando que se admitan con tal título, que las osadías de un majadero siempre exceden los ejemplares comunes, la sigue los pasos en todas partes, haciendo más públicas sus ignorancias, revelándolas cada día a diferente auditorio. Caen las ventanas de esta dama sobre un cementerio, que ha dado ocasión a que tropiecen todos sus galanes en un mismo concepto, que le hallaron tan fácil, que pudieran pagalle ellos el alquiler de la casa por la ocasión que con tal vecindad les ofrece. Porque la dicen que de industria le tiene tan cerca para dar en el espacioso sepulcro a todos los que mueren a sus ojos. Otro competidor suyo, más alentado por el entendimiento, más brioso por su riqueza, se ofendía de la continuación de sus paseos, y considerándole algo tímido sobre los fundamentos leves de una familia, que se había sembrado, en que se decía que había hecho mayor demostración de sus pies que de sus manos en una pendencia, procuró, para que no le impidiese con su asistencia nocturna el hablar con su dama, persuadille (estando yo presente, de que doy fe, si no como escribano, como hombre de bien, que ésta es la que no puede faltar, y la otra no sé si hace siempre lo que debe) que en aquella posada cementeriosa estaba sepultado un hombre gravísimo pecador, cuya sombra, para dar luz con este desengaño, arrastrando cadenas y en ellas el miedo de los que las ofan, andaba desde las doce a las tres, con no pequeño espanto de la vecindad, y en daño de los dueños de las casas, porque los inquilinos trataban, desamparándolas, de buscar su quietud en otro barrio por igual precio, y que así

le aconsejaba como amigo, porque aunque era su competidor en aquel requiebro, la amistad estaba firme, que se recogiese temprano todas las noches, asegurándole que él pensaba tomar para sí el mismo parecer que le daba, y empezar desde aquélla a vivir en reclusión castísima. Burlose don Diego el jinete del consejo, y aunque en esta parte me pareció cuerdo, porque conoció los intentos, y en ellos la burla de su Ribaldo, empezó a desflorar luego tantas valentías fabulosas en razón de pintársenos despreciador de los espíritus infernales, queriendo persuadirnos que ninguna cosa de las de la otra vida podía ponerle horror, que me determiné a festejar estas Carnestolendas con hacerle un juego ingenioso, que siendo mordaza de sus labios, fuese risa de los nuestros. En mi imaginación fabriqué con facilidad la burla; lo que hallé difícil fué buscar ministros a propósito por cuya ignorancia no se perdiese su ejecución. Tengo yo una casa en la calle de la Manzana, de moderada y apacible habitación, con cuarto alto y bajo, a quien un pedazo de jardín, aunque no ingeniosamente cultivado, sino puesto solamente en confianza del beneficio común de la Naturaleza, hace de más codicia. Habrá ocho días que los moradores que la vivían la dejaron desierta, y aunque la buena opinión que tiene de alegre y saludable me granjeó nuevos inquilinos, que antes que los que la poseían sacasen los pies della, querían entrar a vivilla, dándome los alquileres adelantados, no quise por tenella desembarazada y libre para que fuese teatro del entremés que tenía fabricado. Anoche, que fué domingo de Carnestolendas, dejé en ella a tres amigos, que el uno hacía la figura de un muerto, tendido en el suelo y cubierto de un paño negro y rodeado de varios candeleros de plata, con sus velas amarillas. Los otros dos representaban las guardas que le asistían. Advertiles que les había de enviar allí un hombre, a quien en preguntándole si era don Diego y respondiéndoles que sí, ordené que se saliesen y le dejasen

con el muerto fingido, que siendo un hombre animoso, ágil y de muchas fuerzas, y sobre todo, habilísimo, estaba industriado en lo que había de hacer, y principalmente que le hablase en lenguaje de conocimiento antiguo, dándole a entender que él era un hombre humilde a quien él mató hará dos años sin razón y con mucha ventaja. Yendo yo en busca de mi don Diego el jinete para ponelle con algún engaño en esta ocasión, me sucedió que al salir de mi posada me llevó un alguacil ante uno de los señores alcaldes de Casa y Corte para hacer en cierto negocio criminal una declaración. Resistí fuertemente, diciendo que en aquello que se me preguntaba no sabía nada; pero como al juez le constase de lo contrario, me mandó poner en la cárcel, lleno de justa indignación, y que me encerrasen en la cámara del tormento para que deste modo se tuviese la seguridad que no comunicándome con nadie no avisaría a la parte rea y acusada. Las fuerzas poderosas del favor de un príncipe, mi bienhechor, me han librado a estas horas de la prisión, de donde salgo con deseo de saber hasta qué hora esperaron aquellos amigos, y si creyeron que con hacerles aguardar toda la noche y no enviarles al destinado para paciente, la burla se encaminaba a ellos. Aquí don Diego, reconociendo el origen y fundamento de su precedente desgracia, nacida de su demasiada curiosidad y altivo atrevimiento y del equívoco de llamarse entrambos Diegos, dió parte a don Antonio, con tan buen donaire, como si el caso hubiera sucedido en algún tercero, de su infeliz aventura, aunque no tan infeliz, pues salió sin ningún daño en su persona. Dudaba don Antonio en creer lo que le refería, y pensaba que como lo iba contando la lengua, lo fabricaba la imaginativa, mas asegurándole ser verdad con algunos juramentos graves, y ayudando Marcelo con la autoridad de su semblante y palabras, quedó suspenso y lleno de grandísimo disgusto de ver que la burla se hubiese trocado entre los dos don Die-

gos sin el escarmiento del uno y con la ofensa descubierta del otro. Rogóle mucho que se fuese a cenar con él aquella noche, donde quería, con entretenerle, despenalle en parte de la fatiga de la pasada. Concedió con facilidad don Diego, y Marcelo hizo moderada resistencia por parecerle que las enfermedades graves no se curan de una vez. Llegaron, pues, a la casa de don Antonio, y en ella supieron que el que había hecho la figura del muerto fingido, creyendo que don Diego lo quedaba verdaderamente del espanto, trataba de ausentarse, y estaba escondido en casa de un embajador, donde le enviaron las buenas nuevas en el desengaño; él vino luego a verse con ellos y a ser su compañero en la admiración y en la cena, que fué más alegre que abundante. Don Diego se recogió aquella noche muy temprano, con alabanza de Marcelo y gran caída de los efectos de su natural peregrino.

### AVENTURA QUINTA

Despidiéronse las Carnestolendas, que habiendo sido continuas lluvias impedimento de su pública solemnidad, pasaron sordamente, y con tanto descrédito de su festejada alegría, que presumió que habían dejado entrar en los términos de su jurisdicción a la Cuaresma con tristeza anticipada. Y confirmose más esta sospecha el martes de Carnestolendas, que amaneció en figura de vigilia y obligando al ayuno con el rigor del precepto. Este día, pues, que solía ser apacentador común y hartazgo de los glótones, a quien festejaban desde el pavo (desnudo de la vanidad de las plumas de su rueda) hasta el astuto gorrión, vino cortejado de frías y desconsoladas legumbres, unas, verdes, y otras, secas. En vez del aire y la tierra, que solían honrarle con el acompañamiento de tanta variedad de aves y animales, sustituyó el agua, enviándole, no lo más noble, sino lo más plebeyo de

sus vecinos y habitantes, como si dijésemos el abadejo seco, truchuela del mar, y menos generosa que la que los pequeños ríos engendran, y algún poco de mal besugo escabechado a fuerza de sal, discreto para los bebedores, porque les hacía disculpable la continuación de sus brindis. Algunas lampreas difuntas se vieron en sus ataúdes, porque se mostraban empanadas, y no les bastó el venir tan de disfraz para que no tocasen contra ellas a rebato los dispensereros de ciertos magnates, que las echaron en el precio la pimienta que les faltó en la sazón, enmendando la mano destos sucesores de Judas, el descuido que tuvo la de los pasteleros. Los más dichosos brujulearon un poco de congrio envergonzante, que se daba por los rincones, tan malicioso, que burlaba en la bondad, en el preciso y en el peso. Las anguilas, en figura de culebra, engañaban como el demonio en la de la serpiente. Lo que rodaba en abundancia era la castaña apilada, más propia para examinar la fortaleza de los dientes que para consolar un vientre desamparado. Como entró tan de golpe la Cuaresma, y halló disposición en el ánimo de don Diego, con los precedentes horrores, Marcelo, para templarle los bríos, le redujo tanto a la segura quietud, que parecía una mudanza tan prodigiosa obra de superior artífice y que la mano del cielo tenía mucha parte en la moderación de sus afectos. Oía los sermones atento, humillado y no curioso; buscaba en su obediencia la utilidad de su ánimo; no en su censura la ostentación vana y atrevida del ingenio. Veneraba a los profesores de la divina oratoria, y ofendíase de los legos, que, aunque ingeniosos y agudos, pretendían que tocaba a la jurisdicción de su tribunal el juicio de tan alta materia. Visitaba los hospitales, y más que los públicos y comunes, los secretos y particulares de algunas familias honradas, donde la obligación de la necesidad era clamar socorro a voces, y la de la calidad, perecer en su silencio. Parecíale que en semejantes partes ejercitaba la

caridad de cristiano y la generosidad de caballero. Floreciendo en estos ejercicios le halló la Pascua, vulgarmente llamada de Flores, y prosiguió algunos días, hasta que volviendo a comunicalle ciertos amigos de los de la mala estampa, empezaron a levantarle el paso, convidándole a diferentes cenas licenciosas; verdad es que se recogía de modo que podía levantarse a la mañana tan a tiempo, que seguía el común uso de los hombres. Mas después rompió tanto en esta libertad, que muchos días le coronó la aurora del mismo rocío que a las plantas y flores, siendo incomodidad en él lo que en ellas belleza, porque de semejantes gentilezas le pudieran resultar algunos achaques franceses tan notables, que unas veces se curan sudando agua mansa, y otras, bebiendo agua fuerte. La noche tan celebrada del santo, que de las redes pasó a las llaves, y de pescador a pastor, vistióse de nuevo su instrumento, con trastes y cuerdas, que él le puso de su mano, gozando ella misma en el de lo propio que le había dado, tocándole suave y provocando a la voz a que entonada y sonora pronunciase estos versos:

*Aquel príncipe infeliz,  
Marte cristiano y valiente,  
Sebastián, que en Lusitania  
fué el último de sus reyes.*

*Que a los reyes de Castilla  
grandes hados les previenen,  
nuevo Imperio, aunque con llanto,  
que más se perdió en perdelle.*

*Este, cuyo nombre pudo  
navegar ondas rebeldes,  
a dar a la India asombro,  
en voz de sus portugueses.*

*Tan hijos de sus hazañas,  
y tan padres, que se advierte,  
que ellas ser dellos debían,  
como ellos ser dellas deben.*

Que aun las fábulas antiguas,  
que dudaron de creerse,  
medidas con sus trofeos,  
pequeñas sombras parecen.

Que en aquél pasado siglo  
no pudo, aunque más lo intente,  
tanto fingir el ingenio  
como ellos obrar en éste.

Este, pues, monarca insigne,  
poner en Africa quiere  
con más gloria sus banderas,  
aunque parte en ella tiene.

Quiere pisar todo el orbe,  
y al cielo subir se quiere,  
que tiene un alma tan grande,  
que estrecho el mundo le viene.

Al Africa desalta,  
que con ser la madre ardiente  
de leones coronados,  
ya le venera y le teme.

Ella enseñada a sufrir  
tantas iniurias celestes,  
que herida de eterna llama,  
aun sus arenas se encienden.

Mas los rayos de su mano  
recela, que los que vierte  
aquel padre de las luces  
que un Sagitario parece.

Considera que es su espada  
castigo de los infieles,  
y que por serlo ella tanto,  
derribar su Imperio quiere.

Ya Sebastián orgulloso  
todas sus fuerzas previene,  
para tanta empresa cortas,  
mas su ánimo no se vence.

Sangriento cometa nace  
allá en la región celeste,  
escándalo de los ojos,  
que aun a mayor daño aprehenden.

Presumen que son del mundo  
los últimos accidentes,  
y que la común caída  
de los mortales se ofrece.

Los pródigos judiciarios  
bien lo que ha de ser previenen,  
mas con lisonjeras plumas  
a las estrellas desmienten.

Dicen que todo aquel daño,  
que turbado resplandece,  
entre aquella luz oscura,  
temerle el Africa debe.

Ya el ejército camina,  
y su rey, a quien parece  
que contra el sol africano  
sombra él sólo hacerle puede.

La batalla fué sangrienta,  
porque aquel campo a ser viene  
entre reves, de tres soles  
un prodigioso Occidente.

Allí espiraron tres luces,  
aunque vive y luce siempre,  
Sebastián pisando estrellas,  
honor que a su fe se debe.

Las arenas africanas  
con su sangre se ennoblecen,  
que si ella le adquirió el cielo,  
el precio del cielo tienen.

El sol, aún más ambicioso  
que otras veces salir suele,  
nace, y su púrpura roja  
dorar hácido pretende.

Vuela a Portugal la fama,  
que con exequias solemnes  
ilustra su sentimiento,  
y a los hados rebrehende.

¡Oh sed de Imperios, cuán grandes  
daños encubiertos tienes;  
la humildad es mi sagrado,  
que ni presume ni teme!



Empezando su silencio en este último acento, oyó las once del reloj más vecino, que aunque le parecieron algo apresuradas, y que había alargado el paso más de lo razonable, juzgó ser tiempo de llegarse al sitio de las vayas, campaña donde se escaramuzan los gracejantes cortesanos, vulgarmente llamado el prado, y con mayor propiedad lonja, donde se ferian placeres de Venus, indecente contratación, y mucho más allí, por hacerse entre fuentes murmuradoras, que aun el saber que tienen de su culpa testigos tan mal sufridos, no basta a ponerles freno. Privó a la lengua de oficio y aplicó los oídos, gozando deste modo entretenimiento, si no todas veces muy honesto, ninguna a su costa. Bajó un coche tan mesurado como si a las doce del día pasara la calle Mayor, y en él un mozo en el estribo, tan falso de voz, que era falsete; traía una guitarra desaliñada, a quien él manejaba con poca destreza, osó cantar delante de auditorio tan licencioso, que le pagó el buen deseo con tantas injurias que le enmudecieron y aun le desterraron de aquel lugar. Era padre del infeliz señor que presidía en el coche; infeliz señor o muy bienaventurado, pues a costa de su hacienda sustentaba en su casa aquel martirio, que si lo había elegido por mortificación, podía prometerse inmortal corona. Otro compañero suyo, notable bachiller, grande persona de abrir cuellos y aun cabezas, quiso salir a la defensa, y entre las palabras mayores que dió a los de la facción contraria, fué llamarlos maridos a lo moderno y tratables en mujer. Rieronse de la gracia, aunque alguno pudiera llorar por lo que le habían lastimado con ella, cuando de improviso mudaron todos lugares, porque más abajo de aquel asiento oyeron que una voz, a lo que parecía de mujer, y de las comprendidas en la fama de buenas cantoras, enmendaba lo que el padre había delinquido, cuyos dulces acentos se hicieron con la compañía destes versos de más agradable estimación:

La más lucida y curiosa  
serrana de Manzanares,  
lucida por la belleza,  
y curiosa por el traje.

Los donaires de su boca,  
los colores del semblante,  
los aliños del vestido,  
igualmente son donaires.

Entendida y apacible,  
unión feliz y amirable,  
entendimientos suspende,  
y cautiva voluntades.

Por vengarse la fortuna  
destas milagrosas partes,  
que la ofenden perfecciones,  
la condena a soledades.

Soledades de un dichoso,  
que mereció que le amase,  
aunque para tanta dicha  
¿qué méritos son bastantes?

Dan ocasión a que inquiete  
el silencio destes valles,  
con apacibles suspiros,  
sonoro incendio del aire.

Las rosas de sus mejillas,  
donde viene a eternizarse  
el abril, que en los jardines  
al tiempo que muere nace.

Vertiendo perlas sobre ellas  
sus auroras agradables,  
hace de su sentimiento  
corona a beldad tan grande.

Sus lágrimas bebe el río,  
creyendo que ha de aumentarse  
cuando experimenta fuego,  
las que él presumió cristales.

Escuchad cómo se queja  
sobre las flores del margen,  
que siendo corona, al agua  
estrado a sus plantas hacen.

*Estas aguas me ofenden, siempre sonoras,  
porque cuando se ausentan van tan gozosas.*

*Tampoco saben de amor  
estas heladas corrientes,  
que con ir a verse ausentes,  
corren sin mostrar dolor,  
¿qué huían con tanto rigor  
de su claro nacimiento?  
Su falta de sentimiento  
a sentir más me provoca,  
porque, etc.*

*Bien se les vé que nacieron  
de una piedra dura y fría,  
pues que con tanta alegría  
della ausentarse quisieron.  
Mi vista alegrar pudieron  
con sus lucidos cristales,  
mas sus efectos son tales,  
que justamente me enojan,  
porque, etc.*

*Aun su misma claridad  
es la que más las culpó,  
pues huyen de quien las dió  
tal lucimiento y beldad.  
Yo, que en la riguridad  
padezco de tanta ausencia,  
cuando miro su violencia,  
las juzgo alevés, o locas,  
porque, etc.*

Fué tan agradable y apacible su canto, que aunque el insolente y plebeyo auditorio la celebró con admiraciones, cercaron el coche muchos, y alguno tan libre, que se hizo peso del mismo estribo donde ella estaba cantando, que debía de tener licencia para hacello, pues que se lo consentían y callaban, así ella, como una madre gruñidora que estaba a su lado, que untada como las ruedas del coche, rodaba mansamente. Competían la empresa algunos mozuelos poco escarmentados, y entre ellos uno sangriento, amante muy amigo de

hacerlo luego pesadumbre, dando con la publicidad de sus hechos ocasión de entretenimiento al vulgo. Este, que bajó más tarde en seguimiento de la dama cisne, recibió con enojo el ver al otro tan dueño, y más a la vista de tanta publicidad, comunicó el caso con don Diego, que era su amigo, y con quien allí se había encontrado, que le apeó con industria de todas aquellas fantasías y sosegó la tempestad, a quien encomendó su guitarra, porque le fué forzoso retirarse a una necesidad precisa. Importunada de la voz común, quiso la dama cantar segunda vez, y saltándosele al instrumento la prima, el amigo de don Diego y su amante llegó a ofrecerle la guitarra que tenía, a quien el otro se le opuso, porque desarrimándole del coche, le detuvo el brazo y le impidió. El mozuelo, que siempre andaba prevenido de cólera fogosa y manos ejecutivas, dejándole caer el brazo con la guitarra, se la hizo astillas en la cabeza, donde sonó menos suave que solía en las manos de don Diego; desnudó luego su espada, y con ella salieron en público las de todos los circunstantes, y entre ellas las de ciertos alguaciles, que estaban allí con prevención prudente, porque en noches semejantes suceden inquietudes, que si no se remedian con tiempo, tal vez manchan la alegría común con sangre de los mejores ciudadanos. Mientras éstos desarmaban y prendían a los que más les parecieron ser culpados, el coche, origen y motivo de la pendencia, como era cantor, siguió una fuga tan a tiempo, que cuando quisieron echarle mano los ministros de justicia, tirado con velocidad de cuatro animosos caballos, ya estaba en el río. Cuando volvió don Diego en busca de su guitarra y no halló allí al amigo a quien había hecho della la entrega, recibió grande pesar; aunque considerando después que estaba en manos tan seguras, se consoló, esperando cobralla la misma noche o el siguiente día, bien que advertía que la misma excelencia del instrumento le hacía más peligroso, porque era de los eminentes en el arte codiciado,

y que estas cosas no se pagan con la estimación del dinero, porque no todas veces los artífices aciertan a obrallas con igual perfección. A este tiempo, roto y desmembrado estaba en manos de uno de los jueces superiores del crimen, que siendo informado confusamente del caso, acudió a la averiguación del delito y cura del herido, que nunca pudo declarar el nombre del que le ofendió, porque no le conocía, ni los alguaciles, aunque más diligentes, acudieron a prendelle, lo consiguieron, porque embarazados de tanto número de espadas como llegaron, sin noticia del autor de aquella cuestión, hicieron presa en los que primero hallaron y no en quien más debían culpa del mismo caso, y no de los ejecutores, pues en confusiones semejantes no pueden los ministros de la justicia proceder tan atentos como solícitos. La herida desagradó al juicio de los cirujanos doctos, y la declararon por peligrosa y digna de cuidado. Don Diego esperó dos días su guitarra, y viendo que no se la restituía, buscó al amigo en cuyo poder la puso, que supo haberse ausentado sin que se le diese la causa ni con ella noticia del tiempo cuando volvería. Quejoso del mal trato, se recogió aquella noche más temprano que muchas. La herida se iba haciendo cada día de mayor estimación en el miedo de los que la curaban, y esa ponía en más gran cuidado al juez, por ser el herido deudo de un ministro superior y a quien se deseaba dar satisfacción. Un escribano con ojos más de águila que de gato, aunque algunos son tan limpios que pueden, a imitación della, mirar los rayos del sol de la justicia cara a cara, discurriendo sobre el negocio, recorrió a ver las ruinas de la guitarra, por si hallaba en ellas el nombre del dueño, o por lo menos, el del artífice (que siempre en los instrumentos excelentes se pone para ornamento de la posteridad, que la vanagloria de los hombres, aun en tan débiles memorias, quiere constituir su fama). De los dos nombres, ya que no halló el de la persona para quien se había labrado, descubrió el

del artífice, a cuya casa se fué, y mañoso y astuto les tomó a él y a sus oficiales su declaración de improviso, que todos contestando dijeron ser de don Diego. Acompañado de dos alguaciles, los llevó ante el juez, donde volvieron a confirmarse en sus dichos, y entonces se escribieron, porque en su presencia tuviesen mayores fuerzas y autoridad. Tomáronles juramento de que guardarían secreto en todo lo que les había pasado, y que no avisarían a don Diego por sí, ni por tercera persona, poniéndoles por pena aquellos doscientos, que se dan siempre sin voluntad del que los recibe, y cuatro años de paseo por la mar. Parecieron que con esto habían llegado al verdadero conocimiento del delincuente, y que los indicios eran suficientes para apretalle los huesos si acaso el herido retiraba la vista adentro y se dejaba servir (hecho fiambreira) a los gusanos poltrones de su sepulcro. Buscaron con esto muy a lo sordo, por no poner en cuidado con sus sospechas, la casa de don Diego, y en habiéndola sabido, avisaron al juez por cuya cuenta corría la averiguación de aquella causa, y por común consejo se determinó que la noche siguiente se fuese a ponerle en debido recogimiento, y juntamente se le embarazasen los bienes domésticos con un embargo riguroso. Un mozuelo sevillano, cerrado de lengua, gran persona de equivocar las ss con las cc, oficial del violero artífice de la guitarra, que fué uno de los comprendidos en la declaración, atento a que estaba calzadas para Sevilla las espuelas, burlándose de la promesa de los doscientos, por correspondelle a don Diego, a quien reconocía muchas obligaciones, le dió aviso de lo que contra él se maquinaba y del estado miserable en que se hallaba su instrumento, de quien hacía justamente suma estimación; entendió cómo le habían hecho cuartos en los cascos de aquel hidalgo doliente, por donde vino a inferir, así deste destrozo como de la ausencia de su amigo, todo el caso. Sintió la pérdida de la guitarra mucho, y la del ausente

amigo más por ser por una causa de tanto cuidado y que le había de traer eternamente desterrado destes reinos, si el que tenía los sesos a la vista de sus amigos sacaba pies de la cama y los metía en la sepultura. Indignábase don Diego contra el escribanillo malsín (así le llamaba él), bien que sería con el desprecio engendrado de injusta cólera, y luego, aumentando razones a razones, seguía diciendo: ¡Oh plumas, peste de la República!, no es posible sino que os halláis violentas en manos de tales hombres, viendo vuestra inclinación torcida, porque vosotras, en las alas de las aves, donde nacisteis y os criasteis, tuvisteis siempre por asunto volar a lo más superior, y solicitar, rompiendo el aire, la vecindad del cielo, y en manos de tales hombres, obligadas de su opresión, os abatís siempre a lo más ínfimo, como quien da pasos en la pretensión del infierno. ¿Cómo que a mí se me ponen asechanzas? ¿Contra mí se arman lazos? ¿Posible es que se permita que ande mi nombre escrito de letra procesada entre uno y otro? ¿Item más dijo este testigo? ¿Mis acciones han de ser censuradas aun de aquellos escribientillos portadores de procesos, y proceso vivo, porque cada uno forma los delitos a su arbitrio, y tienen tanta inventiva, que pesan más sus aumentos que la verdad de la culpa? ¡Al arma, al arma, pensamiento mío! Discurrid en la venganza y afilad los instrumentos que os parecieren convenientes contra esta lámpara de Bercebú, en cuyo servicio arde y a quien sacrifica la luz de sus escritos, si luz puede haber en aquellos que sólo procuran asombrar y anochecer el día de la fama de los virtuosos. Mas sin duda que mi cólera, provocada de tan justa razón, me tiene loco, pues no veo que mientras más trato desta venganza me dispongo a mí propio mayor injuria. ¡Oh desvanecimiento digno de risa y desprecio! Que presumiese yo tanto de mis fuerzas, que las intentase oponer a las de un escribano satírico y acriminado; aquí es menester consejo, no de los amigos alegres y tomajones, no

de aquellos sonajeros y danzarines, ni de los otros perturbadores de la quietud común, valientes por oficio, revendedores de chirlos, y tratantes en paños y puñaladas, y al fin carniceros de carne humana, sino de un varón grave y modesto, templado en sus acciones, y atento en sus discursos, que aconseje con amor lo más útil, y de lo más útil, lo que estuviere más pronto para poder ser remedio. Mas, ¿qué busco, si dentro de las puertas de mi casa tengo verdadero asilo y seguro sagrado? Así dijo, cuando, sin embarazarse de la dilación, porque la brevedad del tiempo pedía ejecutivos remedios, se fué a su posada, y en ella refirió a Marcelo el estado en que se hallaba su persona, que respondiéndole con las obras, juntó el mayor número que pudo de compadres del trago y hermanos de la carga, propiamente llamados ganapanes, y con mayor propiedad engullevinos; con éstos desapareció toda la hacienda, trasladándola a casa de un embajador vecino y guardándola en los aposentos del secretario, que era muy su íntimo confidente, nacida esta amistad de ser los dos profesores de las buenas letras y curiosos de libros extraordinarios y doctos. Negoció que le diesen allí a don Diego un aposento solo y bien acomodado, viniéndose él a hacerle compañía por excusarse deste modo que no cayesen en su casa la furia de los primeros rayos de la justicia, pues por lo menos, mientras pareciese el verdadero delincuente, había de padecer su persona, por ser la más indiciada, y con ella su hacienda, la una, graves molestias, y la otra, muchas pérdidas. No le pesó a don Diego de la retirada; antes así como entró en casa del embajador, se fué a la despensa, y haciendo allí un brindis general a todos los valientes retraídos, desarmaron un cuerpo, que, desangrado como el que había perdido los espíritus vitales, quedó difunto; sacole Marcelo de aquel vinoso tribunal, y llevándole al aposento del secretario, que tenía mucho deseo de oírle,

hizo que le pagase el hospedaje cantando estos versos :

*La cumbre desvanecida  
de Guadarrama soberbio,  
primer paso de la aurora,  
segundo Atlante del cielo.*

*La que vestida de nieve,  
se halla tan vecina al fuego,  
que es campo de dos contrarios  
por naturales opuestos.*

*Pasaba aquel gran monarca,  
cuyo dilatado Imperio  
tiene al sol siempre ocupado,  
porque es su ministro eterno.*

*Que es el término tan grande  
de sus prodigiosos reinos,  
que cuantos pasos da el sol  
se emplean en favor dellos.*

*A las riberas camina  
de Pisuerga, en cuyo ameno  
campo abril derrama flores,  
que allí nunca es avariento.*

*Manzanares, que le pierde,  
no en la parte del gobierno,  
sino en la de la presencia,  
busca en llorarle su aumento.*

*Haciendo corte a este sol  
van infinitos luceros,  
que a no estar en su presencia,  
era sol el menor dellos.*

*Más desvanecido al monte  
le tiene el saber, que ha puesto  
sus reales plantas en él,  
que el dar a tantos asiento.*

*Pisuerga, que tributario  
de las corrientes del Duero,  
camina en su compañía,  
a ver en el mar su centro.*

*Coronado de espadañas,  
hijas que dél procedieron,*

*que si son ornatos pobres,  
ser propios los da más precio.*

*Levantando la cabeza,  
oyó que en coros diversos  
así sus ninfas cantaban,  
obedientes a los cielos.*

*Si a estos campos tan varias luces componen,  
pues los visten estrellas, desprecien flores.*

*Estos campos, que solían  
lograr en la primavera  
tanta flor en su ribera,  
que eterno abril parecían,  
aunque tal pompa tenían  
con las galas del verano,  
que al invierno no más trano  
quitaron triunfos y honores,  
pues, etc.*

*Este sitio venturoso,  
donde con voces suaves  
se juntan pintadas aves  
a un ejercicio glorioso,  
adonde nunca está ocioso  
el ruiseñor siempre amante,  
que esta beldad elegante  
a cantar más le dispone,  
pues le, etc.*

Quedó el Secretario del embajador tan agradecido, y aficionado a don Diego, que con su amparo las diligencias del escribano se vieron burladas, sus pasos corridos, y todas sus plumadas en seco. Dentro de pocos días reconocieron los cirujanos mejoría considerable en la herida, cuyas nuevas llegaron a noticia del caballero ausente, que fué su autor, y justamente como por su causa andaba don Diego inquieto y fuera de su casa, padeciendo porque no padeciese, y excusando el culpalle. Salió de su patria, donde se había retirado con mucha priesa, y llegó a Madrid, cuando ya estaba bueno y libre de peligro el caballero casquirroto, presentóse en la cárcel de Corte, confesándose

por el delincuente, y declarando la descortesía con que fué obligado a semejante rompimiento. El herido no quiso querellar, sólo se mostró duro en hacer las amistades, porque, decía, su ofensor le había de dar cierto modo de satisfacción por escrito con algunas condiciones pesadas, en que el otro no venía, y obligábanle a ello fundamentos cuerdos, y el consejo de sus amigos y deudos, que aun de que se le hubiesen propuesto se hallaban tan injuriados, que se pudiera temer que la composición del disgusto pasado abriera puerta a otros nuevos, y no menores. Los jueces le sacaron de la cárcel y le pusieron en su casa preso con dos alguaciles de guarda, y a su contrario, que ya se levantaba y convalecía, le estrecharon con el mismo rigor para obligalle a que se redujese a un tratado de paz, que corriese igual con el decoro de entrambos. Personas de mucha autoridad, unas por la sangre y otras por la religión y venerables costumbres lo solicitaban, y nadie lo consiguió mejor que la misma dama cantora y encantadora, en quien se había originado la pendencia, dando palabra el amigo de don Diego de que desistiría de aquella empresa y le dejaría el campo libre. Con esto se vieron en la casa de un gran señor, en cuya presencia, y de muchos señores y caballeros se dieron las manos, y después comieron juntos. Don Diego, aunque pudiera volverse a su casa seguro y libre de los pasados, aunque justos temores, perseveró algunos días en la del embajador, donde fué visitado de su amigo, que en correspondencia de lo que por él había padecido, le hizo muchos regalos y presentes lucidos. Deseaba saber Marcelo la causa porque don Diego se detenía tanto en aquel retiramiento, y sospechaba, como era hombre poco quieto, que habría después que en él se hallaba cometido nuevas travesuras, que le necesitasen a proseguir en valerse de su amparo; intentó manifestarle el pecho por varios medios, y halló siempre cerradas todas las puertas. Viendo, pues, que en don Diego se

suspendía la determinación, y que aquella casa era muy inquieta para sus estudios, por estar estrecho y entre gente licenciada y libre, se conformó con dejarle, y volverse él solo a su casa, donde le hallaría siempre que le quisiese, partido que don Diego aceptó no sólo con sereno semblante, sino con palabras gustosas y agradecidas. Era don Diego de su naturaleza inclinadísimo a las venganzas, y quería que éstas tuviesen aparato y ostentación, para que con esto, siendo más agradables, fuesen más públicas y comunes en las bocas de todos. Parecíale que no cumplía con su ánimo, si no tomaba algún modo de satisfacción de las demasiadas diligencias que tuvo aquel escribano en buscallo la persona y hacerle delincuente en culpa donde se hallaba con tanta inocencia. Admirábase de la malsinidad de aquel pecho dañado, y así hizo juramente la noche que entró en casa del embajador, de que de cualquier modo que aquel negocio feneciese, aunque se acabase con buen suceso, no se había de dar por satisfecho, ni salir de aquel retiro, hasta tomar dél entera venganza. Para esto se brindaba con todos los valientes de aquel paraje por tenellos obligados. Y últimamente, cuando le pareció que sería bien señalar el modo, y determinar el día, los convidó a cenar. Eran con él siete de mesa, y decíase que entre los seis (porque él en esta parte era templado) se habían bebido un pellejo de cuatro arrobas. Los brindis fueron particulares y dignos de conmemoración; si no todos, diré algunos. El primero se hizo a la salud del mayordomo del señor embajador, que los tenía en aquella casa, y los amparaba contra los terremotos de la justicia. El segundo, a la del magnífico don Diego, que pagaba el vino, porque muchos años se conservase en gastar su hacienda en tan loables costumbres. El tercero, a la de los procuradores y abogados, porque entre tanto número de chusma, como la que asiste en las audiencias del crimen, son solos los que defienden a los reos. El cuarto, a la de

los médicos, porque igualmente como ellos trataban de matar, aunque con menos riesgo de sus personas y más certidumbre de que siempre que lo emprendían mataban. El quinto, a la de los ropavejeros, que transformaban con toda velocidad las capas y ferreruelos, que ellos quitaban en calzones y ropillas. El sexto, a la de los venteros, que los reciben y dan posada por los caminos, y, ayudándolos a hacer sus hurtos, después los encubren constantemente en ellos. Así prosiguieron con otros muchos que nos dieran más ocupación de la que conviene, y nos apartaran del asunto principal si hubieran de referirse. Alegrose aquel bacanal senado, cuyos bigotes esponjosos habían bebido lo que bastara a satisfacer la sed de otros moderados bebedores. Determinaron que la noche siguiente se le hiciese un espanto con escándalo suyo y de toda la vecindad; que fué de este modo. Las paredes de un corral de la casa donde vivía el mísero condenado caían a una callejuela; por éstas saltaron cuatro vestidos en la figura formidable de los demonios, cuyo ruido despertó a un mastín, que en él dormía, y sus ladridos al escribano infeliz, que haciendo salir a un criado suyo a ver lo que podía ser, halló aquellas cuatro sombras horribles, a quien vió más de lo que quisiera, porque tenían en las manos cuatro hachas de pez encendidas. No pudo volver con la respuesta, porque del miedo quedó en el suelo por largo tiempo desmayado. Entráronse ellos por la puerta que él dejó abierta, hasta llegar a la cama, donde con su mujer estaba aquel dañado papelista, que como los acogieron al primero sueño, medio dormidos, hicieron concepto de que serían los mismos que representaban. La mujer, como siempre son más flacas, con el horror perdió los sentidos. El hidalgo por quien se hacía la fiesta quiso hablar, y al fin lo consiguió, llamando el nombre de Jesús y santiguándose; mas a este tiempo ya ellos le habían dado una gentil vuelta de azotes, pero huyeron con mucha velocidad para

dejarle confirmado más en la sospecha con que infaliblemente creyó que eran demonios, pues sólo por medio de la invocación de tan alto nombre y de tan santa señal, pudo vencellos. Amaneció rendido de una calentura grave, que prosiguió tantos días, que dió bien pesada ocupación a los médicos más doctos, acompañándole su mujer, que aunque sanó más presto, llegó aún a verse en más descubierto peligro. La vecindad, y aun todo el pueblo en general, por donde se extendió el caso, hizo mal concepto de aquel hombre, porque él mismo se infamó con referille. Parecíales a todos que no en vano le había castigado el cielo por medio de los verdugos del infierno. Don Diego quedó muy gustoso de haber tomado tan larga satisfacción, y mucho más cuando entendió que en el lugar le llamaban por mal nombre el escribano endemoniado. Redújose, al fin, con esta venganza al silencio de su casa, donde pasó algunas noches estudioso, modesto y corregido. Algunas dije, tan pocas que apenas son capaces de número, porque la tercera ya pisaba las calles. Grande atrevimiento, pero no fué menor el suceso. La codicia de los lectores quedará satisfecha con la narración de la aventura sexta, que previene la pluma fácil, esparcida y animosa. Mas en campo de tanto viento, no una pluma, sino muchas habían de volar; mas cuando el viento es tal, el vuelo es abatimiento, y el subir despeñarse.

### AVENTURA SEXTA

Ya los embajadores del sueño, que el vulgo llama bostezos, habían notificado al sol que se recogiese a su lecho marítimo, que sólo él, que es tan ardiente, pudiera sufrir cama tan húmeda, cuando nuestro don Diego, mal discípulo de sus experiencias, quiso la noche tercera buscar nuevos peligros, o salir a entregárseles al paso, porque ellos le buscaban. Brindole la noche tuerta de

todos sus ojos, porque apenas había estrella que no estuviese sitiada de alguna nube. Antes de empuñar la pluma en nuestra narración (porque aunque el de una pluma parezca liviano empeño, es muy importante) tenemos mucho que advertir, y es el caso que en Sevilla un hombre que blasonaba de día caballerosa ostentación con el traje y con las obras, alargaba de noche las uñas, siendo águila en todos tiempos, de día en mirar al sol con tanto atrevimiento, y de noche en lo rapante de sus robos. Descubriósele la primavera de aquellas flores, y en conociéndole volvió las espaldas por librarse de que le hiciesen labor en ellas. No quiso que la penca del corrector público, arado de viles tierras, se las cultivase, dando el utilísimo fruto de los escarmientos, en tantos sembrado y cogido de tan pocos. Habíase llamado hasta entonces don Diego con apellido no dudoso; pero, por los efectos, después de su fuga, los censores, ociosos mastines de la república, que muerden en los vicios de todos, con enmienda apenas de uno, le llamaron don Diego de Noche. Viose el mundo con dos don Diegos, y entrambos deslucidos con el apellido de la noche, bien que este efecto nacía en ellos de diferentes causas, que parece que ya era en don Diego fatal decreto el peligrar con la equivocación de su nombre, aunque esta segunda vez se vió en tanto mayor aprieto cuanto es más estimado entre los espíritus generosos el honor que la vida. El trasnochado don Diego andaluz, por desmentir espías y asegurar sus pasos, cuando se puso de espaldas con Sevilla, sembró en la voz pública que caminaba a Madrid, teatro de prodigios y dulce sirena de sábios y viciosos, unos suspendidos en tanta ocurrencia de sucesos varios, y otros tiranizados de tanto mentido deleite. Lo cierto es que se fué a Granada a ver en sus campos la eterna y constante servidumbre, con que los adula y desvanece la primavera, o por parecerle que entre tantas flores tendrían las suyas lugar o fiado en el agrado común de

sus naturales, que con liberalidad fertil y resolución gallarda festejan y patrocinan los forasteros. Un hijo de un mercader sevillano, engañado de la voz pública (que con ser mercader se dejó engañar), empeñó pasos en su seguimiento, trasladándose a Madrid con velocidad, abreviando leguas en las mulas de alquiler de los correos, como si dijésemos postas, con no pequeña queja de sus huesos y aun de su estómago, que tal vez dando arcadas restituía aún más de lo que había recibido. Venía éste por hacerse pagado del don Diego caco, si no en todo, en parte de unas sortijas bien empedradas que le había robado; bien empedradas dije, y sin delito de la pluma, porque resplandecían en ellas los diamantes brilladores, o soles alcahuetes, así los llamo, porque con su luz han sido terceros para la ejecución de muchas culpas sensuales, siendo sus resplandores sombras y su estimación desprecio. Cobrar quisiera el mercader joven sus piedras en un lugar que es todo pedreñales, que si se hubiera de juzgar su valor por la necesidad y no por la ambición humana, fueran preferidos a los diamantes. Llegó, pues, a Madrid esta misma noche que hemos pintado, aturdida y ceñuda, y en que nuestro primitivo y verdadero don Diego, mal escarmentado de los sucesos izquierdos de la pasada, salió en campaña a verse con la fortuna, y a darse con ella otros dos encuentros de lanza. Quédese el tal mercader hospedado en la calle de los majadericos, donde sus criados le hicieron el aposento. No sé si fué pulla del que le sirvió de aposentador acomodalle en semejante calle. Volvámonos a nuestro principio, y prosigamos con lo que arriba queda propuesto y mal digerido. El fin de salir don Diego aquella noche atropellando inconvenientes, fué por verse con cierto requiebro, con una mujer casada, moza de buen brío en el pisar de los pies, y de mayor esfuerzo en el tomar con las manos, mal ministro de amor, porque se sobornaba con mucha facilidad y le vendía todos sus secretos. Rin-

diola, interviniendo en los conciertos una embajadora anciana, cuyas tocas blancas, representando castidad, solicitaban su ofensa. Los capítulos fueron: Que se fuese a ver con ella aquella noche entre doce y una, y que le llevase dos sortijas de diamantes, que ella le había visto algunas veces en las manos, joyas que él estimaba en mucho por haberlas heredado de su madre; pero ¿qué no atropella la sensualidad cuando se enciende con todos sus bríos? Que se vistiese en traje de hombre ordinario y vil, porque si acaso al entrar, o al salir, su marido, que era escribiente y rondaba de noche con el teniente, de cuyo oficio don Diego estaba ignorante, como del conocimiento de la persona, le encontrase, le pudiese decir que era un peón, que le había despachado su madre, que estaba ausente, y para esto le envió una carta que aquel mismo día había recibido della, que la volvió a cerrar, echándola otra cubierta para que si se ofreciese sirviese segunda vez en la ocasión. Que entrase por detrás de un corral, saltando una tapia baja que caía al campo, y abriese, con una llave maestra que le envió, la puerta de un jardín, y después las de los demás aposentos, hasta llegar al suyo, donde la hallaría sola, y dispuesta a la ejecución de su voluntad. Obediente a todas estas leyes, salió de su casa don Diego, a más de las doce de la noche, con todas las prevenciones de las sortijas, llave maestra y traje vilísimo. Diose prisa por llegar a la calle de la bellísima salteadora que le robaba por su voluntad, y al entrar en ella oyó ruido en una casa de la vecindad, que obligó a su ánimo curioso a buscar su origen. Entró en el zaguán y halló un hombre que estaba escribiendo, otro que le alumbraba con la luz de una linterna, y algunos que los cercaban, cuáles vestidos y cuáles medio desnudos, envueltos en sus ferferuelos. Estúvoles espiondo sin que le viesen, poco tiempo, y lo que entendió fué que en aquella casa se había hecho un robo aquella noche y que los

dos, uno que escribía y otro que alumbraba, eran alguacil y escribano, que examinaban a los circunstantes vecinos de la casa misma, y algunos dellos interesados en el daño del hurto. Al tiempo que ya don Diego se iba, volvió el rostro el uno dellos, y dijo: ¿Quién va? El, por no ser reconocido, apresuró el paso engendrando esta solicitud sospechas que obligaron a los corchetes, galgos del alguacil, a seguille, y bien galgos, porque eran mulatos, que juntándoseles a esto el ser corchetes, era un engendro de perros y gatos. Cuando se vió seguir y que decían a voces altas: ¡Al ladrón, al ladrón!, volvió el rostro, y a un mismo tiempo dijo: Mentís, y desnudó la espada, y cerrando con ellos, a uno de los mulatos, el más atrevido, le dió lo que llamamos pan de perro, porque el don tuviese propiedad; pero como eran tantos, no le bastó el trasladar a sus brazos los últimos esfuerzos del corazón, para no quedar herido y preso. El mismo era contra sí fortísima información. No trafa cosa en su persona que no fuese testigo evidente de aquella culpa falsa de que le acusaban. El traje decía con el hurto tanto, que parecía que se le había puesto para robar, y así era, que el del honor hurto es, y el mayor de todos. Reconociéronle las faldriqueras, y hallándole la llave maestra y los diamantes de las sortijas, dió aumentos a su mala opinión. Entregáronse en las sortijas el escribano y en la llave el alguacil, y oyéndole con mucho desprecio que decía que era caballero y que él diría su nombre al señor teniente, a quien daría bastante razón de su persona, le hicieron causa de ladrón, escalador de casas y de resistencia a la justicia, y, maniatándole, dieron con él en las bóvedas de la cárcel, donde careándole con dos de los verdaderos ladrones que habían hecho el hurto, como le oyeron decir que era caballero poderoso y rico se determinaron a hacerle cómplice, y así lo declararon en sus confesiones, fundadas en que si era verdad lo que él decía duraría más tiempo la reso-

lución de la causa, y podrían salir a sombra de su favor y dinero, ya que no sin castigo, moderada la pena. Cuando vió don Diego que los mismos en cuya declaración puso la esperanza de su libertad, le culpaban injustamente, dió gritos como un loco, dió gritos muy como quien era, que quien se arriesga a tales peligros, ya está sin juicio. Amaneció la mañana siguiente con esta novedad, y corriendo la voz por la corte de que don Diego de Noche estaba preso, acudieron muchos amigos a dar satisfacción de su persona, a quien aun verle no les permitieron, que admirados se volvían oyendo decir en la plazuela de la Villa que le habían cogido con el hurto en las manos a un hombre noble y rico y, por tantas razones, acreditado. Como la fama del caso postease por la corte, y llegase hasta la calle de los majadericos a noticia del sevillano mercante, creyendo que el don Diego de Noche preso era el mismo que él buscaba, dándose a la prisión deste engaño con no poco fundamento, porque se decía haberle hallado unas sortijas de diamantes, acudió a dar su querrela, embargando la persona y las joyas, valiéndose del favor de una mano poderosa, para que esto tuviese ejecución eficaz. Crecieron las hojas del proceso y el número de sus culpas, y más cuando el escribanillo reconoció ser la llave maestra de su casa, y por haberle hallado en su misma calle concibió sospecha de que era su intento, en acabando aquel hurto, irle a hacer a él otro, si no aquella noche, la siguiente, o en la que hallase mejor disposición. De todo hizo bien informado al juez, que era un bonísimo licenciado, muy colérico a las primeras vistas y blando en el golpe de las resoluciones; mas, solicitado de la importuna diligencia del escriba querellante, tomó la confesión a don Diego, que ingenioso y honrado, palió el caso de modo que no puso en la calle la honra de aquella cuyo esposo le provocaba al vómito de su infamia. Estaban las cosas

en este estado, cuando por la solicitud de los amigos fué don Diego remitido a su juez, donde el inquieto y malintencionado plumista acudió a ser el principal ministro de su persecución. Por medio de la vieja embajadora avisó don Diego a la mujer para que procurase divertir a su esposo de aquel intento, o si no, que sería fuerza que se defendiese con ofensa de entrambos. Ella divertida o socarrona, hizo poco esfuerzo y quiso asegurar más las joyas que su fama. Hasta entonces el caso estaba confuso, porque nadie sabía lo oculto de su profundidad. Mas viéndose don Diego oprimido y ultrajado, lo desnudó todo en presencia de un amigo cuerdo, a quien por su prudencia le juzgó digno de esta revelación. Este, considerando bien los achaques de la condición de aquel maridete perseguidor, discípulo de Vulcano, en cuyo crédito no se aventuraría nada, y mucho en el de don Diego, hizo que, corridos todos los velos, diese una satisfacción lucida de su honra. Depuso la vieja trujamante lo que en esto sabía. Presentose la carta maternal, que ella le había enviado y don Diego se olvidó en su casa. Diósele con esto comunicación pública a don Diego, y careándose con él la persona del sevillano, huésped de los majadericos, y mayor majadero en haberse fiado tanto de sus esperanzas, confesó ingenuamente no ser el que buscaba. Presumieron todos que aquel maridista trapacero había de embazar con el descargo de don Diego, y halláronse malos artífices de presunciones, y poco especulativos del ánimo de un marido castizo, porque viendo que soltaban libre a don Diego, a quien mandaban restituir los diamantes, y a él la llave maestra de su casa y carta de su suegra, a quien tocaba mejor el título de maestra, que a la llave, no se halló herido del descrédito, sino de la disminución de sus bienes, y así corrió al remedio de lo que más le dolía, porque acudiéndole a pedir los diamantes por la parte de don Diego, y a entregarle su llave, respondió que los tenía prestados para una fiesta y

que mientras los restituía se tuviese don Diego la llave en prenda, que no era mala prenda. Fué visitado luego de la vieja intercesora, que le descifró esta respuesta, aunque ella era tan poco ambigua que apenas necesitaba de comentadores. Advirtióle que podía ir la noche que quisiese, sin temer cocos, ni recelar visiones; mas ya don Diego, frío en la sensualidad, porque le relajaron el gusto aquellas licenciosas facilidades, juzgaba más preciosas las sortijas que el deleite, y quería restituirse en ellas, más que tomar posesión en él. Prosiguió con este intento y consiguióle, que fué para el utilísima venganza y la más sentida del codicioso escriba y regatona consorte.

#### AVENTURA SEPTIMA

Salió don Diego de la cárcel, y aunque libre, él mismo se condenó por su voluntad en pena de destierro. Salió, pues, de Madrid, para la ciudad en España solamente docta, para aquella tan fértil de sabiduría, que no sólo sus escuelas, sino en sus cuevas se leyeron cátedras; Salamanca, a quien el Tormes, más fecundo que el Nilo, hace abundante de suaves y copiosos frutos, que sirven al deleite de los ánimos grandes y no a la sensualidad de los apetitos groseros. Llevole allá la cobranza de dos mil ducados, buena partida, y que le fué con puntualidad pagada. Pagada fué en aquel metal que tiene por padre al planeta ciudadano del cuarto cielo. Volvió de Salamanca dos veces rico, porque participó también su ingenio de sus opulentos tesoros, trayéndose de camino algunos libros y papeles curiosos, pienso que más con fin de hacer dellos ostentación que de aplicarse a su estudio. Vanísima empresa de algunos doctos desta edad, que tienen grande aparato de libros en sus casas, bien encuadernados, y poco leídos, de modo que sirven en ellas de parte de adorno, como las tapicerías y pinturas. Puso el dinero en un es-

critorio, donde tenía sus joyas, con ánimo de conservallo, por estar en tan noble y portátil materia para el tiempo de una necesidad urgente. Aquellas dos primeras noches después de su llegada las dió al silencio de sus paredes y a la contemplación de sus papeles y libros; pero ya cansado de tanto recogimiento, pareciéndole que perdía los fueros y excepciones de su libre natural, determinó salir la tercera, y más temprano de lo que otras solía; pero esto no pudo ser, porque le ocupó la visita de un caballero amigo suyo llamado el milagroso, porque sin tener hacienda, vivía en la corte con gasto y lucimiento, causa por donde algunos le atribufan algunas malas habilidades y le miraban a las manos, como a sospechosas, bien que injustamente; pero a todo esto se pone quien hace milagros. Dióle cuenta don Diego de los buenos sucesos de su jornada, y enseñóle el dinero y joyas, que la vanidad era mucha y no podía estar sin respirar por muchas partes. Trató el caballero milagroso de despedirse, y don Diego le importunó que se quedase a cenar con él, a cuyo ofrecimiento cortés se excusó agradecido. Tuvo después don Diego otras dos o tres visitas, que le ocuparon hasta más de las doce de la noche, con grave fatiga de su ánimo, por ser todas de cumplimiento, y al fin de un género de gente mal acondicionada, y murmuradora, con quien él no se atrevía a esparcirse ni desvanecerse. Cenó después y salió de casa a más de la una de la noche, algo inquieto el espíritu y receloso de haber comunicado con tanta facilidad el lugar y parte donde estaba su tesoro al caballero milagroso, temiendo que por sí o por tercera persona no le hiciesen alguna sangría copiosa y extemporánea. Determinado estuvo de volverse a casa y mudar del cuarto bajo al alto las joyas y dineros, donde estuvieran con más seguridad. Este pensamiento le dió de pulsadas en el corazón. Llegando cerca del cementerio de una iglesia que yacía a pequeña distancia de su casa, y estando para dar pasos atrás,

oyó un quejido tan lastimoso y triste que al parecer salía del carnero de los muertos de aquel cementerio, que le hizo erizar el pelo, aguzar los oídos, arquear las cejas y batir los dientes. Reparose un poco, y sintió que el quejido crecía. Consideró que aquella aventura era una de las mayores que se podían ofrecer a un caballero nocturno, y que si no la llevaba hasta su fin, quedaba consigo mismo en vilísima reputación. Ofreciósele luego el caso pasado de la calle de la Manzana, y aunque aquél no era sitio de muertos fingidos, como el otro, sino barrio verdadero de gente difunta, aquel buen suceso, que entonces tuvo le pareció que en esta ocasión le podía servir de felicísimo agüero. Llegóse más cerca y parecióle que salía de allá dentro alguna luz, aunque poca. Esto le animó mucho más, y rodeando por otro lado, vió un portillo descubierto, por donde podía entrarse, y que por él salía la luz menos confusa, aunque nunca muy distinta. Quiso acometer la entrada, a cuyo ruido dijeron de allá dentro: ¿Quién va?, y salió luego un hombre bien dispuesto, en una mano desnuda la espada y en la otra una linterna. Dióse don Diego prisa a meter mano, cuando reconociéndole el otro, dijo: ¡Oh, amigo; oh, buen don Diego! Advirtió en la voz que era el caballero milagroso que con él había estado aquella noche en su casa, y lleno de admiración de la novedad, dejándose, con la turbación, en la boca la mitad de las palabras, le preguntó cuál fuese la causa de aquel efecto. Y él, con suma brevedad, porque el buen suceso del caso consistía en ella, dijo: Que habiéndose él desposado de secreto había más de dos años con una mujer ilustre y noble, que estaba en casa de sus padres en reputación de doncella para con ellos y para con todo el pueblo, le habían enviado a llamar después que salió de la casa de don Diego a la suya, porque le habían tomado los dolores del parto, y que medrosa del rigor de su padre, en cuyas manos perdería la vida, le rogó la

llevese consigo donde pudiese parir con mayor seguridad, a cuya petición justa concedió, determinándose a traella a la casa de don Diego con la luz de aquella linterna, por hacer la noche oscura, y que al pasar de aquel cementerio le apretaron tan fuertemente los dolores del parto, que no pudo proseguir adelante. Y viendo abierto un boquerón del carnero de aquel cementerio, se determinó a meterla dentro. Hasta aquí llegaba con su narración, cuando la mujer dijo desde allá: Jesús, Jesús, y luego: Gracias a Dios, esto es hecho. Corrieron a ver lo que podía ser, y hallaron que había parido un niño bellissimo debajo de peregrina constelación, pues era casa de su nacimiento la que a tantos servía de hospedaje mortal. Notable maravilla, que cuando entraba por los umbrales de la vida era viendo los horrores y asombros de la muerte. El primer paso de la vida dió sobre calaveras, juntando su rostro tierno con el duro y disforme de tanto difunto. Alzó el padre la criatura del suelo, y envolviéndola en su capa, caminó con ella a la casa de una comadre, donde estaba prevenida un ama que le diese leche. Quedose don Diego con una linterna y la parida, pero con tan poca cera, que se le acabó muy presto, y se anegaron en aquella amigable escuridad; amigable digo para don Diego, pues tanto la amaba. Aquí hemos de advertir que un ladrón magnate, y de los más principales de esta germanía, había puesto espías a los doblones, y avisado, que aquella noche los dejaba huérfanos don Diego. Con una llave magistral, que sabía hablar el lenguaje de todas las puertas, se introdujo en el aposento donde estaba el escritorio, y rompiéndole con sutileza todas las defensas vizcaínas que le puso la mano del cerrajero, los sacó, acompañados de la generosa y brillante escuadra de las jovas. Rompió también las herramientas de un cofre, donde hallaron un par de vestidos. Envolvió joyas y doblones en un paño de manos, que aposentándole en medio de los dos vestidos hizo un

lfo o fardo, cuya carga encomendó a sus hombres. Salió por la puerta, y encontrando a pocos pasos la justicia, antes que le reconociese, corrió hacia el cementerio, y ella, instigada de las sospechas que engendró su fuga, empeñó pasos en su seguimiento. Llegó de presto al carnero de los muertos y arrojó el lfo en él, dándole un golpe a don Diego con su misma hacienda, bien que blando por ser de ropa. Como estaba a solas don Diego y vió el bulto y sintió el golpe en aquel horrible y oscuro lugar, salió luego de aquel retiro, y la mujer, no menos animosa, al tiempo que ya la justicia estaba abrazada con el ladrón; pero como él y los ministros de la cochetería sintiesen hacer ruido en el carnero de los difuntos y que salían acá fuera, tan medrosos como ladrones, que todos lo eran, temerosos de que la justicia divina extendía la mano en su castigo, enviando desde la otra vida sombras infernales, que fuesen correctores de las culpas que, insolentes y obstinados, cometían en ésta, volvieron las espaldas veloces, y habiendo proseguido don Diego, terminó, aunque no mucho, en su alcance; pareciéndole no ser justo desamparar la prenda que le estaba encomendada, volvió al lugar primero, hallando a la infortunada, bien que invencible mujer, quejosa del caballero milagroso, cuya tardanza acusaba con palabras graves y llenas de ponderación prudente. Redújose don Diego a llevarla en casa de un criado suyo casado que posaba allí cerca, disponiendo dar aviso luego. Fué allí recibida y tratada con mucho regalo, porque se le trujo una comadre para que acabase de limpiarse de los accidentes del parto, y le hicieron una cama tan blanda y limpia, que pudiera dar sueño a la inquietud de un celoso. Dejola allí reposando el vigilante don Diego cuando ya la aurora vestía el cielo de las primeras insignias de la luz. Lo que le sucedió tendrá su lugar a su tiempo, que agora nos llama el caballero milagroso, digno deste nombre por haber labrado en

él la fortuna un sujeto de peregrinas impresiones celestes. Este, ocupado en acomodar la criatura más tiempo de lo que se entendió, viendo que no podía tan presto desamparalla y que allá padecería la madre grave ofensa con su tardanza, rogó al marido del ama, a quien entregó la criatura, se volviese con la linterna que él trajo al cementerio y le disculpara con don Diego y aquella dama, pidiendo a don Diego que la pusiese de su mano en parte donde estuviese con seguridad y consuelo. Cuando él vino a dar a don Diego esta orden, no le halló, porque sin habelle oído le estaba obedeciendo. Es verdad que él llegó tarde, porque se detuvo en el camino, y le amaneció bien cerca del mismo sitio. Entró a buscarlos en la misma parte donde le dijeron que los hallaría, y viola sola, con no poco horror, que le causaron los primeros espíritus de la luz, enseñándole tantas sombras de la muerte. Reparó en el bulto de los vestidos, y pareciéndole que no estaban allí puestos por mano bienaventurada, sino que el hecho era, como lo fué, de algún ladrón ingenioso, por ganar los cien días de perdón, se le puso al hombro, consolado de que para él había sido lugar de ropería el que para otros de sepulcro y muerte, y que de aquella parte, adonde todos entraban desnudos con la mortaja, había de salir él duplicado de vestidos; decía (¡oh felicidad notable!) que aquí donde los mortales se desnudan, no sólo del ornato y ropas, sino de la carne que viste los huesos, aquí, pues, hallo yo tanto abrigo, tanta composición y adorno. Quién duda que te mueres por saber, lector venerando, si logró el dulce desta fortuna sin algún acedo que la turbase; repara y advierte. Así como don Diego llegó a su casa y halló en ella no más de las reliquias de aquel arrebatado estrago, forzadas las cerraduras de sus puertas y violado su escritorio, sospechó que el caballero milagroso, mientras él se había quedado con la parida, como se tardó tanto en volver, que la tardanza pudo engendrar

cualquiera maligna sospecha, sospechó, pues, que había sido autor de aquel descarnamiento de sus puertas de aquella mala madrugada, y pareciéndole que por esforzar más la simulación tornaría luego a la misma parte, se volvió a ella, con tanto viento en los pies como fuego en el pecho, y llegó cuando ya cargado de aquellos húmedos vestidos, porque el alba, bordadora celestial, los había perificado, salía el marido de la pobre ama de alquiler (que en esta edad hasta los pechos se alquilan, y aun se vender, y nos venden); como le vió don Diego cargado del peso por quien él venía liviano de juicio, cerró con él, infamándole con nombre de ladrón; él, que era hombre de poco ánimo, y no acostumbrado al ejercicio de las uñas, perdió colores en el rostro y dió zarcadillas con la lengua. Al mismo tiempo llegó un alguacil, que se restituía a su casa, cansado de rondar toda la noche, que le examinó de sus culpas con tropel de palabras, a que él no supo satisfacer, ni aun podía intentarlo; tanta era su turbación. A las primeras escaramuzas se llegó el verdadero ladrón, que había delinquido con el robo, porque como ya venía el sol, le pareció que podía cobrar con su luz de los muertos lo que les había encomendado con las tinieblas. Como entendió la plática, fuéseles arrimando y levantó el lio que estaba en el suelo. Esta acción hizo con tácito consentimiento del alguacil y de don Diego, porque cada uno pensó que era criado del otro. El caballero milagroso, como vió que se tardaba tanto aquel hombre en traerle la respuesta que le había encomendado, determinó partir a buscarle, reconociendo, así como llegó al puesto, vanos sus pasos, porque no vió a nadie de los que su cuidado pretendía. Fué a buscar a don Diego a su casa, y sólo halló en ella noticia del miserable estrago de la noche pasada. Dolióse infinito, y más de no saber la disposición con que había acomodado don Diego aquella señora, aunque siempre creyó que habría sido generosamente. Don Diego, cuando llegó

a la cárcel, volvió los ojos a buscar al verdadero ladrón, que él pensaba ser criado del alguacil, y el alguacil había presumido que lo era de don Diego; como no le vió allí, preguntole por él, pregunta que el otro extrañó mucho, y tanto, que respondió con aspereza. Ofendióse don Diego de sus palabras, que juzgó libres, y viniendo a las manos, le dió una herida al alguacil, a cuyo tumulto llegaron otros ministros de justicia, que presentándole ante un alcalde, le dió por cárcel su misma casa, donde le puso dos guardas. Sobresaltáronle las nuevas al ama, de la prisión de su marido; refirióle que no era menor el título que se le daba que ladrón sacrilego. Del susto se le huyó la leche. A este tiempo llegó el caballero milagroso por saber qué nuevas se habían dél tenido, y viendo que eran tan malas, y que la ama estaba en estado que podría perecer la criatura, envió luego por un coche de camino y se fué con ella a la primera aldea, pareciéndole que allí se criaría con más seguridad y secreto. El verdadero ladrón salió antes por el mismo paraje, procurando con la fuga lograr su robo y valerse dél donde los vestidos y joyas no fuesen conocidos. La parida estaba desconsolada porque no había visto más a su amante ni al que por elección suya quedó en lugar dél en su patrocinio. Los criados de don Diego, a quien por él les fué cometido su regalo y asistencia, andaban cuidadosos; todo era inquietud, todo desasosiego; no había ánimo que no estuviese conturbado y ofendido. Los padres de la dama hacían peregrinas diligencias, pero ni aun una remota noticia no descubrían. Entre estas sombras, entre esta confusión vivían todos; pero desatáronse fácilmente tantos nudos. Llegó con su criatura a Getafe al tiempo de anochecer el caballero de los milagros, y pudo tanto la buena diligencia, que acomodó con ama su prenda dentro de una hora y dispúsose luego para volver a Madrid a ver la madre, cuyo desconsuelo y soledad le tuvo bien cuidadoso, cuando oyó den-

tro de la posada unas voces que decían: ¡Oh ladrón, ladrón; tú eres el que me robaste agora un año en Toledo; por Dios que he de cobrar en tu sangre mi hacienda, vive Dios, que he de matarte! Este lío que llevas aquí también debe ser hurto, ¿quién es el miserable a quien dejas lastimado? Acudió a los gritos, así él como la demás gente de la posada y parte de la del lugar. Y era el caso que el ladrón que había robado a don Diego llegó al mismo mesón con el lío de su hurto y dió en las manos de un mercader toledano, a quien días atrás había desocupado la tienda, con que lo que le quitó en hacienda le dió en casa. Desenvolvieron el lío en presencia del caballero milagroso, y reconociendo las joyas, cayó luego en que aquél era el hurto que a don Diego se le había hecho. Clamó justicia, y dejándole preso y el hurto embargado, vino a Madrid, donde sin dar parte a don Diego hizo despachar a un alguacil por el ladrón y por lo hurtado, que apenas entró en la cárcel, cuando confesó éste y otros muchos, y la sutileza con que en este hurto había sido ladrón dos veces, pretendiendo alabanzas, no castigo. Pesole a don Diego tanto de la mala presunción que tuvo del caballero milagroso, que estimó más que el hallazgo del hurto la restitución de su fama. Arrojábase a sus pies y pedíale con afectuosos ruegos que le matase por haber ultrajado, aun con el pensamiento, su reputación. Entonces entendió de dónde procedían las ostentaciones de aquel caballero, que en la voz vulgar, por hallarse ignorante de su origen, le hacían sospechoso. Supo que la misma dama noble, hija de padres muy ricos, con quien lograba amorosos hurtos cuatro años había, le socorría, no liberal, sino pródigamente. Soltaron al marido del ama, preso sin causa, no poco admirado el milagroso caballero del caso, y en satisfacción del daño que se le siguió a su mujer con el susto, le dieron entre los dos una dádiva de mayor precio que la pérdida. El ladrón, que fué confesor

liberal de sus culpas aguileñas, aguileñas dije, porque tenfa las manos de águila, ya que no las narices, murió con mucho auditorio, cortejado con las campanillas de la caridad y demás circunstancias, solemnizado de los pregoneros, y con un paseo tan honrado como si le llevaran a graduarse en doctor; al fin, paseáronle para la última carrera largo, porque había de ser larga. Ruegos de santos y graves religiosos y autoridad de poderosos ministros vencieron el ánimo de los padres injuriados. Regaló su dureza y enterneció su obstinación el saber que tenían un nieto, ya sucesor de su casa en la sangre. Amor, abogado desta causa, oró en ella con su inocencia muda. Celebráronse las bodas con ostentación y aplauso, quedando deste admirable suceso don Diego no escarmentado; antes con el cebo de haber logrado también su curiosidad, creció la disposición de su ánimo para emprender mayores osadías, pareciéndole que muchos sucesos nocturnos, que algunos refieren por admirables, han quedado con este nombre por no haber tenido valor aquellos a quien les ocurrieron para llevarlos hasta el fin, que el miedo de los pusilánimes ha sido siempre autor de las fantasmas y sombras, y no hay mayor cemeniterio que el corazón de un cobarde. A todos estos sucesos no se halló Marcelo ocupado y divertido del dolor que le causó la ausencia de un hijo de su educación, ya que no de su sangre, y mucho más amado que si della procediera, porque el amor que se tiene a las criaturas más se funda y aumenta con el trato de la crianza que en el habellas engendrado. Verificábase bien esto en Marcelo, y en los padres del niño, que de seis años y medio iba por orden dellos desterrado a Lisboa, consolándose sus padres en su pérdida como en la de un extraño, y haciendo Marcelo sentimientos que tocaban en frenesí y delirio. ¿Disculpemos estos extremos con la relación de las partes de la criatura que disculpo? ¿Qué intento? Si el amor procedido desta causa es tan natural

que aun los brutos irracionales que se crían en nuestras casas se hacen amar, y algunos con tanta demasía, que pasa del medio que se interpone entre la virtud y el vicio; aun las plantas insensibles, que nacen en nuestros jardines, como nos cuestan empeños del cuidado y del desvelo, hasta su último momento gozan en la estimación nuestra lugar grande; amar se hacen, y no con pequeño festejo de sus cultores. Pues si todo lo que se cría se apodera tanto de la voluntad, ¿para qué prevengo las disculpas de Marcelo en la relación de las partes del niño? Callarlas quiero, aunque ya sería delito de la pluma escondellas; hagamos común su conocimiento, por no defraudar en ellas a su autor, su debida alabanza. ¡Oh grande empresa y digna de mayor voz! Cercado estoy de peligros; si hablo, me han de acusar de cortedad; si me entrego al silencio, de poco celoso de la gloria de los dignos. Mas de lo uno y de lo otro me libraré con trasladar los cultos versos de una silva, en que explicando Marcelo los sentimientos de la ausencia, como pintor que los copió de cerca, refiere sus partes más verdadero que apasionado. Dijo, pues, deste modo:

*Francisco, cuando apenas ver pudiste  
siete veces en monte presuntuoso,  
venciendo por abril canos agravios,  
imágenes risueñas de tus labios.*

*De mis brazos robado, a quien debías  
modesta educación, si no dichosa,  
vas a peregrinar extraño suelo,  
que quiere tu destino,  
que como en perfecciones peregrino,  
a tus pasos les debas este nombre,  
para que deste modo  
te admire el mundo peregrino en todo.*

*Tan peregrino en la exterior belleza,  
que ha epilogado en ti Naturaleza  
cuanto tan dividido dió a las flores,  
que cada una en ti puede mirarse,*

vanagloriosa en verse más lucida,  
y en retrato tan noble idolatrarse,  
disculpada de ser desvanecida.

Di, ¿quién este ornamento  
público de tus partes ha ignorado,  
como te viese atento?

Mas, ¿quién pudiera verte descuidado?

¿Con cuánto hermoso brío se regla  
esta belleza en ti, dime, con cuánto?

Que fueron tus acciones  
aún más bellas en ti que las facciones.

Los blasones del alma,  
las heroicas virtudes,  
con que la ennobleciste,  
pródigo al mundo en resplandores diste.

Hasta la urbanidad anticipada  
tan cortés te asistía,  
que como no hubo tiempo en que pudiera  
haber sido enseñada,  
se vió que en ti nacía.

En la piedad cristiana  
¿quién te pudo vencer en estas flores  
de su niñez lozana?

Pues dando al sacro cielo  
en continua oración el fiel tributo,  
tus flores fueron majestuoso fruto,

Que tu alma, que allá tu origen goza,  
parece que jamás ha estado ausente  
de su patria divina,

porque con la oración se hace presente,  
que en tales pies a tanto bien camina.

Que si apenas del cielo bajó al suelo,  
cuando fué en la oración restituida,  
siempre ha estado en el cielo,  
jamás fué de su trono dividida.

Tantas sentencias graves  
encanecieron tus infantiles labios,  
que de habellas oído  
fué todo rosa, el rostro de los sabios,  
afrentado de verse allí excedido.

Cuando gracias dectá  
 tu regalada boca,  
 salero de claveles parecía,  
 o que la sal en sangre se teñía.

Al fin de mí partiste,  
 cuando el sol coronado  
 del Géminis fué huésped,  
 que a tu niñez hermosa,  
 hasta el signo niñeces preventa,  
 signo, cuya niñez aún duplicada  
 competir no podía  
 tu singular belleza no igualada,  
 porque las tuyas bellas  
 son de más calidad que sus estrellas.

El mayo, que se vió descolorido,  
 ultrajado de llamas y de ardores,  
 luego de lluvias fué favorecido,  
 vivificando espíritus de flores.

Que el agua, que hasta entonces fué negada  
 a tanto voto y ruego, quiso el cielo  
 rendilla liberal a tu jornada,  
 porque vistiese el suelo  
 lisonjas florecientes,  
 magnificencia amena,  
 pues desató la lengua a las corrientes,  
 que de la sequedad en la cadena  
 miseria padecían.

Restituyose al campo su elocuencia,  
 porque tus perfecciones celebrase,  
 que no era bien que aplauso cristalino  
 de las candidas fuentes les faltase,  
 pues más cándido tú, más bello fuiste.

Francisco, cuántas veces mano a mano  
 vimos de Manzanares la ribera,  
 que haciéndole tu espejo fué tirano,  
 robador de tu imagen lisonjera.

Perdite yo, mas no el dichoso río,  
 porque como es del Tajo tributario,  
 podrá en los muros de Lisboa verte.

Mas si es que doy aumento a sus cristales,  
 con llanto fiel y eterno,

*también te veré en ellos convertido,  
si no te ven los ojos,  
véate lo que dellos ha nacido.*

*Aunque también te pienso ver con ellos,  
yo romperé difíciles montañas,  
yo pasaré las fértiles campañas,  
donde la Extremadura,  
con pastos lujuriosos  
los toros alimenta,  
que del signo de Venus son afrenta,  
que sin tu compañía  
en soledad de luz contemplo al día.*

*Este, pues, puro amor, este desnudo  
de humanos fines, que como el del cielo,  
constituye su fin sólo en amarte,  
despreciará por ti negros horrores,  
de aquel pálido punto de la vida,  
que como eres del cielo fiel retrato,  
quien te ama en el suelo,  
hace agradable sacrificio al cielo.*

#### AVENTURA OCTAVA

Vanaglorioso don Diego del triunfo pasado, apetecía nuevos riesgos en la fortuna que le hiciesen singular en la estimación de los hombres, creyendo que establecía en lo peregrino de sus acciones sus alabanzas, y antes bien, despertaba injurias, llegando a tener de su juicio mal concepto aun los censores más piadosos. La singularidad, de siempre, fué gran conquistadora de odios. Supo entonces que los carreteros ordinarios, que navegan aquel mar de ondas de polvo en verano y de lodo en invierno, que se interpone entre Toledo y Madrid, caminaban de noche, y determinose a hacer esta jornada, no por entregar los ojos a ciudad, donde todos los del cielo son pocos, tal al fin que no merece ser vista con otros que sean menos lúcidos, sino por caminar con la sombra de la escuridad, poniendo su confianza en la des-

confianza común. Quería también gozar del licencioso lenguaje de los carros, que aunque caminan sobre ruedas, más es para echarse a rodar con él que rodado. Aquellas civiles pullas que en ellos se dicen le habían parecido en relación de mejor gesto; mas, ¿cuándo dejaron de ser mentirosos los retratos? Hizo a propósito un vestido pardal, porque el traje no extrañase las groserías del razonado, vistiendo el cuerpo de las colores del ánimo. A la daga y espada fortaleció de tales guardaciones, que aun en la prisión de sus vainas ponían en algunos con su vista miedo, y en muchos, sed, porque deste traje de armazón usan más los valientes de la taberna que los de la matanza. El sombrero con tres plumas multiplicó testigos de su liviandad, llevándolos en parte tan pública porque no se presumiese que intentaba negar delito de que se preciaba tanto. Quizá excusó la ociosidad del viento de su cabeza, dándole con que se entretuviese. Salió de Madrid sin sabiduría de Marcelo, que temió que le turbase su corrección tan mecánica empresa. Cayéronle por compañeros gente alegre, de aquellos que celebran amistades con tajada y vez de vino, personajes de buenos tragos y malos pasos. Constituyen éstos su felicidad en la garganta, aunque las más veces el achaque de que mueren les suele dar en ella. Admirábase don Diego del germánico idioma destes jayanes, en cuyas frases y términos halló, si no elegancia, novedad. Llegaron a Illescas, donde sobre pequeña ocasión hubo entre ellos borrasca, desenvainaron las hojas contra el carretero, que les achacaba el desaparecimiento del arquilla de un licenciado que iba a ordenarse, llevando en ella ropa blanca y moneda de ahorcados, cuartos y más cuartos. Cayó el carretero malherido a la puerta del mesón, donde la moza dél solemnizó con lágrimas esta desdicha, angélica fregatriz del carretero Medoro; pero no cayó tan mal vengado, porque el uno de los contrarios había hecho antes lo mismo, y con mayor peligro de la vida, por-

que en la caída carreteril tuvo gran parte de culpa un escalón que estaba a la puerta, donde, tropezando los pies, entregaron todo el cuerpo a la tierra, faltando por el accidente desta desgracia y no por culpa de su flojedad. Soplóle luego en los oídos al corregidor el aire deste suceso, y encendióse en cólera, que siempre la de los jueces de vara se enciende a soplos, y, acompañado de toda la comitiva criminal, armó la causa, echándole más cimientos que si hubiera de levantar sobre ella el edificio de alguna muralla. Hubo prisiones y secuestro de carro y mulas, porque las costas que se causaban no quedasen ridículas, mirando más por la seguridad de su cobranza que por la comodidad de los pasajeros. Sus gracias eran desgracias, pagándose sólo de aquellos donaires que caían extramuros de su bolsa. Hacíale a don Diego tan sospechoso aquel traje bacanal, que aunque no fué miembro de la pendencia, quiso el corregidor aposentalle de su mano, poniéndole en las piernas ligas vizcaínas, pero no lo ejecutó porque se hallaron presentes unos hidalgos de Esquivias que le conocían, y al fin, como fruto de tan buen terreno afianzaron su persona. Quien peregrina procure llevar la recomendación en el traje, porque a las primeras vistas por él se engendra la buena o mala presunción de las acciones del sujeto. Detúvose en Illescas algunos días, suspendido de las agradables facilidades de una dama pasajera, que trasladaba de Toledo a Madrid pública satisfacción a la sensualidad cortésana. Qué mala satisfacción para dada tan en público; mas las flaquezas de la Naturaleza son tales, que la permisión de unos delitos la detiene para que no se precipite a otros mayores. Aposentábase ella en el mismo mesón, y allí él adoleció de sus amores, vil rendimiento por tal sujeto y en tal sitio. Curábale ella con sangrías, sacándole onzas de oro, y no de sangre, si hay alguna que sea tan propia como el oro. Empalagole luego la misma abundancia del deleite y volvió el rostro a priesa,

más ofendido mientras más satisfecho. Alquiló una mula tan falsa como la dama, a quien debió el no hallarse bisoño en el trote de tan mala caballería. Salió del mesón cuando el carretero de las melenas rubias llegaba al del Horizonte por no perder el derecho de su antigua costumbre, si las que son tan malas pueden tener fuerza para adquirir derecho. Sacó la mula mal comida y llevábala muy picada, sin advertir que no hay espuela que obligue tanto a caminar a una bestia como el llevarla satisfecha. Mas como era tan amigo de andar en malos pasos, pienso que quiso que aun aquellos que daba sobre la mula no fuesen buenos. Trotó y pereció la bestia alquilona, y verificando al refrán, echose con la carga a la vista de Getafe, pareciéndole, que le quedaba más camino por andar en una calle deste pueblo que todo lo que dejaba atrás desde allí a Illescas. Lastimárase en una pierna, si no tuviera él prevista la caída en los tropezones precedentes. Valiote el ir prevenido con que ya que se halló a pie, no cojo, que a ser así fueran dos daños. Reconoció entonces que la mula padecía hambre, con que cayó a un mismo tiempo de la bestia y de su bestia. Guiándola, pues, del freno, la aposentó en un mesón, donde se vió salteado de las luces del aurora, y obligado de su pertinaz capricho a pasar allí el día. Disculpaba esta detención impertinente con su cansancio, y no pienso que mentía, porque la mula sabía danzar la encorvada, y tenía algunos resabios de mala posta. Almorzó bien y durmió mejor, que la costumbre le trujo el sueño cuando todos le dejaban, que parece que se desocupaba de con todos para ocuparse todo con él. La música agria de la corneta de un postillón, ministril de Jarama, le sacó del ocio del sueño, si en la cama dura de una posada puede haber sueño tan dulce que merezca intitularse ocio. Era el caso que un alguacil comisario, hombre de larga vista en el conocimiento de los ladrones, aunque no de tan larga, pues desconocía en sí

mismo la parte que en esto le tocaba; este, pues, salió de Madrid en el seguimiento de unos grandes maestreros de la uñarada, que dejaban los escritorios de un hombre rico afeados con muchos araños. Examinó todos los huéspedes de la posada y al mesonero con más rigor, y pagara don Diego por todos, acusado de su mal pelaje, si no le conociera desde Madrid el ministro lencero, de vara quise decir y equivoqueme, como todos la traen, bien que la de los lenceros es más gorda, y no por eso peor, porque así se dobla menos. Al fin, le salvó el reconocimiento de la persona. Afligiase mucho el alguacil de no hallar los culpados, o por lo menos gente con disposición para poder hacerla culpada, que esto le bastaba a él. Notable género de inclinación es la destos hombres. Pasáronsele en esto al amparo de los belleguines tres o cuatro horas, con que a vista de sus ojos le tomó al sol el desmayo ordinario, y salieron las estrellas, suplementos de su luz, a sustituir, que en lo mal que lo hacían respecto dél, bien se echaba de ver que eran sustitutos, cuando descubrieron desde lejos un aparato funeral. Cuatro religiosos, cuatro enlutados con luces y un ataúd de portante sobre dos machos literarios, cubierto de una bayeta negra, compatriota de los reales de a ocho segovianos, tan bien labrada como ellos, y que les es muy parecida, porque lo uno y lo otro está ya fuera del uso. Esperáronlos a la entrada del pueblo, y dieron a entender en llegando que había de tomar allí refresco, que siempre se celebran las memorias de los muertos con las comodidades de los vivos. Preguntoles el alguacil si habían encontrado unos hombres en el camino de tales señas y tal traje, porque eran unos ladrones famosísimos, que dejaban hecho en Madrid un hurto muy solemne, y tan solemne, que era para ellos fiesta de guardar, porque lo que robaron en él era muy para guardado. Respondiole uno muy venerable, uno digo de los enlutados: Aquí

viene el hurto, pero no le hizo más de un ladrón. ¿El hurto —replicó el alguacil sobresaltado—, dónde está y quién le hizo? Satisfízoale aquel blanco por las canas y negro por la bayeta y dijo: El hurto viene en aquel ataúd, y el que le robó fué la muerte, un caballero de veinticinco, precioso de pies a cabeza; allí está un hurto de diamantes, un ladroncio de oro, y un robo de plata. Allí está un caballero milagroso, su cabeza estuvo en Ceilán, su garganta y brazos en Arabia, y lo demás de su cuerpo en la Nueva España; venga vuestra merced, señor alguacil, venga y vea este robo de la muerte sacrílega. Decía estó, y tiraba dél con mucha fuerza, a quien el aguacil, poco amigo de conversar con gente del país de la sombra y horrores, respondió airado: Suélteme padre, suélteme luego, que le voto a Dios que la criatura más linda hiede muerta a veinticuatro horas, que no será tan de oro, por bello que fuese ese caballero, que podamos presumille incorruptible, privilegio concedido solamente a ese metal brillante. Así dijo, cuando, desamparando la conversación, volvió a trotar, guiado de la música cornerina, que mal recuerdo si no fuera soltero y dejara en su casa la mujer hermosa. Vaya en hora buena, (grande piedad es la de mi pluma, pues envía en hora buena a quien gustaba de darlas a todas malas). Quedáronse don Diego y los caminantes funerales en la posada solos, y la curiosidad de don Diego, con tantas preñeces sobre este caso, que nunca se hallaron más bien disculpados sus antojos. Sentáronse a cenar y brindaron tan largamente a sus saludes, que si el aumento dellas consistía en las dulces repeticiones del brindis, ellos se las pudieron prometer felicísimas. Rogaron a don Diego que fuese su platicante, y él, por hacerse dueño de aquellos misterios, con facilidad se dió por entendido. Dijo la mesonera, que los miraba muy atenta, con mucha simpleza, si en alma de gente de mesón puede caber

sinceridad. Miren con el gusto que cenan estos señores; pero en su casa le deben de llorar bien a este señor difunto, que Dios haya perdonado. Hilándose los bigotes y enjugándolos de camino del mosto que habían esponjado, respondió el que sentado en cabecera de mesa distribuía a su voluntad los sorbos que él llamaba de caldo de uvas: Yo os prometo, caduca hospedatriz, que habéis dicho una sentencia indigna de andar en una boca tan yerma y párama. No sólo le lloran a este caballero en su casa hoy con grandes ansias, sino que cada día será mayor el sentimiento, porque aunque en ella no hace notable falta, la consideración de haber muerto de repente les pondrá perpetuo dolor. Al fin la suya fué muerte arrebatada, y en un mozo de veinticinco debe causar mayor cuidado. Véisme aquí hermana, pues en mis manos murió, y ellas le amortajaron. Rogad a Dios que nos le deje aposentar sin sobresaltos en el depósito adonde le llevamos. Así concluyó, y, poniéndola una copa en la mano, la obligó a que hiciese la bacanal razón, que puede tanto la pasión de los bebedores, que han puesto en razón su vicio, o por lo menos pretenden en su lenguaje que pase por razón de cortesía el no resistirse a tan grosera oferta. Acabose la cena con grande sarao de los mirones, porque uno de ellos enfurecido empezó a pronunciar con los labios las erres y a formar con los pies la equis. Arrobose con los ojos, dando en ellos blanco donde asestasen las lenguas de los murmuradores. Arrobose, dije, y con mucha razón, porque el daño deste arrobamiento le vino de haberse antes él arrobado, porque él no lo bebía por azumbres, sino por arrobos. Fué, pues tan eficaz este éxtasis, que se quedó como si estuviera en manos de la muerte; lo más cierto es que la poesía su más verdadera imagen, invencible y profundo sueño, tan invencible y profundo que desnudándole el luto, por haberle juzgado inútil para proseguir la jornada, no lo sintió, con que vino a quedarse el cuero casi en

cueros. Tentado de su diabólica curiosidad don Diego, que curiosidad es de diablo la que pretende penetrar las cosas que no le tocan, por tener mayor conocimiento desta causa, viendo que buscaban alguien que se alquilase para sufrir sobre sus hombros la penalidad del capuz, se ofreció desinteresadamente a esta vejación, con no poco gozo de los otros enlutados, que le habían mirado con ojos de buen compañero, hombre agradecido, que porque cenó con ellos quiso entrar al escote, ya que no en el dinero, con servicio personal, que es paga de mayor precio. Apenas salieron del pueblo, cuando desmintieron el camino real, dando justa causa al enlutado moderno para que sospechase, que tanto mentían en su discurso cuanto de camino desmentían. Anduvieron así aquella noche, y todo el siguiente día, y al tiempo que el marido de las gallinas llamaba a recoger a sus mujeres, buen ejemplo para los maridos descuidados, llegaron a un monte de aquellos de gran cabellera y barba, ciudad habitada de moradores broncos, cuáles encinas, cuáles peñas, y haciendo alto en medio dél, dijo uno, carrasqueño de voz y cementeroso de semblante, más cruzado que moneda portuguesa: Ea, ya es tiempo, descuarticemos este difunto. Votaron todos y convinieron en que era lugar a propósito para hacer carnicería de aquel finado, que venía en el ataúd. Exasperados los oídos de don Diego de semejante decreto, admiraron su extrañeza cuando vió que entre ellos sobre la división de los miembros del difunto se había encendido una peleona sangrienta, sacando armas ofensivas aun los que se vestían de la venerable modestia religiosa. Alborotáronse los machos de la litera y empezaron a caminar, y don Diego a seguillos por detenellos, sin que los batalladores, divertidos en su matanza, viesan que se les iba aquello mismo por quien peleaban, pues cuando más pretendieron acercarlo así, lo retiraron más. Cayeron dos con heridas fatales, muriendo en aquella campaña de fieras, fiera y bár-

baramente. De los demás, ninguno se fué sin rendirle al monte despojos de su persona, cuál el brazo, cuál la pierna, y quien menos, sangre tanta, que fué mucho llegar con vida a parte donde pudiesen restaurarla con el beneficio de las medicinas. Volviendo a los machos literales, ya don Diego, que seguía la ley de sus pisadas, sin poderlos reconvencer a que retrocediesen al sitio montaraz, donde el espanto los puso en fuga; digo que el mal curioso caballero, turbado de aquellas extrañezas, no cabía en sí mismo. Parecíale inhumanidad, y aun locura, que hubiesen querido descuartizar un cuerpo, que por lo mismo que ellos habían referido de sus calidades debía ser venerado, pues en tales ocasiones, el mayor sacrificio que se hace en los de las personas nobles para su conservación, es abrillos, porque embalsamados hallen defensa contra la corrupción, o por lo menos la entretengan y dilaten. ¡Oh, fantasías de la ambición engañada, que aun más allá de la vida miente deidad y solicita aplauso cautelosamente! No daba pequeño aumento a las confusiones del don Diego nocturno el ver cuán presto se habían pasado aquellos al parecer religiosos venerables, del traje modesto al de soldados sangrientos. Espantábale la representación de las imágenes afeadas de los que murieron con la violencia del hierro. Era esto para él tan extraño, que sobre la misma mula caminaba, tropezando con la imaginación. Al salir del monte se abotonó la noche con toda su escuridad, tanto que a a no ser a la vista del abrigo de una pastoral cabaña, cuyo humo se adelantó a darle buenas nuevas, que aunque traídas por tan vano mensajero, no le salieron mentirosas, corriera peligro su vida. La piedad sincera de aquella gente rústica, encendiendo luces, se ofreció a llevarle a un pueblo vecino, donde pudiese pasar la noche con más descanso, oferta ejecutada tan presto con los pies como ofrecida con los labios. ¡Oh, verdad desnuda, fruto de los campos, y el mejor fruto que

llevan, cuántas distancias hay en las cortes de las promesas al cumplimiento, cuántas! Al fin, las cortes son jardines, todas amenidad, todas flores, pero el fruto tarde o nunca llega. Llevó don Diego el camino entretenido, y no dilatado, porque halló el pueblo más cerca que su esperanza, donde el cura, varón docto, arrojado allí de las inclemencias de la fortuna, si ya no fueron piedades, pasaba felices horas, consagradas al estudio y al silencio. Este aposentó la persona del vivo en su casa, y la del difunto en la iglesia, que fué dicha encontrarse con hospedador tan universal, que pudiese albergar vivos y muertos. Mandó llamar al sacristán, que siempre es su oficio ser aposentadores de la casa de la muerte, y a éste ordenó depositase en la bóveda de la iglesia, que era patronazgo del señor del lugar, aquel ataúd pasajero. Don Diego satisfizo a los pastores, que le habían guiado cortés y liberal, dos pagas grandes, y en pocos halladas, bien que confieso que a tal acción entrambas fueron debidas. Refirió don Diego al cura su peregrina peregrinación, del uno con turbación referida, del otro con admiración escuchada; más llegó a tan buen tiempo la cena, que desató el ánimo destes pesares; fué, ya que no copiosa, suficiente, regalada y alegre. Hallábase don Diego obligado, y viendo el instrumento de una guitarra colgado, libró luego en el parte de su desempeño. Alcanzáronsele, y cantó estos versos en alabanza de la música, porque la música les pagase lo mismo que les debía.

*Cantar quiero de aquella a quien le debe  
cuanto canta lucidas perfecciones,  
socórrase a sí misma en este intento,  
pues cuando canto su alabanza aliento.*

*¡Oh, musas, que en templanza y armonía  
cantáis a los cristales de una fuente,  
que tan dulce despeña su corriente,  
que en el agua que quiebra,  
cuando más se castiga se celebra!*

*Con canora ambición vuestra alabanza  
intenta y ejecuta mi esperanza.*

*¿Cuál de los elementos  
no resuena con música suave,  
si aun la tierra, el más rústico, el más grave  
tal que por esto indigno parecía  
de gozar de tal bien, música tiene?*

*Canta en él la criatura, en quien traslada  
el cielo sus ilustres perfecciones,  
canta versos, que fueron  
con música formados,  
por la correspondencia que tuvieron,  
que, en música engendrados,  
nacen a ser su espíritu elegante,  
volviendo a su armonía  
lo mismo que les dió su consonancia,  
uniendo la dulzura y la elegancia.*

*En el agua, elemento siempre unido  
a la tierra, la música resuena,  
la música, que encanta,  
tanta es la potestad de una sirena.*

*Allí, con ser palestra de los vientos,  
campana de cristales,  
pasaje siempre incierto a los mortales,  
la música preside,  
y su orgullo, su saña  
enfrena tan suaves,  
que los vientos, que fueron los autores  
de bélicos rumores,  
tan humildes por ello se convienen,  
que a ser ministros de sus ecos vienen.*

*Tanto, pues, a imitalla se reducen,  
que no sólo ministros della fueron,  
discípulos se hicieron,  
sonando entre las verdes arboledas,  
que su instrumento son las alamedas.*

*No se contenta el agua  
de tener en sí misma  
música que tan bien formalla quiere  
cuando arroyo las blandas guijas hiere.*

El aire es propio centro  
 de la música, es corte de las aves,  
 donde se escuchan blasonar suaves.  
 Sírvelas de ministro para el vuelo  
 y gózase en su canto,  
 que a tanto beneficio su fiel celo  
 sabe pagar con beneficio tanto.  
 El fuego de la pólvora ayudado,  
 marcial música forma,  
 que con ánimos grandes se conforma,  
 música tan lucida,  
 que suena y resplandece  
 que a dos sentidos suspensión ofrece  
 Que no hace armonía  
 los luceros del prado,  
 las animadas flores  
 armónicas ¿no son con sus colores?  
 Música es el semblante de una dama,  
 adonde amor acreditó su llama,  
 la beldad es unión de las facciones.  
 que no hay sin consonancia perfecciones.

Músicos de palabras, de sentencias  
 son cuantos ejercitan la oratoria,  
 que el torrente feliz de su elegancia  
 música forma, y vierte consonancia.

Esos orbes supremos, las esferas,  
 alcázares de eternos resplandores,  
 jamás un paso dan sin armonía,  
 y esa fuente de luz, alma del día,  
 tiene con las demás correspondencia,  
 con que así forma y cría  
 de tan varias criaturas la excelencia.

La más pequeña planta está pendiente  
 de la causa primera,  
 con quien se corresponde,  
 sólo en la unión tan alto bien se esconde.

Y el autor destes altos beneficios,  
 que con música hace,  
 con música también se satisface,  
 que recibe canoros sacrificios.

*Los espíritus puros  
en ella se ejercitan,  
los ínfimos que habitan  
los lugares oscuros  
huyen della veloces,  
que el cielo en ella gloria constituye,  
y el infierno la teme, pues la huye.*

*Al fin, sacros espíritus alados  
cantan en ella a Dios sus alabanzas,  
y dando gloria son glorificados,  
sin temer de los siglos las mudanzas.*

*¡Oh, vosotros, ilustres profesores  
de arte tan divina!,  
que dais mayor decoro a esta academia,  
a vosotros confiesa sus honores,  
y en vosotros se premia,  
y cuanto la ofrecéis en armonía,  
os lo quiere pagar en consonancia.*

*Las lenguas de la fama desafía,  
y cuantos coros forma su elegancia,  
hará que en nuestra gloria se ejerciten,  
desde donde es el sol parto del cielo,  
hasta donde sus rayos coronado  
se ve en túmulo de ondas sepultado;  
mas, ¡ay, que en vano estos ministros llama,  
pues sois vosotros vuestra misma fama!*

No le quedó a deber nada el cura en la atención a don Diego mientras cantaba, ni en el agradecimiento después de haber cantado, que mientras se ejercita una obra grande, más alaba el ánimo suspenso, que la voz celebradora que interrumpe; agradeció mucho la elección de los versos cantados, por ser en alabanza de la música, y de sus profesores, a quien él amaba con natural rendimiento. El verle tan gustoso obligó a don Diego a servirle otro plato, que le pagaba banquete con banquete, y este más superior por ser sólo para espíritus gentiles. Cantó, pues, un soneto; su asunto fué a una dama, que estándose mirando a un espejo, hirieron al mismo tiempo

en él los rayos del sol, batalla grande dos veces bien cantada, en los versos del soneto y en la voz de don Diego.

*No en cristal fugitivo, en ingenioso  
cristal perseverante y bien luciente,  
se lisongea Laura justamente  
en los halagos de su rostro hermoso.*

*El sol que sólo estar puede envidioso  
de tanta luz, turbó con el valiente  
esplendor, el cristal, porque obediente  
vuelve a restituirla el don precioso.*

*De un espejo en la luna han combatido  
Laura y el sol, y el sol vió que desea,  
sin razón, que aun no ampara la fortuna.*

*¡Oh, cómo anduvo el hado prevenido,  
que siendo de dos soles la pelea,  
fuese palestra el campo de la luna!*

Excediose a sí mismo don Diego esta segunda vez, en tan sublime grado, que crecieron en el cura los deseos y los miedos, porque le pareció demasiada pedir tanto de aquello que en poco daba mucho. Oyóle don Diego con los ojos, que tal vez los sentidos se conmutan sus operaciones, y satisfizole con los labios; tomó, por asunto alabar el silencio, con que pudo el cura presumir que quien le celebraba estaba ya con deseos de callar. Cantó así:

*Silencio, tus decretos  
romper con tu alabanza solicito,  
cantando tus efectos,  
cuando te alabo más, menos te imito,  
pues para celebrarte,  
es fuerza tus intentos defraudarte.*

*Dulce halago del sueño  
eres, y centro fiel de los sentidos,  
¡oh, misterioso dueño!,  
por quien los corazones suspendidos*

*con muda planta miden  
cuanto abrazan las zonas, y dividen.*

*Del alma el más selecto  
artífice, el ingenio, a ti te debe  
lo noble, lo perfecto  
de sus estudios, y por ti se atreve  
a imitar perfecciones,  
que aun en su parto son admiraciones.*

*Severo artificioso  
en el semblante augusto de los reyes,  
con ánimo imperioso  
promulgas ritos y estableces leyes,  
siendo en ojos y en labios  
el aplauso mayor que hacen los sabios.*

*El alto sacrificio  
de la oración por ti se perficiona,  
y el canoro ejercicio,  
que por el aire superior blasona,  
cuando sonoro huye,  
en tu atención su premio constituye.  
Eres a la ignorancia  
honesto velo y sombra favorable,  
y a la culta elegancia  
punto feliz y término agradable,  
y aun a la noche bella  
ornato y majestad sin ser estrella.*

El cansancio del fatigado camino llamaba a don Diego al sueño, que la necesidad puede más que la costumbre, ¿qué mucho, si es tan vecina de la muerte? Acomodáronle en aposento y cama tales, que aumentaron más disposición a éste, que siendo de la muerte ensayo, es della su mayor olvido. Durmió largas horas, porque el huésped por cortés le respetó el sueño, que como entendido, aun durmiendo veneraba a los que eran elección de su amistad. Había ya puesto a don Diego en este número que sus partes amables comunicadas triunfaban de las voluntades más rebeldes. Vistiose tan tarde que antes de medio día no pudo hacer más larga jornada que la que hay de la

cama a la mesa; nunca pareció más cortesano que entonces. Diéronle a comer mejor que cenó, y luego vino una danza de las del pueblo, a festejarle, lisonja rústica, y tanto mejor cuanto por esta parte tuvo menos de lisonja. Después salieron el cura y él a caballo a ver los campos de aquel territorio, bien afortunados en todo linaje de frutos, y entonces con las prosperidades del abril tan ricos, como los liberales, virtud la más distante de los ricos; ¿pero en qué no enmiendan los campos a los hombres? Gozose don Diego en aquella corte de flores; mas ¿qué corte está sin ellas? Aún no anduvieron bien media legua, cuando se hallaron suspendidos del nacimiento de una fuente, parto cristalino de la tierra, alimento de las flores y espejo de su caduca belleza. Aquí discurrieron en varias materias, y el cura, vencido de ruegos suaves de don Diego, le refirió con brevedad su vida breve; breve, digo, respecto de haber sido modesta, que la del virtuoso nunca es larga. Dijo así: Fué mi patria Sevilla, porque le debiese algo a la fortuna y tuviese sola esta excepción para no llamarme del todo desdichado. Mas, ¿qué digo?, prosigamos con nuestro intento, que parece pusilanimidad indigna de corazón grande, entrar acusando a las estrellas. Aquí tuve nacimiento de padres nobles, más preciosos en la fama que en la hacienda, criáronme en el estudio de letras humanas y divinas, por dejarme la herencia en lo más seguro. Doctóreme en la facultad de los derechos, en quien logré aciertos dichosos, que ninguna cosa está más en manos de la fortuna que la buena o mala opinión de los estudios. Esta fama me hizo codiciado para diversas bodas, que aun hay peligros en adquirir buen nombre; por obligarme, por vencerme, me propusieron riquezas y hermosuras, lazos de la sensualidad y de la codicia, mas yo, con gallardía casi inimitable supe desenlazarme de todos; juzgábame por incasable, y deste modo, libre y rica mi juventud, vivía sospechoso a la república, hasta que la fuerza de una

mujer entendida y desdichada, común pensión de los entendidos, pudo vencerme. Con ésta viví dos años en unión felicísima, tan feliz, que este tiempo fué mucho respecto de lo que duran las humanas felicidades. Mas pasemos con velocidad por esta memoria, que el tormento de su pérdida no puede ser abrigado de ningún consuelo; desierto se halla entre las razones más piadosas y siempre tristes. Tuvo un hermano mi esposa, en quien las bizarrías de la juventud llegaron a ser excesos; fiscalizábale la voz pública, y era enojo común de los ojos de los ciudadanos. Padeció prisiones, de quien le libró mi industria y mejor mi dinero, que siempre es para todo mejor. Creció las alas de su atrevimiento lo que debiera acortallas, y procedió con mayores descréditos de su fama. Halléme ahogado en tantas demasías, y di orden precisa en mi casa a todos los de mi familia, que no me le permitiesen entrar en ella. ¡Oh, vano discurrir! Mida el legislador primero las leyes que establece, con la fuerza de la obediencia de los súbditos, porque si no son de calidad que puedan ser guardadas, en ellas publica su desprecio, y aun tal vez aventura la quietud de su pueblo, y las vidas de todos. Tal me sucedió a mí, y este suceso renueva en mis ojos estas lágrimas, que veis correr, que si agora os admiran, después las culparéis de pocas, cuando entendáis la causa de quien proceden. Amábale mi esposa como a hermano, ¿qué mucho si era único, y aunque travieso, bizarro y lucido? Entraba en mi casa las horas que yo faltaba della, poniendo espías en mis pasos, porque si yo daba la vuelta antes que él saliese, no les faltase tiempo para escondelle, procurando excusar peligros la prudencia; mas cuando se arma la desdicha, por el mismo paraje que los huye se los pone, siendo la propia fuga del daño instrumento de la ejecución. Escondíanle en la pieza donde yo y mi mujer dormíamos, detrás de la cama. Salióles bien esta diligencia algunas veces, y su confianza les iba empeñando en su

prosecución. Mas, como yo una vez entrase en el aposento elegido para su seguridad a la hora de las Avemarías, causa de que por ser ya tarde estuviese oscuro, que siempre las tinieblas han sido partícipes en las desgracias — ¡oh, cuánto se deleitan las sombras con la sangre vertida de los humanos! —, sucedió que por esconderse él aprisa tropezó y dió una grande caída. Acudí veloz adonde sentí el golpe. ¡Oh, mal empleo de la ligereza, qué puntual está siempre para los efectos infernales! Acudí, pues, veloz, y como por el tacto reconociese que era cuerpo de hombre, sin saber quién, hallándome en mis manos su propia daga, le di tres heridas, cuando entre las voces de sus quejas reconocí mi yerro y solté de mis manos aquel con que le había ofendido; levantose con las ansias de la muerte al tiempo que ya entraba mi esposa, y él que a ciegas solicitaba su venganza con la espada desnuda ejecutó el golpe en su propia sangre. Si pretendió matarme, bien lo consiguió, pues más vivía yo en la vida de su hermana que en la miserable mía. Entraron luego mis criados con la luz, porque el tormento del horror de ver morir en mis brazos mi propia vida no me faltase. Corrí violento a los pies de la justicia, donde me hice culpado, pero perdí tan apriesa en la prisión el juicio, que, entre otros, éste fué mi mayor abono. De la cárcel pública pasé a la de los locos, donde largo tiempo fuí ridículo entretenimiento de mis émulos y contendores. Sané al fin desta enfermedad, que pocas veces suele consentir mejoría, y apenas hallé memoria de mi hacienda mal distribuída y abrasada. De los extremos del loco pasé a los de muy cuerdo. ¡Oh, mudanza de mano superior!, ¡oh, medios extraños para no imaginados fines! Recibí aprisa las Ordenes sagradas, y oponiéndome a este curato, vencí a mis competidores. Aquí paso la vida cercado de imaginaciones de libros, curando ellos lo que hieren ellas. Amo la soledad, mientras no es la compañía tal como la vuestra. Amo esta

dulce soledad, como a puerto seguro de tantos naufragios. Aquí pienso perseverar, hasta que mi vida se vea en el extremo que ahora el sol, cuyos rayos inoccidentales espiran, aunque triste, hermosamente. Así quisiera yo morir, dejando, aunque tristeza en el cadáver frío, hermosura en la gloriosa fama. Tal fué el discurso de aquel venerable, y don Diego, por desvanecer pesares, mientras se restituían al pueblo, fué cantando estas octavas, haciendo más pasos con la garganta que daba con los pies.

*Despreciadora Laura del valiente  
émulo tuyo, del planeta hermoso,  
a quien cuna de rosas da el Oriente,  
y también de cristal el mar undoso;  
se duerme en su presencia, y le consiente,  
que cara a cara hiera licencioso,  
(lucido insulto) su beldad dormida,  
bañada en muerte el alma de la vida.*

*La campaña de púrpura y de nieve  
el salteador planeta discurría,  
no satisfecho de la luz que debe,  
que ambicioso aun más rayos pretendía;  
glorioso asunto, aunque es el medio aleve,  
mas ¿quien asciende a grande monarquía  
sin el socorro de tiranos medios,  
de la ardiente ambición propios remedios?*

*Las reliquias le roba (¡oh, beldad rara!)  
de su dormida luz en sombras bellas,  
que mendiga en las sombras de su cara,  
lo mismo que en sus rayos las estrellas;  
ella parece entonces rosa avara,  
que en las espinas, siendo muros ellas,  
defiende su deidad, robando el sueño,  
glorias, de quien amor es digno dueño.*

*¡Oh, Sol!, tú que de Dafnes fuiste amante,  
que en árbol de victorias convertida,  
la de amor tengo, siendo constante  
desprecio de tu luz, y de su vida.*

*No sigas aquí asunto semejante,  
¿cómo el pasado estrago se te olvida?  
de Dafnes la memoria es bien te asombre  
porque Laura es laurel hasta en el nombre.*

Así cantaba el caballero del negro apellido, don Diego, en quien pudo más el título de la noche que el renombre de su antigua y calificada familia; su voz y su agrado le fueron empeñando en nuevas empresas sonoras, tanto que llegó cantando a la vista del pueblo, que los salió a recibir con una novedad, y no pequeña, que en la distancia de tan breve ausencia la fortuna, gran tatur, hizo tiempo para sus juegos. Hallaron en la bóveda de la iglesia el cuerpo del señor del lugar, y el cura no pequeña reprehensión de los que le acompañaban, porque admitía en ella el ataúd de persona que no fuese deudo muy estrecho del patrón, que los que sobreviven pleitean por los muertos vanas competencias, que ni a ellos pueden servirles de consuelo, ni al que murió de provecho. Decíase con admiración que el dolor arrebatado que le causó a aquel caballero la nueva de haberle hurtado de unos escritorios cantidad de veinticinco mil escudos, parte en joyas de diamantes, parte en doblones y alguna en segoviana munición, le quitó la vida en menos de cuarenta horas, dejando en el mundo infinita hacienda. ¡Oh, necio!, ¡oh, necio!, murióse por lo que no le hacía falta, faltándose a sí mismo. Véase don Diego turbado porque le desacomodaba su difunto, y ofreció con término de ocho días probar que el incluso en aquel ataúd era muy cercano pariente. Ofreció este imposible por parecerle que ellos se habían de ir luego a otro día, y que dejándolo cometido al cura, entre los dos darían dilaciones al caso. Mientras ellos se concordaban trajeron preso los ministros de la hermandad de aquel pueblo un hombre con no pequeño escándalo del villanaje, porque habiéndole requerido los retiramientos de los vestidos, le hallaron en ellos toda herramienta ale-

vosa, como si dijésemos ganzúas y llaves universales. Ensilláronle el potro, y él, más hablador que jinete, dijo sus culpas, y entre ellas está la última, que para nosotros viene a ser la primera: que él y otros siete compañeros, todos monteses, que montañeses no, gatos, que no hidalgos, habían hecho en Madrid un robo célebre de cantidad grande, y que para sacarle de la corte pensaron un disfraz peregrino, que fué fingir un aparato funeral, y a título de entierro, parte de ellos enlóbreguecidos de la bayeta, y parte vestidos de religiosas túnicas, ejecutaron la fuga a vista de aquellos a quien más les tocaba el defendella. Que caminaron así conformes, hasta que en aquel monte vecino, sobre la división de los miembros se había armado entre ellos una sangrienta pelea, que costó la vida de dos, los más valientes, y en el entretanto se desapareció el robo con un caminante pegadizo, que sustituyó la falta de un compañero, que se les quedó en Getafe preso con grillos en la cabeza. Repreguntóse el alcalde, y entre las repreguntas fué una el nombre del señor de aquella hacienda. Por la respuesta conoció ser el dueño suyo, y de aquel lugar. El recto juez, recto, aunque villano, dando en los ojos testigos de su terneza, acudió a la casa del venerando cura, donde oyéndole él y don Diego su narración, aunque tropezada de lenguaje, y por eso con necesidad de intérpretes, maravillados, todo lo que al caso se debía largo tiempo, callaron, hablando con las acciones de las manos y de los ojos. Acudieron a la bóveda y hallaron juntos los dos ataúdes: el del difunto y el de su tesoro, que como tenía allí su corazón, aun muerto por él vino en su seguimiento, que con el dolor de la pérdida de aquello que no le hacía falta, hizo de suerte que vino a sobrarle todo, aunque lo mismo le sucedía en vida, porque un miserable tiene la posesión, no el uso de la riqueza. Descubrió el ataúd el alcalde delante del escribano y muchos testigos del pueblo, y admiraron la disposición

ingeniosa —¿qué mucho sí era tal, que pudiera merecer suspensiones de los cortesanos menos bien contentos?—, regalaron la vista en aquella amenísima floresta de doblones. Fué el robo de tres cosas diversas, joyas, oro y plata. Las joyas, que las más eran diamantes, formaban la cabeza; el oro garganta y brazos, y lo restante del cuerpo se componía de aquellas octavas de plata, de aquellos reales, que viste de armas brillantes Segovia, bravos más que su león, fuertes más que su castillo, y que rinden castillos y amansan leones. Entonces descifró don Diego todos los equívocos que el ladronazo magistral barajó al alguacil en el mesón getafeño, cuando señalando el ataúd decía: Allí está un caballero milagroso, su cabeza estuvo en Ceylán, su garganta y brazos en Arabia, lo demás de su cuerpo en la Nueva España, etc. Hallóse haber probado nuestro aventurero prodigioso que el que estaba en el ataúd era muy cercano deudo del difunto, y hubiéralo acertado más bien si dijera el más amado. Buen testigo fué la fineza necia de dar por él su vida, aunque esta fineza siempre la acusaron de necia por cualquier género de pérdida. Dieron orden luego en restituir el robo al heredero, que le recibió con singular gusto, por lo que él valía y porque fué medio de la herencia dél y del demás resto de la hacienda. Piadoso con el ladrón, o, por mejor decir, agradecido, que no cabe piedad en tan vil delito, envió a mandar que le dispusiesen la prisión de suerte que pudiese huirse. Decreto que, aunque de los villanos obedecido, fué grosera y maliciosamente murmurado; cuando en ellos no fuera este vicio costumbre, el caso los disculpara. Estúvose allí don Diego más de un mes obligado del buen hospedaje, y el día antes de su partida fué banqueteadado en una huerta, donde, oyendo cantar las aves, enamoradas de la risa de las fuentes, émulo de su armonía, encomendó estos versos, más a la admiración que a los vientos.

Cuando el abril restituye,  
del invierno vencedor,  
armonía y pies al agua,  
y a las aves pluma y voz.  
Laura sola desafía  
juntos al abril y al sol,  
con los ojos y los labios  
rayo a rayo y flor a flor.  
Abril nevando jazmines,  
nieve olorosa formó,  
para competir sus manos,  
generosa emulación.  
Mas al fin reconocido  
liberalmente rindió  
de jazmines y de rosas  
púrpúreo y blanco escuadrón.  
Sólo el sol opone rayos,  
y la batalla pidió,  
ostentando en la osadía  
ser padre de Faetón.  
Desarmóle de sus luces  
su invencible resplandor,  
y ella misma su victoria  
suavemente cantó.

Gran victoria de Laura celebra el amor,  
desarmado de luces le ha dejado al sol.  
Con Laura el sol competía,  
por hacerse más lucido,  
y hasta la luz ha perdido,  
que de su Oriente traía,  
que en pena de la osadía  
con que la guerra buscó,  
desarmado, etc.

Batalla de resplandores  
los dos se dan en el viento,  
del sol fué el atrevimiento,  
por aumentar sus honores,  
mas como fueron mayores  
los que en Laura el mundo vió,  
desarmado de luces, etc.

Así cantó, y pudo tanto el aplauso, que sin dar al ruego lugar, hizo a un tiempo la voz alma de las cuerdas, y estos versos, alma de la voz:

*Dadle vaya al abril pastores,  
pues que veis que le salen colores  
de corrido,  
porque Laura le ha vencido,  
mas si él las convierte en flores,  
sembrará por la tierra  
tanta flor feliz,  
que ha de haber todo el año  
memorias de abril.  
Qué corrido va el abril,  
porque de Laura en los labios  
vió triunfantes sus agravios  
con belleza más gentil.  
Burlan dél con voz sutil  
los vientos murmuradores.*

*Dadle, etc.*

*¡Abril, que sus rosas vió,  
que Laura las ha vencido,  
de aquel exceso corrido,  
rosas al rostro sacó.  
Todo el semblante vistió  
de colores y temores.  
Dadle, etc.*

Dulce fin tuvo el día con el canto de don Diego, que al contrario de las aves que le saludan en el Oriente, le festejó en el sepulcro del ocaso. Partiose otro día, con no poco desconsuelo de su amigo, que había hallado en su voz un modo fácil para desenojarse de tanta soledad. Prometiole que le escribiría remitiéndole las nuevas de la Corte, que para los entendidos no es música menos suave. Esta esperanza templó su sentimiento, y la de ver a Madrid puso alas en don Diego; llegó con salud, donde le recibió Marcelo con abrazos y sin reprensiones por no aventurar segunda vez su autoridad a su desprecio.

## AVENTURA NONA

Satisfecho con su jornada don Diego, paseaba más libre el pueblo haciendo vanagloria de lo mismo que pudiera estar corrido. Retirose al fin a su casa, y no a su desengaño, que esto segundo le coronara (si lo emprendiera) de utilísimo fruto. Salióle muy costoso a su salud el de su atrevimiento moderno de que se dejó llevar aquel verano, porque hizo fundamento de su vanidad el beber muy frío, siendo con esto doliente verdadero y príncipe fingido. Sus achaques, enfermedades conocidas, y sus grandezas, remedos mal estudiados. Afectaba el tener siempre las cantimploras sepultadas en la nieve, siendo mal agüero que pusiese él mismo lo que más quería en forma de aparato mortal, y pronóstico de que le había de traer (como lo hizo) a las puertas de aquella descarnada, injustamente llamada reina, pues no sabe perdonar a nadie, acción tan propia en los reyes. Debió al desvelo de los médicos que con atento estudio solicitaron su remedio, salud dichosa. Creía Marcelo que don Diego, con la frecuencia de sacrificios devotos, daría prendas a los cielos de su agradecimiento, y padeció engaño, bien digno de reprehensión, pues pudiera ya conocer con larga experiencia la rebeldía de su pecho. Mordíanse entrambos con impiedad, siendo entretenimiento de los criados y ocasión de que los perdiesen el respeto. En presencia el uno del otro alababan con fingimiento lo que en las ausencias despreciaban con mala intención. Marcelo llamaba a don Diego escándalo de la República, capitán y maestro de nuevos vicios, y don Diego le intitulaba a él con renombres capaces de iguales afrentas, porque afirmaba que era un sagaz y artificioso hipócrita, impropio en la lengua y en la pluma, pues con los colores de la reprehensión cristiana se atrevía, como el gusano, a lo más guardado, a lo más precioso. Entró el otoño, tiempo en el campo alegre, por

ser en el que despojan a las viñas de sus opulentos frutos. Sabiendo, pues, don Diego que entre los herederos de Toledo es célebre la fiesta de las vendimias, porque repartidos por las aldeas de su comarca, donde tienen sus haciendas, sacan del trabajo entretenimiento gustoso, porque sus ingenios fáciles y agradables sazonan aun las fatigas de mayor penalidad, se determinó a dejar a Madrid para gozarle después a deseo, con más estimación. Ejecutó su pensamiento, renovando a sus ojos la vista de aquella valiente y amena población, cuyas torres coronadas de chapiteles y cuyos montes vestidos de eterno verdor, cumbre a cumbre se miran y festejan. Ellas, como gala de ciudad tan ilustre, y ellos, como ornamento de campos tan agradecidos. Volvió a brindarse con las fértiles musas del Tajo, y recibió de su mano la confirmación del privilegio, que de poeta fácil y apacible músico tenía. Holgose tan licencioso como aquel que se hallaba en las solemnidades de Baco, y tropezó muchas veces con la lengua y no pocas con el entendimiento. Acompañado de un amigo grande oficial de dar de la media noche abajo esto que llaman comos, se apareció a los principios de noviembre en Madrid, cuando los clamores de las campañas solicitan el común beneficio de los difuntos. Recorrió don Diego a todos los camaradas, que juzgó útiles para semejante ejercicio, a quien previno para la noche siguiente. Juntáronse ocho a cenar primero, y enviándose cada uno su plato para que fuesen en el gasto y provecho iguales, después salieron en cuadrilla, cantando don Diego, a quien los demás atentos seguían.

*El amante de Gerarda,  
el siempre feliz Vireno,  
solicitó de sus luces,  
por lucirse en tal empleo.*

*Ya por infeliz se llora,  
de ver que en el blando lecho,*

por las envidias del sol,  
padece injurias del cielo.

Con su asistencia la sirve,  
previniéndola su ingenio,  
cuanto enseñó a los mortales  
en hierbas y plantas Febo.

A la física agradece  
lo que le ha ocupado el tiempo  
pues hoy logra sus estudios  
en tan venturoso acierto.

¡Oh raro efecto de amor,  
y sólo de amor efecto,  
el mismo sujeto cura,  
por quien él se siente enfermo!

Será este ejemplo entre amantes  
el mayor de los ejemplos,  
pues solicita la vida  
á la misma que le ha muerto.

Tanto su salud desea,  
amante, y no lisonjero,  
que le ofreciera la suya,  
a saber que era remedio.

Finezas tan singulares  
bien las merece el sujeto,  
suspensión de humanos ojos,  
y de la envidia tormento.

Beldad no desvanecida,  
con que será en todos tiempos  
prodigiosa admiración,  
y no infeliz escarmiento.

Recatarse una hermosura  
ya es común en castos pechos,  
pero saber humillarse  
disuena al humano crédito.

En esta virtud florece,  
con tan dichosos extremos,  
que con ser extremos grandes  
nada de vicio tuvieron.

Toda es luz, y tan hermosa,  
que turbar tan noble fuego,

*aun en la muerte sería  
descortés atrevimiento.*

*Por su salud importunan  
a los cielos tantos ruegos,  
que siendo tantos y justos,  
han de vencer a los cielos.*

*Amor ayude su causa,  
que en este infausto suceso  
está (si ejecuta el hado)  
el estrago de su imperio.*

Cuando suspensos todos de escuchalle, estaban divertidos del principal intento, se hallaron a la puerta de una casa donde solía posar un maestro destos hospedadores de pupilos, grande ortógrafo, persona que se enjuagaba con los proverbios del sabio Catón en amaneciendo la risueña aurora, que en fe que tiene buenos dientes es facilísima en las risadas. A éste, que aconsejado con su presunción, pretendía competencias con Séneca, quisieron dalle un como, y empezando a intentallo, fueron advertidos de que se había mudado a otra casa y barrio. Determinaron buscallo, y guiándolos un buen adalid, mientras se descubría, iba don Diego engañando dulcemente su esperanza con el canto destos apacibles versos:

*Menandra, que en tiernos años,  
tan prudente los dispone,  
que aunque es flor, y flores ellos,  
no se le pasan en flores.*

*La que ha dado causa al mundo  
de tantas admiraciones,  
que ha parecido milagro  
a los ojos de la Corte.*

*Pues tan atenta discurre,  
y a la razón tan conforme,  
que desmienten a sus años  
los años de sus razones.*

*Al tiempo cuando ya viste  
marzo esperanza a los montes,*

a quien el abril previene  
galas y ornatos mayores.

Dejando su ilustre albergue,  
que su ausencia reconoce,  
como la del sol la tierra  
en la prisión de la noche.

Que aun las paredes desnudas  
de alma parecen entonces,  
vestidas de sentimiento,  
que alta virtud las socorre.

Hospedada de Milena,  
sol que multiplica soles,  
que el menor de sus cabellos  
al de los cielos se opone.

En otros campos habita,  
que a sus plantas corresponden  
alegres y agradecidos  
con liberales verdores.

Nuevos cristales produce  
la tierra, para que logre  
su misma belleza en ellos,  
de quien se fingen pintores.

Su vanidad establecen  
en humillarse los montes,  
para obligalla con esto  
a que su pie los corone.

A sus ojos agradecen  
todas las plantas conformes,  
las luces que los animan,  
fuente a quien las reconocen.

Celébrala alegre el valle,  
que aun los incultos pastores,  
con alma de cortesanos,  
así ennoblecen sus voces.

P.—¿Cómo este campo, Silvano,  
con tanta pompa se ve?

R.—Todo se lo debe a un pie,  
nadie ha puesto en él la mano.

P.—Alguna florida estrella  
sobre este campo salió.

R.—*La estrella que le vistió  
fué el pie de Menandra bella.*

P.—*Vese tan bello y tan vano,  
que con miedo lo pisé.*

R.—*Todo, etc.*

P.—*Desdeña con su ornamento  
cuanto abril sobre él vertió.*

R.—*Bien haya el pie que le dió  
tan lucido atrevimiento.*

P.—*Libre y hermoso tirano  
de cuantos le miran fué.*

R.—*Todo, etc.*

Así paseaban de calle en calle, cuando, cansados de no hallar la casa que pretendían, caminaron a la de un boticario, a quien don Diego tenía señalado en segundo lugar para que pasase por el martirio de los comos; que no lo es pequeño, darle a un hombre que asiste todo el día a su trabajo una mala noche, rompiéndole el sueño en quien tiene librado su descanso. En razón de no parecer el maestro pupilar, cerraron con sus puertas y llamaron animosos, donde entre don Diego, que quiso ser el agente, y el boticario, que padecía la burla, formaron este diálogo:

*Boticario.*—¿Quién llama? ¿Quién es? O son locos o ministros de justicia, porque otro género de gente no pudiera llamar con tanta libertad.

*Don Diego.*—¡Ah, señor, señor! ¿Dónde posa por aquí un boticario que se llama Roberto, buen ministro de su oficio, tan útil para la salud como malo para el gusto?

*Boticario.*—Esta es su casa; diga presto lo que quiere, porque tengo más necesidad de darme al sueño que a la conversación.

*Don Diego.*—¡Jesús, señor! ¿Que ésta es su casa? No me burle V. m. por amor de Dios, porque me importa mucho sabello, y vengo con más ansia de lo que V. m. piensa. ¡Ay, pobre caballero; él se muere de esta vez si no le acuden!

*Boticario.*—¿Qué es esto que dice V. m.? ¿Quién

es el que se muere? Hable más alto y con más claridad, porque parte de las palabras no le entiendo, y de las que le entiendo, en algunas no comprendo la significación.

*Don Diego.*—¡ Oh, pobre de mí! ¿ Ahí llegamos ahora, triste caballero? El se morirá sin beneficios; pues, según eso, no tiene V. m. hecha la purga; pues el médico dijo en casa que la había dejado acá recetada.

*Boticario.*—Oigase, hidalgo, por su vida, ¿ es para aquel caballero napolitano que tiene aquella pasión del estómago tan activa? Porque mi criado me había dicho que el médico ordenó que se previniese la purga para el jueves.

*Don Diego.*—¿ Para el jueves? Desdichado de mí; el criado entendió mal, y el pobre caballero vendrá a pagallo a costa de su salud y vida.

*Boticario.*—No se aflija V. m., que ya me visto con toda priesa y en menos de una hora la tendré confeccionada, con que se la vendremos a llevar al enfermo a muy buen tiempo.

*Don Diego.*—Así, señor, Dios guarde a V. m., que me ha consolado mucho; dese V. m. prisa, que todo se le servirá, que ya sabe V. m. que aquel caballero sabe ser agradecido.

*Boticario.*—V. m. se espere y perdone que le tenga en la calle, que por no detenerme más y poder darme mayor priesa no le abro la puerta.

*Don Diego.*—Que se dé priesa es lo que importa, que aquí estoy yo con unos amigos, que me han hecho merced de acompañarme, y no fuera buena cortesía dejarlos solos. Tal fué el razonamiento entre don Diego y el boticario. Retiráronse, pues, todos mientras hacía la purga, cuando oyeron que el boticario dijo: Caballero, bien se pueden ir V. m. y sus camaradas, que yo le doy mi palabra, como hombre de bien, de estar allá en su casa antes de hora y media. Así lo haremos, dió por respuesta don Diego, por obedecer a V. m. que nos lo manda, poniéndose a la otra esquina de la calle, que de la una a la otra no

había pequeño trecho. Desaprisionaron la risa, que nunca más contra su voluntad estuvo detenida y encarcelada. Admirábase de que se les hubiese ofrecido una ocasión tan inopinada, y celebraban la astucia con que don Diego había procedido, formándole al Boticario su engaño de sus mismas razones, aunque bien conocían que si el doliente para quien se confeccionaba la purga la tomaba, vendría a ser el más engañado. Determináronse a esperar el fin de un caso tan peregrino, y por cumplir a un tiempo con dos obligaciones, acción de pocos intentada y apenas algunas vez conseguida, acordándosele a don Diego que en aquella calle posaba una dama a quien había ofrecido darme una música, por desempeñar su palabra, haciendo antes el ruido que bastó a despertalla, enmendó luego lo desapacible de aquella inquietud con sonoros acentos, y dijo:

*Milena, que con voz dulce,  
y bien lucida belleza,  
suspendiendo a los sentidos,  
es duplicada sirena.*

*Cuyos cabellos blasonan  
tan ricos en su cabeza,  
que aun competencia del sol  
las reciben por ofensas.*

*Cuando divide los labios  
lo que en sus dientes no muestra  
en sus rosadas mejillas  
tener el alba quisiera.*

*Y como al tiempo que canta  
tan lucidos los enseña,  
la voz que pasa por ellos  
sale más dulce y más tierna.*

*Lisonjeándose a sí misma,  
parece que allí se engendra  
voz que es de plata sonora  
entre nácares de perlas.*

*En las pasadas edades,  
que tanta deidad ostentan,*

*prodigio tan apacible  
no formó naturaleza.*

*Tan bien habla como canta,  
que en ocupación diversa  
dos oficios bien honrosos  
le puede dar a su lengua.*

*Los que oyéndola felices,  
altamente se deleitan,  
bien como deben la admiran,  
como pueden la celebran.*

*Esta dulce sirena de nuestro valle,  
suspendiendo a los cielos, vence a las aves.*

*Esta sirena sonora,  
que cuando canta parece,  
que en sus labios amanece,  
por lo que allí se atesora,  
cuando la risueña aurora  
de su envidia a morir nace,  
suspende, etc.*

*Esta sirena vestida  
de una humanidad tan bella,  
que parece que está en ella  
del sol la llama lucida,  
cuando con voz esparcida  
vierte acentos y donaires,  
suspendiendo a los cielos,  
vence a las aves.*

Dió fin al romance don Diego, cuando desde la ventana recibió corteses gracias de la dama, a quien se rindió el sacrificio, y al mismo tiempo, el que de los ocho más atento espiaba la puerta del boticario, vió que de su casa salía un hombre, y juzgando, sin recibir en esto engaño, que sería él, le fueron desde lejos acechando los pasos, doblando esquinas y atravesando calles, hasta que en una callejuela, que estaba cerca de la del Baño, se paró, y llamando a la puerta de un caballero napolitano, después de larga porfía, hizo que le abriesen. Era este hombre, que pasaba ya de los cuarenta y cinco, vasallo de los médicos y botica-

rios por varios achaques que padecía, parte verdaderos y parte imaginarios, que estos segundos ponían aún en mayor cuidado a los que beneficiaban su vida, por abrir puerta a una pasión tan melancólica, tan intratable, que tenía algunos accidentes de superstición, pues había querido valerse de hechizos para su expulsión y destierro. Tenían los médicos determinado purgalle de allí a cinco días, que de aquella semana venía a ser el día del jueves, y él aceptaba de buena gana, porque era tan afectuoso en la solicitud de la enmienda de sus pasiones, que en los más ásperos medicamentos se deleitaba, en fe de que habían de ser los redentores que le librasen de cautiverio tan penoso y largo. Sucedió que aquella noche, por acudir al requiebro de cierta moza, había faltado de casa el criado enfermero, que era el que recibía las órdenes de los médicos, y sin dar parte a los demás criados las ejecutaba; presumieron que él sería la persona que habría ido a llamar al boticario, y que pues lo había hecho, que debería de haber tenido para ello alguna orden particular; que juntándose este discurso a la buena y noble facilidad con que recibía el doliente todo lo que se le daba, abrió alegremente los labios, y poniendo el vaso entre ellos, hizo dos pasajes de garganta, largos, pero no dulces. Los que aguardaban en la calle, ocupados de consideraciones diversas, unos reían y otros lloraban del caso, y los segundos se fundaban en prudente razón, porque medían los graves inconvenientes que de aquella acción podrían seguirse, y así, por tan justos temores, se determinaron a desamparar aquel puesto, dejando para el día siguiente el conocimiento del efecto de aquella repentina purga. Iban cuidadosos, porque habiendo salido de la calle del boticario ocho, a pocos pasos no fueron más que siete; perdieron uno de los compañeros, llamado Beltrán, mozo esforzado en la lengua, de cuyo grajejo se hallaban necesitados, porque aunque no decía con agudeza penetrante, era pronto y fácil

y hallaban parte de gracia en su despejado atrevimiento. Quedose éste con artificiosa malicia, que no se perdió con ignorancia; y era el caso. Hallábase el boticario (gran desgracia) con una hija de buena cara, tan vanagloriosa y presumida de su belleza, que el deseo de verla celebrada era el más peligroso escollo de su honor. Apetecía altivo aplauso, y que en su veneración sacrificasen todos, haciendo muchos tiempos gallarda resistencia, deleitando sólo su altivez, sin entregar las prendas, ni de su alma ni de su cuerpo, aunque su fama estaba descaecida y deslustrada, porque los mirones nunca juzgan de las cosas como son, sino como a ellos les parece que podrían ser. Beltrán, entre muchos, si no con más lucidos méritos, con más valiente fortuna, emparejó corazones, mereció correspondencia a sus papeles, y con el segundo, una trenza de cabellos, cuyas alabanzas significaba con estos versos, tan agradecido como dicho poeta:

*¡Oh tesoro luciente,  
espejo de la luz que forma al día,  
y a quien está obediente  
aun la más obstinada tiranía,  
que a ti la ilustre fama  
blasón lucido del amor te llama!*

*Cuántas veces del viento  
halago hermoso y lisonjero fuiste,  
a quien preso y atento  
en tus admiraciones le tuviste,  
que aun en sus pasos breves  
muda atención y fiel quietud le debes.*

*De ti un cabello solo  
cárcel pudiera ser del bien suave,  
cuanto lucido Apolo,  
y no falseara su dorada llave,  
que en él constituyera  
por ser de su metal su roja esfera.*

*Con este don pusiste  
límite a la ambición de mi deseo,*

*a quien soberbio hiciste  
vanaglorioso de tan alto empleo,  
que entre tanto tesoro  
halló culpable la beldad del oro.*

*Con joya, que es tan bella  
diré que me doraste la esperanza,  
si el cumplimiento della  
dádiva de oro tan precioso alcanza,  
a quien yo no pudiera,  
temiendo que codicia pareciera.*

*El mar de tus cabellos  
navegué por buscar Indias preciosas,  
y hallé que dentro dellos  
estaban las más fértiles y hermosas,  
que en lo que pretendía,  
medio del fin el propio fin hacía.*

*¡Oh viaje dichoso,  
donde el premio de amor miro tan cierto,  
pues con feliz reposo  
en medio de las ondas hallé el puerto,  
ojalá mis estrellas  
me hiciesen digno de anegarme en ellas.*

Valiéronle a Beltrán las hiperbólicas alabanzas otros favores más considerables, hasta llegar a ofrecerle la entrada en casa siempre que hubiese ocasión. El, que la vió tan a los ojos, haciendo la seña acostumbrada, mientras el boticario disponía la purga, y don Diego retirado a la otra parte de la calle cantaba, habló con una criada, a quien los continuos donativos tenían muy a su devoción, y representándola el estado presente, la rogó que en saliendo su señor, de allí a breve tiempo, le abriese la puerta, que él dejaría la compañía de los amigos tan astutamente, que cuando le echasen de menos no supiesen dónde le habían perdido. Así se contrató, y el cumplimiento fué igual con el contrato, porque él volvió con brevedad, y la puerta no le hizo resistencia, porque la criada, con el consentimiento de su dueño, a quien comunicó primero el caso, le entró hasta la propia cama

donde dormía, con el mayor silencio que pudo, por excusar con esta diligencia que no despertase la madre de la mal aconsejada doncelluela, que, fantástica y vana, había hecho tan alto concepto de sí, que juzgaba imposible que nadie la amase con apetito. El Beltrán, que animoso y gallardo en todas ocasiones no se embarazaba, y más en las de su gusto, anduvo tan licenciado, que a la dama circumspecta le pareció que tales atrevimientos nacían más de apetito grosero que de verdadera voluntad, quisiera restituírsele a la calle, pero ya fué tarde este deseo. Ella pidió por lo menos cédula matrimonial, pareciéndole que no hay armas como las de los papeles para reñir semejantes cuestiones. La petición fué valerosa y atrevida, y tan a tiempo, que no se le pudo negar, bien que el Beltranejo intentó (mas fué imposible) satisfacerla con una fullería galante. Viose hecho juez de su causa, y firmando contra sí propio la sentencia de su muerte, concedió con la cabeza y después con descubiertas palabras. Pidió el tintero y trujéronle uno de plomo, tan grande y pesado, que le empezó a ser pronóstico del peso que se echaba sobre sus hombros. Tomó la pluma en la mano, bien enseñada a recetar purgas, y él mismo recetó contra sí propio la más amarga. Al tiempo que iba a firmar se le cayó el tintero, y dando junto a un almiraz corpulenta, hizo tanto ruido, que despertó a la descuidada madre, que cuando vió luz en el aposento de su hija y oyó voz de hombre, apellidó justicia del cielo y juntó la vecindad. La presumida doncelluela, que se había vestido para recibir semejante visita, cobró tanto miedo a la ira de su padre (cuya condición, aun de burlas de menor calidad era impaciente), que no se atrevió a esperalle, y así, poniéndose toda en la confianza de Beltrán, acompañada también de la que fué tercera destas desdichas, cogieron la puerta de la calle y dejaron sola a la insufrible vieja, que con voces, aunque justas, espantosas, escandalizó al auditorio circunstante. Des-

pertaron los vecinos, y entre ellos uno, que obligado de mayor amistad y de algún deudo, se comunicaba más con aquella casa; éste pasó en figura de Adán y Marte, desnudo y arrodelado. Recorrió de la casa lo más superior y lo más ínfimo. En el desván espantó a los gatos y en la cueva deshollinó las telarañas; hallolo todo vacío y desierto, de que no hizo mucha admiración, porque él le había pronosticado semejante, y aun peor suceso, a la robada virgen, viéndola criar tan libre, haciendo de su ventana tribunal inobediente de sus padres y muy conforme con las criadas, cuya amistad siempre suele ser sospechosa y tiene su fin en tan arrebatados sucesos. A este tiempo entraba ya en su casa el padre infeliz, que hallando en ella tan miserable estrago, puso su vida en los confines de la muerte. Demos aquí un nudo porque volvamos a desatarle al tiempo que le hubiéramos menester y prosigamos a nuestro enfermo purgado. Sucedió, pues, que como se le había dado la purga sin disposición de jarabes y sobre una cena más que moderada, fueron tantas sus ansias, tan fuerte su revolución, que en altas voces decía: Questo cane traditore me ha morto. A cosa de las ocho de la mañana entró el criado que hacía el oficio de enfermero, sobre quien cargaron las quejas y voces de los demás, tan confusas y atropelladas, que no le daban lugar a que respondiese por su inocencia. Afirmoles con infinitos juramentos que el boticario no había sido llamado con orden suya, y presumió, por haberle oído decir mal de los médicos y que no acertaban a purgalle, que él le había querido dar alguna purga de su capricho, persuadiéndole a que le sanaría con ella y prometiéndose por aquel camino una dádiva grande y generosa de la mano de un enfermo que, siendo rico y liberal, vivía mártir. Comunicó su pensamiento con los otros, y todos convinieron en que su sospecha era verdadera. A este tiempo entró el doctor que más ordinario visitaba en aquella casa, por estar en ella asalariado, que

recorriendo los pulsos al enfermo y escandalizado de la relación que se le hizo, le dió luego con que volviese la purga, y caminando a la casa del escribano, ante quien despachan los protomédicos, querelló criminalmente del boticario, en compañía del criado que hacía el oficio de enfermero, que en nombre de su dueño dió la petición, y se proveyó mandamiento de prisión, tratando con mucha prisa de que con todo rigor se ejecutase. Volvamos, pues, al tal boticario, juzgado por delincuente, y refiramos el modo con que procuraba enmendar la quiebra de la reputación de su casa, que fué desta suerte. Como él había creído que Lázaro de Sanromán (tal fué el nombre del criado enfermero del caballero napolitano) era el que le había llamado tan a deshora, no corriéndole a su parecer tanta prisa en dar aquella purga, juntándose a esto que él le había alabado muchas veces la cara y buenas habilidades de su hija, y propuéstole un ánimo inclinado a celebrarse con ella de tribuna a tribuna en boca de los sacristanes, presumió que él le había hecho el juego, y mucho más porque no se halló presente mientras dió la purga ni pareció en muchas horas. Convocó en su favor una pluma criminal y sangrienta, que matizó la causa de escandalosos colores, y presentándose ante los supremos jueces del criminal Senado, mandaron fuese preso el dicho Sanromán, que se hizo con no poco aparato de ministros y de herramientas, recibiendo el preso turbación prodigiosa y casi en medio della la venganza, porque al mismo tiempo los comisarios de los protomédicos señalados para este caso le arrebataron el cuerpo con espantoso torbellino, y pusieron en prensa al que había desangrado con tantas prensas la virtud de útiles hierbas y lucidas flores. Como el boticario, que era ya creciente en años, se viese en el mismo paraje de las desdichas, ostentó tanto miedo, que a pocas horas empezó a necesitar de sí mismo, porque encendida su vejez en graves ardores, se confesó por doliente. Rindio-

le el cuerpo y el espíritu un calenturón, peso insufrible aun para más verdes años. Allá Sanromán, por otra parte, deliraba de verse acusado de escalador de una casa honrada, cuyo dueño le pedía no menos prenda que una hija doncella que decía habelle robado. Al caballero napolitano se le aumentaron sus dolores, porque clamaba la libertad de su criado y el castigo del boticario traditore. Apenas duró esta confusión cuatro días (permitiéndolo así el cielo), porque corrían peligro todos los interesados en este engaño, unos de perder la vida y otros el juicio. Desembocose toda la cautela, y repartió el desengaño lucidísimos consuelos, porque desde Alcalá escribió Beltranejo, donde decía ser estudiante matriculado. Presentose ante su juez, que anocheció la culpa tanto, que en casándose con la virgen arrebatada, le dió por libre. El boticario, con las ansias de ver a su hija única, aceptó el yerno y se dejó intitular el malvado nombre de suegro a toda su voluntad, y apeándose de la querella, pidió la soltura de Sanromán, en que fué oído. Su prisión también tuvo alegre fin, porque de la boca del que a su pesar se había hecho su hijo, se supo el origen que había tenido tan acaso el daño del mal purgado caballero, y aunque él ni el boticario siguieron la causa, la justicia procedió de oficio contra don Diego y los demás cómplices, que acumulándoseles otras causas, estuvieron bien peligrosos. Al fin, intercesiones graves, larga prisión y suficiencia de dinero facilitaron la sentencia, quedando algún escarmiento en don Diego, que aun hoy le prosigue, bien que yo espero de su natural que volverá a dar a mi pluma materia, y en ella al vulgo admiración y entretenimiento.

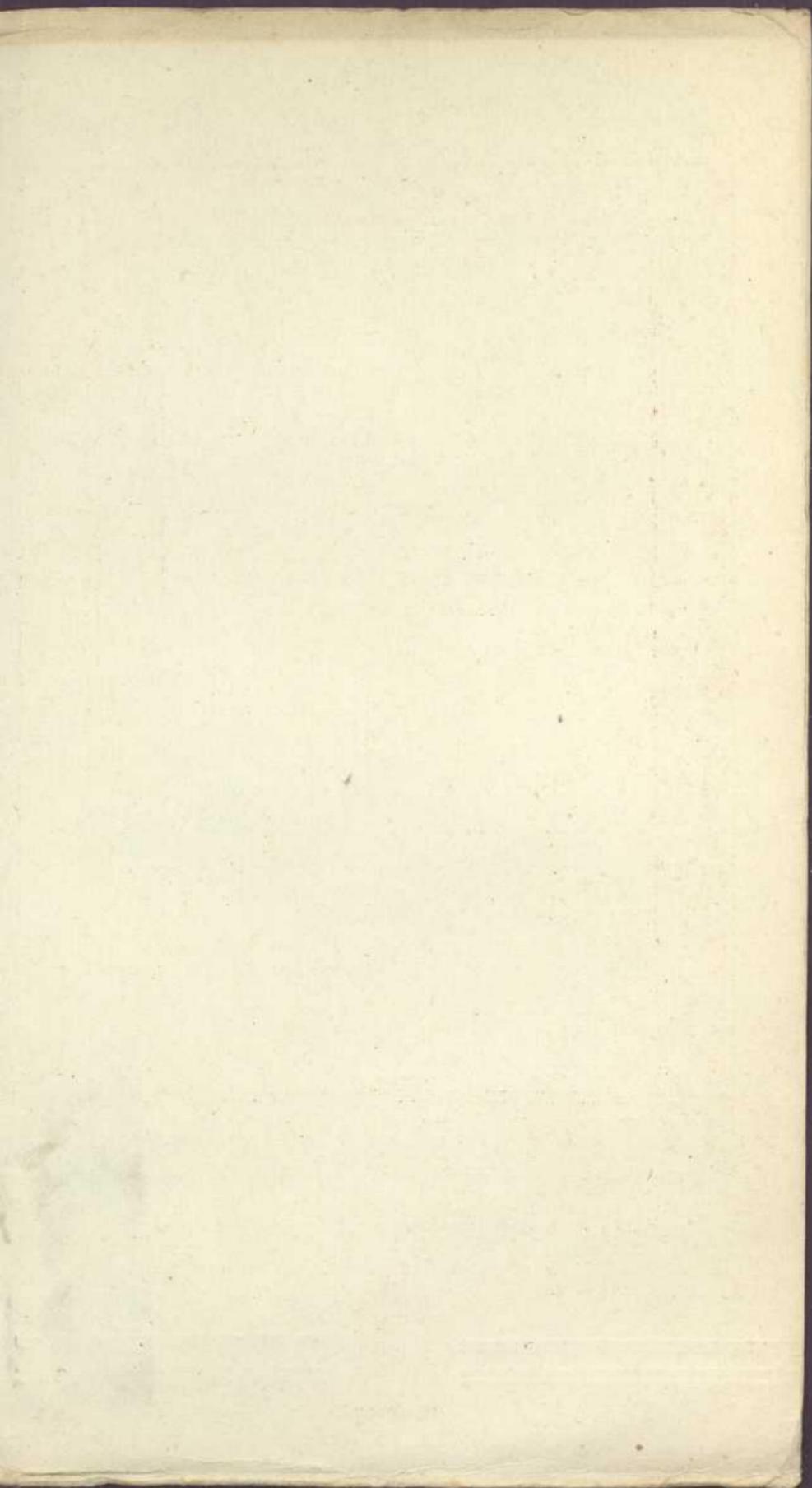
FIN

# INDICE

	<u>Páginas.</u>
NOTA PRELIMINAR .....	5
DON DIEGO DE NOCHE :	
Refiérense patria, nacimiento, padres y costumbres de don Diego de Noche .....	7
Aventura primera .....	12
Aventura segunda .....	26
EPISTOLARIO JOCOSO.—Primera parte :	
Epístola primera.—Pésame a un amigo soldado y portugués, residente en Lisboa, porque envió un hijo suyo a estudiar Medicina a Coimbra .....	36
Epístola segunda.—Pésame a un poeta cómico, de que le silbaron una comedia en que tenía libradas las esperanzas de su fama.....	37
Epístola tercera.—Dase el pésame a un amigo, de que trujo a su casa a su suegra.....	39
Epístola cuarta.—Pésame a un amigo porque dejó el estudio de la jurisprudencia, y, ciñéndose espada, se hizo escudero de un señor muy pobre .....	39
Epístola quinta.—Parabién a un amigo muy familiar, de habérsele muerto su mujer.....	40
Epístola sexta.—Avisos a un amigo que viene desde Castilla la Vieja a la Corte ; del estilo con que se ha de portar en ella.....	40
Epístola séptima.—Parabién a un amigo poeta de haber metido dos hijas monjas.....	42
Epístola octava.—Reprehende a una lavandera porque se casó con un lacayo borracho.....	42
Epístola nona.—A un sastre que se azotó la Semana Santa .....	44
Epístola décima.—A uno que se metió a ser gracioso por oficio .....	45
Epístola undécima.—A un corredor de mohatras, habiéndosele anegado un hermano en la mar .....	46
Epístola duodécima.—Consuélese a un caballero amigo de haberle desterrado la justicia su dama vieja y pedigüeña.....	47
Epístola décimatercia.—A un amigo poeta y tahir .....	49
Epístola décimacuarta.—A un pintor que solía alegrarse con el vino.....	50
Epístola décimaquinta.—Responde a un amigo que le envió a convidar desde Carabanchel para que se hallase en el entierro de su suegra .....	51

## EPISTOLARIO JOCOSO.—Segunda parte :

Epístola primera.—A un estudiante que, yéndose a ordenar a Toledo de corona, sacó una doncella de la casa de sus padres y le hicieron casar con ella por fuerza .....	53
Epístola segunda.—A un amigo pedante que se trató mal de palabra con otro gramático sobre la inteligencia de un lugar de Virgilio.	54
Epístola tercera.—A un amigo retraído en casa de un embajador porque dió de palos a un portero .....	55
Epístola cuarta.—A un tabernero que le azotaron porque aguaba el vino.....	56
Epístola quinta.—A un cirujano que curaba a un avariento una llaga en la mano derecha.	56
Epístola sexta.—A una hechicera que la prendieron en un carnero de cuerpos muertos cercada de candelillas .....	57
Epístola séptima.—A un amigo que le dieron una cuchillada en la cara por yerro.....	58
Epístola octava.—A un sastre remendón, que pedía en la sala del crimen la virginidad de su hija .....	58
Epístola novena.—A un jardinero diestro de la esgrima que le sacaron un ojo esgrimiendo en su jardín .....	59
Epístola décima.—A un sacristán que, estando tocando a parto en el nacimiento de un hijo suyo, se le pegó fuego a la casa.....	59
Epístola undécima.—A un corchete que sacó una mujer pública de pecado para casarse con ella .....	60
Epístola duodécima.—A un soldado tornillero.	61
Epístola décimatercia.—A un amigo muy estudioso y muy sucio .....	62
Epístola décimacuarta.—A un ganapán, que, arrimando un gigautón que llevaba auestas, se entró en una taberna, y después de haber bebido bien, se quedó dormido.....	63
Epístola décimaquinta.—A un hijo de un sacamuelas, habiéndose muerto su padre de súbito .....	63
CORONACIÓN DE LAURA.—Diálogo en verso.....	66
Aventura tercera .....	72
Aventura cuarta .....	128
Aventura quinta .....	145
Aventura sexta .....	165
Aventura séptima .....	170
Aventura octava .....	183
Aventura nona .....	207



Distribuidor: E. MASIA ALONSO  
Zorrilla, 23. - Madrid

COLECCIÓN CISMERO

Precio de la colección: 600 ptas. Tomo suelto: b



A. J. de  
Salas  
Barba-  
dillo



Don Diego  
de noche



344